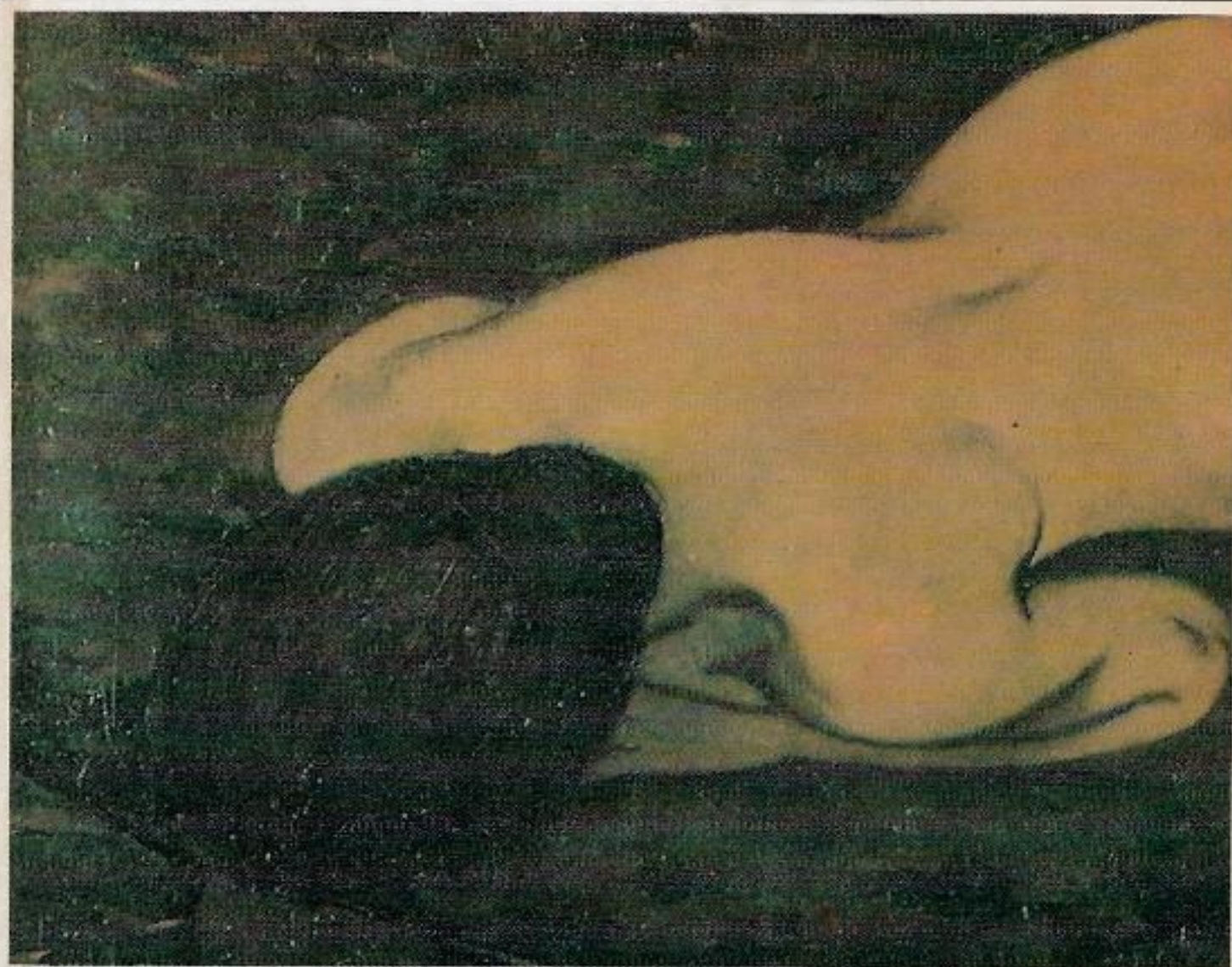


Arnošt Lustig

Sueños impúdicos



« Lustig puede alcanzar con este libro
el mismo reconocimiento
que tiene su compatriota Milan Kundera »

San Francisco Chronicle

Lectulandia

Sueños impúdicos reúne tres novelas cortas estrechamente emparentadas por el hecho de situarse en el barrio antiguo de Praga en los últimos días de la segunda guerra mundial, caracterizados por el miedo, la confusión y el desmantelamiento de las estructuras de ocupación alemanas. El encuentro entre una prostituta alemana y un juez nazi perseguido por los partisanos, la amarga primera cita amorosa de una joven checa con un oficial nazi de la marina o la sofocada y sórdida tragedia de una joven taquillera de cine en el vórtice de la tragedia son a un tiempo estampas realistas y visiones alucinadas con fuerte carga simbólica: la animalidad, el instinto de muerte y el de supervivencia, el amor, la crueldad, la ausencia de ley y la aniquilación de los judíos, en una gama expresiva que va desde la más límpida sencillez hasta la mayor complejidad, alcanzan acentos de grandeza adusta, angustiosa y brillante a un tiempo, que acreditan en Lustig a un escritor excepcional que, según *The New York Times Book Review*, describe el angustioso paisaje de la Praga de su juventud con intensidad parecida a la de la Odessa de Isaak Bábel o el Chicago de Saul Bellow. *Sueños impúdicos* revela al público de habla española a uno de los grandes autores de la actual Europa Central.

Arnošt Lustig

Sueños impúdicos

ePub r1.0

Titivillus 11.06.2021

Título original: *Indecent Dreams*

Arnošt Lustig, 1988

Traducción: Elsa Mateo

Cubierta: *Bañista o La fuente* (fragmento), de Valloton, 1897

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Sueños impúdicos

Día triste

La chica de la cicatriz

Sueños impúdicos

DÍA TRISTE

Inge Linge era más bien menuda, pero si la hubieras visto a principios de la primavera pasada, entrenándose en los campos de deportes reservados a la *Wehrmacht* y a las esposas de los oficiales, habrías dicho que era musculosa. Tenía unas pantorrillas bastante cortas y unos muslos firmes y redondos que parecían de goma. Aún no estaba vencida por la vida, y sus brazos eran regordetes y fuertes. En su cara redonda no había color; la pecosa palidez, la frente estrecha, el pelo cepillado descuidadamente sobre las sienes, todo se combinaba para restarle expresión. Una vez un soldado garabateó en la puerta de su casa: «Las mujeres pálidas deben cuidarse de los gusanos», y a continuación una palabrota. Por eso hacía ejercicio físico.

En ocasiones soñaba que era la propietaria de una casa floreciente, con jovencitas que lucían vestidos de algodón azul y cuello blanco; ella se destacaba entre todas las demás, y de vez en cuando se quedaba con uno de los clientes, para divertirse o sólo para charlar. Otras veces soñaba con una casa en Praga en donde recibía a sus antiguos amigos alemanes sólo para demostrarles lo bien que una mujer podía desenvolverse en la vida. Y otras veces soñaba que era alta y bien formada, y que tenía las piernas largas, como una estrella de cine. Sus ojos eran de color verde serpiente, con pestañas largas, juguetones y apremiantes.

En principio, Inge Linge había llegado a Magdeburgo para trabajar en la Oficina de Empleo de Praga como secretaria de uno de los funcionarios administrativos del Reich. Pero resultó inadecuada para el papel de chupatintas, debido a su temperamento y a su mala ortografía. Y no demostró ningún entusiasmo por el trabajo. Tampoco era muy popular entre las esposas de sus superiores, y por eso le había resultado francamente fácil independizarse a principios de febrero de 1943. Precisamente en aquel momento el Reich alemán se vio en dificultades en el Don o en el Volga al intentar cruzar el río y atravesar las estepas para ocupar Rusia.

La casa de cuatro pisos del número 14 de la calle de los Castaños, en la que vivía Inge Linge en sus tiempos de oficinista —se había negado a vivir en el hotel Regulus con las otras chicas alemanas—, tenía dos plantas inferiores convertidas por el constructor en costosos apartamentos de soltero. Con su fachada de mármol sueco, el edificio parecía seguro entre los decadentes palacios que se venían abajo uno tras otro. Los apartamentos estaban ocupados por empleados de correos, sastres y dependientes con familias numerosas.

A Inge Linge se le había asignado un apartamento en este edificio en mayo de 1942, y como no tuvo que mancharse las manos ni la bata verde con tinta negra y roja durante mucho tiempo, su estancia en él tampoco fue prolongada. Era aquél un período de grandes victorias militares, salvo breves demoras en alguno de los ríos rusos. Lo único que tuvo que hacer en la Oficina de la Vivienda fue mencionar el nombre de su amigo, el comandante Detleff von Fuchs. Desde el primer momento el comandante —un hombre delgado, de tez oscura y con la cara y la frente llenas de espinillas— había sido su punto de apoyo; siempre la trataba como a una dama. Ella le gustaba porque le daba lo que él deseaba sin necesidad de rodeos, y al igual que cuando precisaba los servicios del barbero o del sastre, el comandante siempre encontraba tiempo para dedicárselo a Inge Linge.

Le entregaron un apartamento orientado al Sur. El sol entraba durante casi todo el día, y ella podía contemplar a los niños que jugaban en la calle, delante de la farmacia: les veía inclinarse sobre la cuneta, que parecía contener secretos que esperaban ser desentrañados. Los niños eran el sueño no realizado de Inge. Éstos, sin embargo, eran extranjeros y se llamaban Ivan y Jimmy, y Friedrich, y jugaban y se peleaban todo el día hasta que corría la sangre.

El apartamento había pertenecido a una judía llamada Ida Geron, que padecía tuberculosis y había sido desalojada en enero de 1942. Inge Linge la había visto bajar lentamente por el pasillo, encorvada por el peso de las dos maletas que cargaba a la espalda. Inge Linge pensó que la avaricia había castigado a la anciana por intentar llevarse al Este los cincuenta kilos permitidos. Como equipaje de mano, el límite era de diez kilos, y las autoridades del transporte entregaban un recibo por el resto. Todos sabían muy bien lo que eso significaba.

Sin una palabra de despedida, Ida Geron se había marchado, terriblemente delgada, arrastrando los pies por la escalera, con sus omóplatos sobresalientes

y las botas anticuadas atadas por encima de los tobillos, como una caballista de circo que monta a pelo.

Inge Linge le comunicó al comandante Detleff von Fuchs que el apartamento de Ida Geron estaba vacío. Luego, dejando caer sus largas pestañas de color castaño mientras hablaba, le preguntó si podía cambiar su apartamento por ese. Antes de que él respondiera, ella se dio cuenta de que quería llevarla a la cama inmediatamente. Entonces disfrutó uno de esos deliciosos días que la compensaban de ser hija de un barbero y de una madre a la que nunca conoció.

Sentía un gran deleite cada vez que pensaba en las jovencitas con sus vestidos azules de cuello blanco, y en ella misma de pie en la entrada mientras la puerta se abría dejando oír el tintineo de un xilofón que tocaba canciones de Navidad. Podía oírse cantando al compás del carillón: *O Tannenbaum, wie schöne sind deine Blätter...*

Su vida había sido bastante agradable, como la de un gusano cálidamente envuelto en una hoja. Y ahora —al igual que algo surgido de la nada, le parecía— era como si una tempestad en un río embravecido se hubiera llevado esa vida.

En este momento —era el 6 de mayo de 1945, la tercera primavera que pasaba en este apartamento y el principio de la segunda noche de la insurrección, aunque el Alto Mando alemán había declarado a Praga ciudad abierta para ahorrarle el penetrante olor de la pólvora—, Inge Linge llevaba un vestido de luto y estaba sentada en un sillón cubierto con un crespón negro. Encendió la radio. Cada vez que sintonizaba la banda de los 415 metros, el locutor decía que los aliados estaban bombardeando los campos de aviación alemanes. Y alentaba a los rebeldes a que resistieran.

Las diversas noticias eran a menudo contradictorias, a veces tan breves y concisas que ella se estremecía; otras, tan vagas que podía interpretarlas a su antojo. Pero la verdad estaba clara: la ciudad había tomado las armas para luchar contra los alemanes, e Inge Linge se vio obligada a reconocer que algo había terminado y algo nuevo comenzaba. Todo lo que había vivido en Praga, las cosas que había disfrutado y soñado, se habían ido para siempre.

Apagó la radio. Las campanas de la iglesia de San Jaime repicaban sin cesar. El policía que estaba de servicio había desaparecido. Los ojos de color verde serpiente de Inge Linge expresaban su desconsuelo. Las mujeres de la casa habían ajustado cuentas con ella a primeras horas de la mañana, antes de que pudiera averiguar si iban a llevarle la leche. En un instante comprendió que Alemania ya no era lo que había sido el día anterior.

El farmacéutico, que no mucho antes la había mirado con vano deseo, echó el cierre, se puso un casco tropical amarillo —como los que alguna vez usó el Afrika Korps alemán— y fue a decirle a la portera que salía para sumarse al combate en las calles. La portera sólo lo había escuchado a medias.

Le dio a Inge Linge una bofetada y, mientras el farmacéutico permanecía de pie a su lado, le dijo:

—¿Quieres saber lo que eres? Una furcia, eso es lo que eres; te llenabas la barriga mientras nosotros no teníamos ni para vivir. Bebías leche mientras nuestros niños tenían que beber agua sucia. ¡Nos has chupado la sangre, eso es lo que has hecho! —Consideró necesario añadir algo y continuó—: Vuelve al lugar de donde viniste, sabes muy bien para qué, víbora. Vuelve a tu nido de puta y quédate allí.

—Déjala en paz —sugirió el farmacéutico—. No es peor que los demás.

Inge Linge aún se frotaba su pálida y enfermiza mejilla; ya no le escocía a causa de la bofetada. No sentía la más mínima gratitud hacia el farmacéutico por haberla defendido. La maravillosa sensación de aquellas tardes plácidas en las que se oía el tañido de las campanas se desvaneció; ya no estaba segura de que acudiera alguien. Ya no tendría que abrir la puerta.

Lo que le ocurriera ahora sería decidido por el Comando Regional y detallado en las circulares emitidas por la oficina del inspector de Transportes Militares del Reich, que tenía su cuartel general en el Subcomando de Praga del territorio de Bohemia-Moravia. Los generales que llevaban cruces y condecoraciones de diamantes en el pecho regían el destino de los soldados que cruzaban tierras checas e, indirectamente, también el destino de Inge Linge.

Inge Linge estaba sentada en el sillón con las cartas desparramadas sobre la mesa que tenía delante. Se preguntó qué le diría al padre Hesmussen, de la iglesia de San Jaime, si fuera a confesarse. Él había bendecido las armas de los soldados mientras ella soñaba con su casa y sus negocios, y había asperjado con agua bendita los brazos y piernas artificiales de los soldados que iban y venían.

Estaba asustada de sus propios pensamientos. Sin embargo, esto no era más que el principio. Pensó en lo que le diría a la tuberculosa Ida Geron —cuyos muebles habían sido trasladados por la policía secreta del Reich al guardamuebles de la Ciudad Nueva— si aparecía en la puerta. Inge Linge se había quedado decepcionada al ver el mobiliario de Ida Geron: un armario

con unos estantes añadidos encima, un reloj de péndulo con tapa de cristal, una mesa y una silla y una estufa eléctrica estropeada.

Nunca había ido a confesarse. Sólo acudía a la iglesia a escuchar música y a analizar con qué devotos feligreses valdría la pena pecar. En una ocasión había escuchado el sermón del padre Hesmussen. Él había dicho refiriéndose a una pareja: «Los dos se fueron juntos». Ahora tuvo la impresión de que ella y aquella mujer judía podían haber emprendido el mismo viaje.

Inge Linge se preguntaba por qué la otra mujer había estado siempre tan sola. Pensaba en ella en distintas ocasiones, cada vez que encontraba en el apartamento algo que se la recordaba. Aquel día de primavera de 1942, por ejemplo, mientras limpiaba los paneles de cristal de la puerta y raspaba un envase de hojalata con pintura adherida. En el interior había encontrado un trozo de mica que contenía los Diez Mandamientos. ¿Por qué todos los judíos que había conocido, como Ida Geron, se encorvaban como si estuvieran buscando algo entre la suciedad y el polvo, bajo sus propios pies y los pies de los demás?

Inge Linge se levantó y se acercó al armario: un armario doble con estantes para la ropa blanca. Aún era atractiva, a pesar de las venas que sobresalían en la parte superior de sus pantorrillas. Por lo general balanceaba las caderas como un marinero, mantenía la cabeza erguida y la barbilla levantada, los gruesos labios separados y las arrugas del cuello suavizadas. De cualquier manera, en este momento no se molestó en enderezarse, y su andar perdió el encanto.

Su mirada se posó en la bata verde y en los calcetines blancos que había llevado en la Oficina de Empleo. Se volvió hacia el estante en el que se encontraban los frascos de cristal tallado que contenían un empalagoso perfume de violetas, rosas y orquídeas que le cosquilleaba la nariz. Nunca le había molestado el olor de la transpiración de los hombres, como les ocurría a algunas mujeres. Sólo uno o dos días antes se había hecho un tratamiento con aceite para su pelo, suave y del color del lino. Sus cremas estaban colocadas debajo de una tapa de nogal. Se sentía como la esposa de un faraón cada vez que miraba los botes de fina porcelana de Meissen, y elegía «Astrid» para la noche y «Flora» para el día entre los regalos que le hacían los soldados alemanes que pasaban por Praga en su viaje de París a Moscú. Ella prefería Helena Rubenstein, o la argentina Elizabeth Arden de Madrid, o la inglesa Max Factor 3, un maquillaje casi teatral.

Las sombras veteadas de azul con las palabras «Los dos se fueron juntos» tomaron la forma de la solterona Ida Geron. Era probable que ningún hombre

hubiera tocado jamás el cuerpo de aquella mujer. Incluso como fantasía, la idea llenó a Inge Linge de desprecio; era algo que le resultaba difícil perdonar.

Hubo un tiempo en que —en parte por orgullo y en parte por prudencia— no saludaba a la mujer. Habría resultado muy extraño hacerlo cuando iba vestida con bata verde y calcetines blancos. Pero tampoco había hecho nada para molestarla, aunque en aquel momento podría haberle causado todo el daño que hubiera querido, incluso matarla, sin sufrir consecuencias desagradables.

Ferdinand Linge, su padre, solía decir que todo el mundo tiene una nariz y dos ojos; él había afeitado regimientos enteros de rostros y había visto muchos. Luego añadía que eso no significaba necesariamente que una alemana tuviera que casarse con un judío o con un culí chino, pero él no estaba de acuerdo con esas tajantes divisiones que se volvían aún más tajantes a medida que el territorio del Reich se expandía. En una ocasión, un oficial a quien su padre estaba afeitando —un calderero de su misma calle que se había hecho cargo de un taller judío— le dijo: «Somos ochenta o noventa millones, *kamerad* Linge, y cada uno de nosotros debe de conocer a un judío decente. Pero si no hubiéramos mantenido los ojos bien abiertos y les hubiéramos dado la oportunidad, en poco tiempo habrían dejado Alemania patas arriba. ¿Un culí chino? Vivimos en la misma calle, señor Linge; siga mi consejo: muérdase la lengua y alégrese de que su sangre sea tan alemana como la propia Magdeburgo. Afortunadamente su hija tiene la cabeza en su sitio y elegirá al hombre adecuado».

También ella —vestida con esta ropa de luto— había acariciado muchos rostros, y sabía que, hablando llanamente, todos tenían una nariz y dos ojos, y un deseo que adoptaba diversas formas. La pureza de la sangre no tenía nada que ver con eso. ¿Qué más podía ocurrir que no le hubiera ocurrido ya a ella? De repente, Inge Linge se llevó las manos al cuello. «Mucha gente había muerto», pensó.

Inge Linge siempre había deseado tener hijos, y ahora, por primera vez en su vida, se alegró de no tenerlos.

Hacía mucho tiempo que no tomaba café, ni siquiera con el cupón alemán de racionamiento A-1 que guardaba desde sus tiempos de oficinista¹. ¿Quién podía imaginar que olerlo había ayudado a disipar el olor a pobreza vinculado a los viejos tiempos? Ella podía decir: «He hecho algo con mi vida, ¿no?». Nunca se había preocupado por nada. Había aprendido a vivir consigo misma. Nunca pretendió vengarse por los reveses que había sufrido.

Tal vez era extraño, pero las extranjeras se habían sentido mejor en los páramos del Este. Un cambio súbito no siempre era algo malo..., lo había oído decir más de una vez en la oficina y por la radio. Un soldado alemán, antiguo empleado de una tintorería de Halle, se había curado una úlcera duodenal gracias al rancho militar. Ella se había enterado por intermedio de otro soldado que había prestado servicios con el tintorero en Odessa, a orillas del mar Negro. No hablaba de otra cosa, como si no hubiera nada interesante en su propia vida. Antes de eso, contaba, el tintorero ni siquiera podía comer carne de ternera picada, pues le hacía pensar en carne de bebé hervida. Su familia, al fin y al cabo, estaba contenta de que se hubiera alistado. La carne estaba racionada también en Alemania, y ella suponía que a sus parientes no les gustaba que él dijera que eso lo hacía sentirse como un caníbal. En Odessa, en la plaza de la Revolución, que ellos habían rebautizado como plaza de Adolf Hitler, el tintorero metió a los guerrilleros rusos en jaulas dobles y los dejó allí hasta que se congelaron. Nadie tuvo que preocuparse más por su dieta. También había un soldado con asma que se alistó en el Afrika Korps a las órdenes del mariscal Rommel y empezó a respirar como si le hubieran dado un par de pulmones nuevos.

A ella misma, en ese mismo momento, le habría gustado alejarse todo lo posible de Praga, excepto para ir a las salvajes llanuras polacas limítrofes con Rusia, donde las ciénagas brillaban con luz cobriza. Los alemanes jóvenes de Magdeburgo le hablaban de esa luz cuando pasaban por Praga, tras conseguir su dirección gracias a Jenny Burckhart. Incluso el comandante Detleff von Fuchs dijo algo al respecto, como hacían muchos que querían hablar de lo que fuera, pero tenían miedo de hablar con cualquier otra persona.

¿Ida Geron? ¿A quién tenía esa mujer? ¿Estaba realmente sola? Y luego el comandante Detleff von Fuchs; ella sabía muy bien que había comprado el «von» por mil trescientos marcos. El «von» hacía que su origen racial pareciera más digno de confianza y que nadie se molestara en analizarlo detenidamente.

Lo que su papá solía decirle relampagueó en su mente: algunas personas están demasiado orgullosas de su conciencia como para no ahogarse en ella. Ansiaba algo que no podía expresar.

En ocasiones recibía cupones alimenticios de los soldados, cupones para un kilo y medio de carne y grasas artificiales, y cupones para doscientos cincuenta gramos de mantequilla. Una vez reunió vales para el consumo de carbón durante tres años. Cambió dos de ellos por cupones para verduras y huevos frescos, cosa que sólo los hospitales alemanes recibían en Praga.

Recordó el aroma de los cigarrillos egipcios que fumaba el comandante Detleff von Fuchs. A él le gustaba el refrán español que dice que es mejor un hombre sin dinero que el dinero sin un hombre.

Uno de los sargentos a quien ella había recibido, Gerhard Muller, no podía ser ascendido a teniente porque decían que no sólo actuaba como un judío sino que también tenía aspecto de serlo. Afirmaban que parecía un rabino. Esto bastaba para seguir siendo sargento el resto de su vida. Él mencionó el problema casi por casualidad, y después no volvió a hablar más que del tiempo..., como si no hubiera guerra. A ella la guerra le parecía irreal, algo que existió brevemente y ya había pasado.

Recordó la canción que el comandante Detleff von Fuchs cantaba cuando bebía y cuando conseguía lo que quería:

*Wir versaufen unser Orna ihr klein Hauschen,
ihr klein Hauschen
Wir versaufen unser Orna ihr klein Hauschen,
und die erste und die zweite Hypothek.*

Inge Linge quería saber si la abuela del comandante era realmente una princesa mexicana. ¿Quién sabe?, le decía Fuchs con una sonrisa. ¿Cómo se llamaba? Delfa. Tenía una marisquería en una famosa laguna. Por extraño que pareciera —en el caso de Fuchs—, todo coincidía, al menos en el mapa. A Inge Linge no le importaba si el comandante era gitano o medio gitano.

Detleff Fuchs estaba casado, pero no era feliz. Inge sabía cuándo tenía problemas con su esposa, porque entonces estaba de mal humor, incluso con ella. Tenía sus propias ideas con respecto al orden y a sus cosas personales, y no las cambiaría. Sabía cómo hacerla reír.

Para darse ánimos encendió todas las luces: la enorme araña que colgaba del centro del cielo raso —como tres enormes candelabros decorativos de cromo, colocados al revés—, la lámpara de mesa del vestíbulo y la bombilla blanca de detrás del acuario. Se quedó despierta horas y horas, presa de una ansiedad que intentaba dominar con los recuerdos de todo lo que le había resultado agradable en la vida y de todo lo que pertenecía sólo a su propia experiencia, cosa que nadie podría arrebatarse.

Buscó entre sus recuerdos como si éstos fueran un cuenco de guisantes secos, y de súbito comprendió que lo que otras veces la había hecho feliz, ya no era suficiente.

Comenzó a temblar, como si tuviera fiebre. El soldado que se había curado, ¿seguía bien de los pulmones? La noche era interminable y la luz

chillona iluminaba a Inge Linge —acurrucada en su silla— y proyectaba una serie de sombras, al comienzo pronunciadas pero cada vez más suaves. Se paseaba por los pasillos del hotel por horas Regulus o por uno de los clubes nocturnos de Praga de la época de la guerra, el Oso de Berlín tal vez, donde no se permitía la entrada a los checos. O estaba en algún apartamento en el que un oficial alemán había vivido antes de partir hacia el frente. O se imaginaba de pie junto a la puerta, o sentada en esta silla, abriendo cartas que llegaban del frente y leyendo palabras de gratitud. Casi siempre empezaban con la misma frase: «En primer lugar, un cálido saludo y mi afectuoso recuerdo», como si todas hubieran sido escritas por el mismo hombre.

O miraba a la tuberculosa mujercita judía, Ida Geron, con su nariz ganchuda, e intentaba regresar a toda prisa a la época en que era una chiquilla de ojos verdes y estaba en la trastienda de la barbería. La barbería y la trastienda estaban separadas por una cortina, y ella podía oír todo lo que ocurría. Ferdinand Linge entraba vestido con su bata blanca remendada. «Eres prusiana por parte de tu abuelo, y sajona por parte de tu abuela, diablillo. ¡Has heredado de mí ese destello negro y dorado de Baviera, pero sólo Dios sabe lo que tienes de tu madre! ¡Esos ojos de color verde serpiente, supongo!».

Inge Linge no había conocido a su madre. Todo lo que pudo sacarle a su padre —antes de que él cayera mientras prestaba servicio como barbero del regimiento durante el ataque por sorpresa de los franceses sobre París— fue que él mismo había visto a su madre sólo el día en que concibió, e inmediatamente después de que diera a luz. Luego su madre se había fugado con un húsar. Como consecuencia, a su padre no le gustaba afeitar a los soldados de caballería húngaros.

Y luego se vio corriendo por las secas llanuras polacas, tropezando con los alambres de púas. Un soldado alemán le había hablado de las alambradas. Tenía apenas veintiún años y lloró sobre su pecho. Le contó que en el Este, en el Gobierno General, había salas con duchas a las que llamaban «baños del olvido eterno». Llevaban allí a la gente y luego, en lugar de usar agua, la rociaban con gas. Enviaban soldados especialmente para recoger la ropa, el calzado y la ropa interior de los vestuarios donde la gente se había desnudado, y luego mandaban las prendas al *Winterhilfe* para que las distribuyeran. Al principio solían asfixiar con gas y quemar a la gente tal como estaba, completamente vestida, pero después uno de los peces gordos —el propio Heinrich Himmler— había dado órdenes precisas de que primero la desnudaran.

Sus manos subieron hasta los muslos; sintió en las puntas de los dedos la textura de sus músculos flexibles. Era mejor levantarse y atravesar la sala hasta el acuario. Inge Linge creía que el pececillo de colores le traería buena suerte. La mayoría de sus peces eran amarillos, rojos y dorados. Detleff von Fuchs le decía que un pececillo de colores no era más que una carpa pequeña con la piel transparente. Le contó que los chinos ya los habían criado hacía miles de años. Lo dorado era la sangre del pez. Y no traía buena suerte, sino mala suerte. Una vez le había llevado un pez plateado chino. Aún seguía nadando. Lo único bueno de un pececillo de colores, aseguraba Fuchs, era que uno podía pronosticar el tiempo gracias a él. Cuando el pez se quedaba quieto o nadaba cerca del fondo, significaba que iba a llover.

Se tocó el cuello con las palmas de las manos y con las puntas de los dedos. El cuello es lo primero que delata la edad, la fatiga o las preocupaciones de una mujer. Notó que tenía los tobillos hinchados, como una embarazada. «Tal vez tengo todo el cuerpo hinchado —pensó—. ¿Quién sabe por qué?».

Volvió a apagar todas las luces, incluyendo los tres grandes candelabros que colgaban en la oscuridad. Levantó la cortina de oscurecimiento, abrió la ventana y se asomó a respirar el aire fresco de la noche. Las campanas aún sonaban.

En la distancia se oyó un disparo. Sintió que el pavimento la atraía. Si saltaba ahora quizá resolvería rápidamente el extraño rompecabezas. Al mismo tiempo se sintió atemorizada por lo que había abajo. Cerró la ventana y volvió a sentarse delante de las cartas.

2

Aquella noche, más tarde, hallándose acurrucada en la silla, Inge Linge oyó el timbre de la puerta, que sonaba con una única nota. A medida que el sonido se desvanecía, la puerta se fue abriendo suavemente. El único que tenía llave era el comandante Detleff von Fuchs. Una vez él le dijo que tenía unas serpientes retorciéndose en sus ojos. Ahora, de pie en la entrada, bajo el destello azul de la lamparilla del corredor, vio a un oficial alemán desconocido. Su rostro cansado tenía grandes cicatrices dejadas por los sables, y sus ojos eran de color azul acero. No ostentaba distintivo alguno de su rango en las charreteras de su chaqueta de cuero ceñida. Era el tipo de chaqueta que usaban los comandantes de los submarinos alemanes en el noticiario que ella había visto

el viernes anterior. Durante un momento tuvo miedo de que pudiera tratarse de uno de ellos. Llevaba una bolsa grande de papel colgada del brazo, y eso le hacía parecer el recadero de un sastre.

Inge Linge se sintió como si su corazón hubiera empezado a latir a un ritmo diferente, y como si la sangre hubiera empezado a circular por sus venas en sentido inverso, haciendo que su pulso latiera irregularmente. Su temor se convirtió pronto en expectación, y estaba preparada para aceptar la llegada de este desconocido como una señal de que las cosas mejorarían, aunque él todavía no había dicho quién era, de dónde venía, ni por qué acudía precisamente a ella. Tal vez a los rebeldes no les iba tan bien como había pretendido la portera cuando la dejó sola en el apartamento, ni tan bien como declaraba el locutor de la banda de 415 metros cuando instaba a los rebeldes a continuar la lucha.

En el silencio y la oscuridad, Inge Linge podía oír la respiración del hombre. Aunque no ocurriera nada, pensó para sus adentros, el sortilegio de su soledad había sido roto. Sonrió. Además de la bolsa de papel, el hombre llevaba un maletín pequeño. Miró a su alrededor, nervioso. Luego se encogió de hombros y suspiró. Ella no comprendió. Antes de que pudiera decir algo, él rompió el silencio.

—Debe disculparme si mi visita resulta inoportuna —dijo con voz profunda—. Me envía el comandante Fuchs. Mi nombre es Pau Walter Manfred zu Loring-Stein. Fui observador militar en el Tribunal Popular de Praga. Al parecer está usted sola. Me gustaría quedarme una o dos horas con usted.

Ella aún pensaba en el complicado nombre. Entonces se dio cuenta de que no era prudente entretenerse y que ambos correrían peligro si aparecía alguno de los inquilinos.

—Por favor, entre y cierre la puerta —se apresuró a decir. Y agregó—: Espero que nadie le haya visto.

—Supongo que no —cuando hablaba, la herida de sable de su rostro se movía como acompañando las palabras. Tenía tres cicatrices, una junto a otra—. Es muy amable —prosiguió en voz baja y grave—. En estos tiempos una alemana es como una isla en esta ciudad.

Ella respondió con una risa forzada y vacilante.

Él comentó:

—Hablamos como si nos hubiéramos conocido en un baile, pero las cosas son más graves. —Observó cuidadosamente la sonrisa insegura de ella, pensando que los rebeldes se habían fortalecido en las últimas cuarenta y

ocho horas, y los alemanes se habían debilitado, y continuó—: Pertenecí al Tribunal presidido por el consejero doctor Johannis Danziger. Él fue trasladado a Wiedenbruck y cogió el último Mercedes. Yo mismo iba camino de Alemania y fui sorprendido cuando unos bandidos tomaron la estación del ferrocarril. Puede imaginar el resto.

—Nunca pensé que los jueces tuvieran este aspecto. —¿Qué quiere decir?

—Este aspecto...

Quería decir que había esperado ver un monóculo y un estómago saliente.

—¿Existe algún peligro de que nos oigan?

—No creo. A la izquierda hay otro edificio, y al otro lado, una anciana que vive sola hace varios años. El resto de la familia se presentó ante el Tribunal Popular en el 42. En realidad no sé por qué.

—¿Usted pertenece al Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista?

La pregunta no la sorprendió demasiado. Comprendió de inmediato que la emoción que había notado en él durante ese primer momento en la oscuridad, antes de que hubiera empezado a hablar y las cicatrices hubieran empezado a moverse hacia arriba y hacia abajo, no había sido real. Era un alemán lleno de temor, como ella, un soldado, un oficial, un hombre. ¿Y no era eso lo más importante?

Aunque su memoria no estaba muy entrenada para los nombres —esto le había causado algunos problemas en la Oficina de Empleo—, el de su visitante le quedó grabado: Paul Walter Manfred zu Loring-Stein. Con el mismo horror que había sentido al darse cuenta de lo sola que se encontraba, recordó que llevaba puesta ropa interior de algodón ordinario. Sin embargo, había tenido la precaución de coserle las etiquetas de prendas interiores más caras que había comprado en París. Se sentía complacida, además, de que Detleff von Fuchs le hubiera enviado un juez. Últimamente, sus visitantes habían sido soldados del hospital Hradcany.

—Aquí estoy completamente sola y empezaba a sentir que era más de lo que cualquiera puede soportar.

Ahora que había llegado aquel hombre, el significado de las palabras del padre Hesmussen —«Los dos se fueron juntos»— había cambiado.

El oficial que estaba de pie mirando a Inge Linge no comprendió el brillo de sus ojos verdes. Tenía muchas otras cosas de las que preocuparse para pensar por qué a ella le temblaban las fosas nasales y movía los párpados nerviosamente. Ella estaba pensando que casi preferiría que el «zu Loring-Stein» hubiera sido comprado, como el «von» del comandante Fuchs. Tal vez el simple hecho de su llegada le había salvado la vida, porque ya no estaba

sola. De repente, Inge Linge pensó que sería mejor que aquella otra mujer, Ida Geron, hubiera muerto; que estuviera real y auténticamente muerta, y tuviera a alguien que pudiera confirmar oficialmente el hecho. Los de los tribunales de justicia podían hacer cualquier cosa; tenían leyes y papeles y sellos de goma para todo.

Era una idea estúpida. Se dio cuenta en seguida de lo idiota que era. Pero aún sentía el alivio que la había invadido al ver a alguien de pie en la puerta. «Los dos se fueron juntos». Tal vez si realmente existiera alguien que pudiera confirmarlo, sus temores también podrían desaparecer. Observó al juez militar mientras pasaba junto a ella con la mano derecha en el bolsillo y recorría lenta y deliberadamente todo el apartamento, examinando la cocina y el dormitorio. Cuando regresó al vestíbulo, miró dentro del lavabo y se asomó por la ventanita del patio de ventilación, y también examinó el cuarto de baño.

—¿Adónde dan las ventanas? ¿Al patio o a la calle? ¿Le importaría bajar las cortinas de oscurecimiento?

Ella respondió a las dos preguntas bajando las cortinas; entretanto, él dejó sus cosas y esperó a que ella encendiera la luz.

Debió de haber quedado sorprendido por algo que las palabras de ella no habían expresado, porque guardó silencio y primero observó a Inge Linge y luego los peces del acuario. Había peces negros y otros pequeños y transparentes que nadaban alegremente alrededor de ellos. La ondulación del agua hacía que las plantas se agitaran. El juez militar tenía los labios apretados. Ahora que ya no estaba sola, Inge Linge volvía a ser ella misma.

—Prepararé un poco de té —dijo en tono animado, y en seguida supo que iba a comportarse de un modo diferente.

Pero su serena voz infantil de contralto sonó extrañamente ronca. Se preguntó por qué todavía estaba tan asustada.

No dijo nada más y preparó la tetera, las tazas y el azucarero, regalos de una ciudad rusa a orillas del Don. Todo había comenzado por allí, aquel día de duelo nacional. ¿O era en el Volga? Siempre los confundía.

—Gracias —respondió Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, y reflexionó un momento—. Si le gusta el café y no se ofende, yo tengo un poco.

Ella se sintió rebosante de alegría y su voz perdió la aspereza. «Los dos se fueron juntos». ¿No era ésa una buena señal? Este oficial de alto rango tenía lo que antes ella había echado en falta. Era un alemán, un hombre, no un emisario de la revolución.

Inge miró hacia el pasillo. A él se abrían dos puertas. Una era una pesada puerta de madera de fresno, pintada de blanco, con dos cerraduras —una

superior y otra inferior— y una cadena que ella había comprado en una ferretería de nombre alemán, en la plaza de la Ciudad Vieja. Y luego estaba la puerta que daba al dormitorio: dos hojas blancas apenas más anchas que la espalda de un hombre, los paneles superiores de cristal fino, con un dibujo del cuerno de la abundancia. En el centro, como una luna transparente, se veía una bola parecida a las bolas de cristal en las que miran las adivinas.

—¿Cómo están las cosas por ahí? —preguntó.

—Es difícil saberlo. ¿Qué dicen por la radio?

—Sólo he oído al locutor de los rebeldes. Parece que están resistiendo. Sonaba como si cerca del micrófono hubiera alguien disparando...; era un ruido crepitante y desagradable. Disparos de fusil o de pistola. Bastante cerca. El locutor dijo que estaban luchando contra los tiranos. No se referiría a nosotros, ¿verdad? ¿A usted..., incluso a mí?

—¿No puede captar alguna de nuestras emisoras?

—Dicen que han rodeado las casas desde el palacio Czernin hasta la calle Kepler, donde había un nido de ametralladoras alemán.

Su mirada directa y un tanto asustada estaba ahora clavada en el oficial. Calculó que tenía poco más de treinta años. Su pelo era suave y claro, de ese color que nunca se pone gris, y también tenía la tez clara. Era alto y muy delgado. Observó cómo se inclinaba sobre el equipaje, la espalda curvada en un gracioso arco, el cuero gris de su chaqueta totalmente estirado, liso y brillante como el mar. Sacó la lata de café de su maleta y se la entregó.

Ella no podía imaginar lo que él estaba pensando. El juez bajó la mirada y pensó que ella podría haberle sugerido que se quitara la chaqueta y se pusiera cómodo. Habría escuchado con agrado una disculpa oportuna por lo que podría y no podría ofrecerle si él tenía que pasar momentos de peligro con la pequeña Inge Linge después de una ardua jornada de trabajo interrogando a delatores. Ella no era más que una furcia que intentaba parecer una belleza nibelunga; tendría que hacer la vista gorda y no prestar oídos al tono ronco de su voz, y tendría que olvidar lo que el comandante Fuchs le había insinuado al enviarlo allí. Aunque estuviera en una isla desierta, no querría intercambiar con aquella mujer más que unas pocas palabras. Pero intentó mantener la sonrisa. Se preguntó qué haría si ella se volvía demasiado pesada.

—¿Por qué no quita su nombre de la puerta?

—La gente de aquí me conoce, y ya ha ajustado cuentas conmigo.

—¿Quién vive en la casa?

—Ahora sólo quedan mujeres, y no me molestarán más. Me abofetearon esta mañana cuando salí a buscar la leche, y me insultaron. No creo que de

verdad piensen que soy una tirana. Nunca le he hecho daño a nadie —y añadió—: ¿Por qué no deja sus cosas? No tiene por qué preocuparse. El comandante Fuchs nunca defrauda a nadie.

El juez militar no se movió para quitarse la chaqueta.

—¿No hay nadie en esa farmacia?

—No; el dueño cogió un arma y salió con los demás hombres esta mañana. Llevaba puesto uno de nuestros cascos tropicales.

—Fuchs dijo que éste era un sitio tranquilo, pero no dijo nada de esa tienda. ¿No va a quitar su nombre de la puerta?

—No quiero abrir la puerta a menos que sea necesario. De todos modos, si cree que debería... Esta mañana me dijeron lo que pensaban de mí y me abofetearon, y eso resuelve las cosas entre nosotros. Supongo que ahora han ganado, y que se formarán tribunales para juzgar..., pero no a mí... Realmente nunca le hice daño a nadie. No tengo coraje para hacerle daño a alguien —miró los pensativos ojos de color azul metálico del joven entre la red formada por las cicatrices, y no supo con certeza si él aprobaba o no lo que ella se había sentido obligada a decir—. No me asomé a la ventana hasta que oscureció —prosiguió—. Estaban disparando bastante cerca. Supongo que era cerca del hotel Regulus, pero eso fue esta mañana. Tienen todas las armas que estaban almacenadas frente al cuartel de la policía, en la calle San Bartolomé. Por eso creo que los hombres que se fueron no se acercarán a nosotros.

Como el oficial mantenía su escéptico silencio, sus pensamientos regresaron a la nariz ganchuda de aquella mujer. Y una vez más se preguntó si era posible conceder o negar el derecho a vivir. Ahora, con un experto en cuestiones legales, podría preguntar y recibir el alivio de la respuesta. ¿Por qué iba a seguir preocupándose por algo que de cualquier manera no podía solucionar? ¿No era éste un gran Reich, y no estaba claro que el Reich tenía derecho a recurrir a la crueldad con el fin de evitar que otros lo destruyeran?

¡Si al menos el juez militar se quitara la chaqueta —lo imaginó con el birrete de juez que llevaban en los Tribunales Superiores—, y si al menos se molestara en responder, ya que ella estaba haciendo tantos esfuerzos por entablar una conversación! Resultaba más fácil hablar con gente menos educada.

Ahora Paul Walter Manfred zu Loring-Stein notó que Inge Linge no estaba en absoluto tan serena como pretendía. Sus ojos de color azul acero captaron la inclinación de su boca, la expresión de amargura.

—Esto no tendría que habernos ocurrido nunca —comentó. Se estaba quitando la chaqueta de cuero, cuyo forro de raso tenía un dibujo de diamantes—. Nada de esto tendría que haber ocurrido. Europa era nuestra, desde el Atlántico hasta los Urales. Esto no tendría que habernos ocurrido. Al parecer pusimos nuestros asuntos en manos de la persona equivocada. No podíamos estar en todas partes.

Inge Linge tuvo la impresión de que la tuberculosa Ida Geron se había metido en su cabeza, detrás del verde serpiente de sus ojos, y que iba quitando el tejido de éstos y diciendo algo en una voz suave que nadie más podía oír. El juez también estaba pensando en una cosa mientras decía otra, en voz baja:

—No tenemos que perder las esperanzas. Aún contamos con un ejército intacto de un millón de hombres. Aún podemos darles su merecido, y demostrarles quiénes somos los alemanes.

—Permítame colgar su chaqueta junto a mi uniforme. —Después de guardar la chaqueta, comentó—: Aquí tengo algunos panecillos, pero son restos del viernes.

Quizá desapareciera, después de todo, el horrible fantasma viviente con su nariz ganchuda. Los tribunales necesitarían alguna confirmación. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein la trataba de igual a igual, aunque la manera de decirle «señora» y su sonrisa carecían de la intimidad que ella esperaba. Era una experta en reconocer distintos tipos de militares. Había acogido a zapadores, a soldados de infantería, artilleros, soldados del servicio de transmisiones y aviadores.

Sabía que los artilleros eran duros de oído, y que si uno del servicio de transmisiones oía que en el aire había algo que podía aguarle la licencia, examinaba la onda media de la radio hasta que la policía secreta del Reich ocupaba todas las ondas cortas y las largas, incluso las de las radios alemanas. Sabía lo generosos y lo mezquinos que podían ser los oficiales, lo impacientes que podían mostrarse y cuán rápidamente decaía su interés una vez que habían saciado su apetito. Unos breves jadeos de felicidad era todo lo que le quedaba de su primer jefe de la Oficina de Empleo. Su principal cometido era luchar: los soldados luchaban y los generales ganaban batallas. Pero unos y otros perdían algo en el camino, y tenían menos tiempo para amar. Los generales nunca iban a su apartamento. Los soldados eran diferentes. Ocultaban sus sentimientos con la charla grosera y ridiculizándose a sí mismos y a ella.

Nunca había estado con un hombre tan atractivo y bien educado. Pronto podría preguntarle dónde había prestado servicios, si había resultado herido,

qué batallas había ganado. Ningún hombre se negaría a hablar con ostentosa modestia de los peligros que había corrido; ningún hombre se negaría a responder a sus preguntas. Él le contaría todo sobre la ley y los tribunales, el crimen y el castigo, los criminales y los procesos.

Todos tenían de qué enorgullecerse. Ella nunca había aprendido a ser algo más. Nunca había sido más que una mujer. Se sentía halagada por una visita como aquélla, al tiempo que inquieta e incómoda.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein se había quitado la elegante gorra de oficial y la había dejado sobre el sillón cubierto con crespón. Tenía el pelo dorado como el sol, prolijamente cepillado sobre la cabeza estrecha. Guardó silencio durante un rato y ella imaginó su frente marcada de cicatrices llena de pensamientos profundos; confundió su desconfianza con inteligencia. Él notó que después de oír sus vagos comentarios, los labios de ella volvían a curvarse hacia arriba. Sonreía mientras contemplaba el armario en el que estaba colgada su magnífica chaqueta junto a la bata verde, y su gorra militar con visera, sobre el sillón cubierto con crespón.

—Debe de haber sufrido mucho —empezó a decir ella.

—Cierre la puerta con llave y la atrancaremos para que nadie pueda entrar. Podemos apoyar este armario contra ella. —Paul Walter Manfred zu Loring-Stein cogió un palo de escoba y lo partió torpemente por la mitad; colocó los trozos en el suelo y se las arregló para mover el armario sobre éstos, en dirección a la puerta. Sus dedos eran fuertes y blancos, con pelos rojizos en la primera falange. Esperó a que Inge Linge cerrara la puerta con llave y pasara junto a él, tan cerca que pudo sentir el olor de las cremas que usaba, y entonces empujó el armario contra la puerta—. ¿Comprende lo que quiero decir? —preguntó—. La ley es la fuerza. Ése es todo el secreto. Ahora puedo compensar lo que he pasado por alto durante las tres últimas noches. Estuvimos celebrando sesiones hasta el último momento; había alrededor de dos mil que esperaban su sentencia durante abril y mayo, gente de ellos y nuestra.

Cuando Paul Walter Manfred zu Loring-Stein hablaba, sus palabras parecían reales, hechas de plomo. Ahora, su silencio tenía la misma cualidad. Ella lo imaginó de pie, vestido con su toga de juez, leyendo una sentencia. Era extraño que sin ningún motivo ella imaginara que todo ocurría en un oscuro barranco rocoso y que, en lugar de toga negra, él llevaba puesta una piel de oso. La miró con ojos cansados. Realmente llevaba mucho tiempo sin dormir, pensó ella, y sintió pena por él, como si no hubiera crueldad en lo que él

decía, en la vida, ni en ningún lugar del mundo. Después de todo, la confusión reinante los había hecho descender al mismo nivel.

3

La noche pasó lentamente.

—Tiene todo lo que necesita —le aseguró Inge Linge al menos por tercera vez—. No cabe duda de que los hombres no están en el edificio.

El oficial juez pareció animarse y en sus ojos ella creyó ver la única reacción que podía tocar su fibra más sensible.

—¿Tiene usted sangre alemana pura? —preguntó él.

—¿A qué se refiere, exactamente?

—¿Es de Alemania o de por aquí?

—De Alemania. De Magdeburgo.

Recordó al soldado que se había burlado del ejército ruso: un soldado solo ata un caballo a un carro de dos ruedas, carga el carro con toda la munición que el caballito puede arrastrar y recorre durante más de cuarenta kilómetros un camino más lleno de barro de lo que cualquier mente alemana pueda imaginar. Si a lo largo del camino no les ocurre nada al caballo ni al soldado, ¿qué pasa? El soldado había lanzado una carcajada desde la cama. Gastan toda la munición, matan al caballo, lo asan con la leña que hicieron con el carro y después se lo comen. Se preguntó hasta qué punto este juez militar sería distinto al soldado; ambos tenían dos ojos y una nariz.

El oficial juez la miró con expresión vacilante durante un momento. Ella encendió la radio y la sintonizó buscando la banda de los 415 metros. Cuando la encontró, el locutor afirmó que Praga estaba luchando y que la batalla se había trasladado de los suburbios al centro de la ciudad. Puso el volumen lo más bajo posible. Algunas secciones del ejército enemigo se habían rendido. Cada vez que se enviaban tanques contra las unidades rebeldes, quedaban anulados por cócteles Molotov, o de lo contrario se rendían. «¡Atención, atención! Praga está luchando...». Luego volvió a decir lo mismo. Ella apagó la radio.

—¿Qué decían?

Intentó explicárselo brevemente.

—Sus padres, ¿eran alemanes?

—Por supuesto —repuso ella—. ¿Ahora se siente tranquilo?

—Soy abogado y me gusta tener muy claras ciertas cuestiones fundamentales. Estoy seguro de que comprenderá. ¿Dónde podría cambiarme?

Inge Linge sonrió. Se le ocurrió que cada vez que dos personas se reunían, era posible que ocurriera algo entre ellas.

—Puede cambiarse aquí o en la habitación de al lado —y añadió—: Mis dos abuelas eran bastante aceptables.

—Naturalmente —respondió él—. Pero no me refería a eso.

—Empezaba a tener miedo —comentó ella.

Y esperó a que él le preguntara por qué, para poder responderle que empezaba a tener miedo de que él realmente hubiera ido a su apartamento sólo para cambiarse de ropa.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein supuso que era su pregunta lo que la había asustado, y no preguntó nada más.

—Así que cerraron la farmacia. Eso está bien.

La observó con sus ojos azul grisáceo, y no movió ni un solo músculo de su rostro.

—El agua está hirviendo —anunció ella.

Él levantó sus cejas claras y desteñidas por el sol. Estaba pensando lo extraño que resultaba que él —juez, oficial e historiador— hubiera recurrido a esta criatura de la calle para encontrar un refugio en el cual hacer una pausa y analizar el siguiente paso. No habían contado con este alzamiento.

¿Ahora sólo era cuestión de días, incluso de horas? ¿Acaso se trataba de qué ejército aliado llegaba primero a Praga? Apretó los dientes. Y si las cosas empeoraban y el combate se acercaba hasta esta tranquila calle a la que el medio gitano Detleff Fuchs lo había enviado a ocultarse, se instalaría en la ventana y dispararía hasta que se le terminaran las municiones, como habían hecho los alemanes en Annaberg.

Miró a su alrededor. El armario seguía apoyado contra la puerta y había dejado un enorme espacio vacío, con grandes telarañas en la pared. Inge Linge barrió lentamente una telaraña y aplastó la araña.

Entretanto, Paul Walter Manfred zu Loring-Stein había descubierto todo lo que había que saber del lugar. Si las cosas resultaban ser lo que imaginaba, se iría tan rápidamente como había llegado. No permitiría que esta ramera, que no hacía más que poner los ojos en blanco e intentaba actuar como una viuda, se interpusiera en su camino.

Siguió los movimientos silenciosos del pez negro que nadaba en el agua verde. Las puntas de sus aletas dorsales hendían la superficie. El brillante

pececillo de neón se movía rápidamente de una pared de cristal a la otra.

Aunque ella le hubiera salvado la vida —y tal vez lo había hecho, ¿quién sabe?—, aun así no cargaría con ella. Al mismo tiempo se preguntó si podría irse tan fácilmente como había llegado, y empezó a preocuparse por asegurarse de que podría hacerlo. Por primera vez se le ocurrió que ella podría traicionarlo. ¿Debía garantizarse una partida segura actuando como estaba previsto? Un canalla como Detleff Fuchs podía hacerle cargar con ella. Acaso alguien del Alto Mando alemán tenían un sentido del humor lo suficientemente cruel como para haber puesto a un hombre como ése a cargo de la Protección de las Mujeres Alemanas del Reich en Praga.

En 1941, Adolf Hitler pensó convertir París en un gigantesco parque de atracciones para todo el Tercer Reich, pero la idea no había prosperado. Y tampoco resultaron las inundaciones destinadas a detener a los aliados invasores. En los alrededores de Dieppe casi todo había quedado anegado; más allá no era tan sencillo. Ésos eran los gloriosos días en que Hitler, el advenedizo, aún gozaba de los favores de la nobleza alemana, del ejército y del Alto Mando. Durante 1943 habían ocurrido muchas cosas que podrían haber salido de uno u otro lado. La justicia había decidido que se debía esperar, y mientras tanto, servir. El hecho de que no quedara todo revelado antes del alzamiento, sino después, había confundido a todos.

Se le ocurrió que podía estar en condiciones de comprar su seguridad por anticipado. De repente, quiso ganarse la confianza de Inge Linge, mujer de mirada atrevida y escéptica. Tenía plena conciencia de que a una persona desconfiada no se la engaña fácil ni completamente. Si esto significaba que ella haría cosas desagradables para lograrlo, ¿intentaría incluso escapar a Alemania?

El mobiliario no era nuevo. Lo observó con mirada apreciativa, esperando que ella lo notara. Tal vez el comandante Fuchs había intervenido también en eso. Era responsable de los depósitos de muebles confiscados de Bohemia y Moravia, así como de la Protección de las Mujeres Alemanas del Reich en Praga. Le estaba agradecido al comandante por proporcionarle este escondite, pero ¿qué pasaría si el combate se extendía a esta zona de la ciudad? ¿Acaso el muy canalla lo había enviado aquí deliberadamente, para deshacerse de él? Eso podría haber sido traición o tal vez la única salida.

Incluso hoy, podría dispararle al comandante Fuchs sin sentir el menor arrepentimiento. Se dijo que debía dormir un poco.

—¿Está segura de que la luz no se ve desde el pasillo? ¿Por una rendija de la puerta o por la mirilla?

—Sí, estoy segura.

—Le he traído un pequeño regalo; no quiero nada a cambio de nada.

Probablemente no fue tan sensual como a ella le habría gustado, y quiso dejar en claro sus intenciones mientras se ganaba la confianza de ella de otra manera.

—Oh, no, no me gustaría que pensara eso de mí —la respuesta de Inge Linge fue inesperada.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein sacó una pequeña joya. Ella no se dio cuenta de que el interés de él estaba en otra parte y no en sus manos suaves y blancas ni en esta casa con frente de mármol negro. Por un instante olvidó a Ida Geron, la anciana de pelo negro, pero, extrañamente, fue durante un instante muy breve. Se le ocurrió pensar que esa mujer también había sido joven alguna vez. También ella podría haber recibido un regalo de un hombre. Pero los regalos que se hacían a las personas como ella siempre pasaban a las manos equivocadas.

—¿Detleff Fuchs viene por aquí a menudo?

—Gracias —logró decir ella por fin—. No..., no lo espero... Hace mucho tiempo que no lo veo.

—En esta calle, él no correría peligro —comentó Paul Walter Manfred zu Loring-Stein en un tono demasiado indiferente como para que ella no notara algo más en su voz—. Éste no es exactamente el centro de la ciudad. Sin embargo, no creo que una compañía de seguros que se precie pueda cubrirnos en este momento. Incluso dudo de que encontráramos un juez que nos dejara en libertad. Y si nos hieren, en la farmacia de enfrente ni siquiera hay vendas.

De repente, Inge Linge dejó de sentir la necesidad de aquietar sus temores.

—Dijo que quería dormir un poco. Puede ir a acostarse.

Por segunda vez pensó que ella podía traicionarlo. ¿Estarían ella y Von Fuchs tramando una conspiración contra él? No le gustaban los ojos verdes de ella que, tal vez, reflejaban su debilidad. Todas las mujeres que se sentían atraídas hacia él, pretendían algo. Tenía que resistir su influencia con todas las fibras de su voluntad.

Inge Linge guardaba silencio. La joya, ¿habría pertenecido a su familia? ¿Se la habría cogido a alguien? Después de todo, era un juez. Trataba con la ley y con los tribunales.

Volvió a ver mentalmente los ojos inflamados del soldado lloroso, y él le decía cómo enviaban todo a Alemania, incluso los paraguas, las gafas, los miembros artificiales, los dientes de oro. Le contaba que usaban palas de

carbón para hacer pilas con los zapatos de los niños, y lo contento que estaba de que a su sobrinita la hubiera matado una bomba. Debía de haber una montaña de zapatos de niños: blancos, azules y rosados con los cordones desatados.

Pero Paul Walter Manfred zu Loring-Stein estaba mirando otra vez dentro del armario. Éste parecía bastante lujoso. Pensó en que habían estado preparados cuando el abrevadero quedó lleno hasta el borde con el botín de los comandos especiales.

Los vestidos estaban impregnados de perfume. Lo hacía sentirse cien veces más soñoliento. ¿Por qué tenía que refrenarse delante de esta ramera? ¿Por qué no iba a hacer lo que quería?

Miró a Inge Linge, abarcando su figura menuda y firme, los músculos nudosos de sus piernas, una cruzada sobre la otra. La observó serenamente a través de la red de cicatrices. Era una mujer de alquiler, una artista de taberna incapaz de apreciar todo lo que él decía. Así como Detleff Fuchs nunca dejaría de robar a quien se pusiese en su camino ni de frecuentar a las putas, esta criatura seguiría abriendo las piernas en nombre del Tercer Reich —en nombre de cualquier cosa— para su provecho. Empezaban a escocerle los ojos. Estaba más cansado de lo que había creído. Pensaba en los hombres que había visto durante las últimas horas, gente de carácter inestable, que se desintegraba.

¿Ella tendría hermanos? ¿Habría alguna enfermedad en su familia? Pensó en las enfermedades hereditarias. Recordó los caballos de silla bien cuidados, con el pelaje brillante, cuyos movimientos lentos y rítmicos, mientras pastaban, se había dedicado a contemplar, apoyado en la valla. Enormes en la densa niebla gris, le recordaban a las esposas de los granjeros, de nalgas y pechos generosos y modesto orgullo.

El juez militar estaba estudiando cada uno de sus movimientos, aunque ella ni siquiera pestañeara. Detestaba a las mujeres gordas, y en lo más profundo de su alma sabía que si ella se presentara ante los tribunales no tendría la más mínima posibilidad. El modo en que intentaba seducirlo, como si estuviera tendiéndole una trampa, lo ofendía. Le recordó el olor del perfume destinado a los hombres. Dedicó a Inge Linge una sonrisa forzada que ella le devolvió de inmediato.

No sabía qué era lo que el juez militar quería de ella, y dio vuelta a la pregunta: ¿qué era lo que no quería? La mirada del juez se deslizaba por su cuello.

Percibió la energía agotada de la mujer que tenía delante. No le gustaba la gente que no tenía habilidad para la conversación ni fuerza de voluntad para guardar silencio. El disgusto y el desdén crecían en su interior, obligándolo a controlarse.

—Entonces, ¿cree que podría acostarme sin temer ninguna perfidia? —le preguntó en tono agrio.

—Por supuesto.

Inge Linge se volvió para retirar la colcha. No sabía lo que había querido decir con «perfidia».

—Quiero estar solo —sonó como si se tratara de una orden.

Las comisuras de los labios de ella se curvaron hacia abajo. Él era duro. ¿Por qué se comportaba como si ella fuera a morderlo, o como si la considerara desagradable? Una vez más se sintió culpable con relación a Ida Geron y a su tuberculosis, y sólo Dios sabía qué habría sido de ella. Ahora dudaba de la tajante línea divisoria que una vez la había separado de personas como Ida Geron o Jenny Burckhart, que vivía en su misma calle, o de su padre, Ferdinand Linge, mientras él había estado vivo y enjabonaba barbillas de todos los rangos y servicios, excepto de la caballería húngara. Sabía que la mujer había muerto hacía tiempo; en efecto, no necesitaba que nadie le confirmara ese dato. Aún tenía de ella la imagen de aquel día: con las dos maletas, y sin nadie que la ayudara a llevarlas.

—Naturalmente —dijo ella en voz alta—. Aquí tiene la cama. Que duerma bien. Yo estaré en la cocina.

Salió lentamente, como si hubiera abandonado la batalla, herida y sorprendida de sí misma. Él no había creado la diversión que ella esperaba. Pensaba en el oficial juez. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein posó la mirada en la pared en la que colgaba el cuadro.

—¿Es un general prusiano?

Inge Linge miró a su alrededor y asintió. El personaje lucía un uniforme azul de general, con anchas bocamangas rojas y cuello duro y alto, de color amarillo, que le hacía mantener la nariz levantada.

Salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Tal vez todo se debía a su fatiga. Tendría que haberlo notado antes, y ahorrarse el problema. Él no era una pera que colgaba de un árbol y esperaba que la cogieran. Si al menos Paul Walter Manfred zu Loring-Stein hubiera intentado vencer su ansiedad y olvidarlo todo, las cosas no habrían estado tan mal. Ahora comprendía que el oficial juez, tan frío y desapasionado, se quedaría o no según su propia opinión. Las campanas finalmente habían dejado de repicar. Sin embargo, no era probable

que el padre Hesmussen o Herr Haske estuvieran durmiendo. Los alemanes que se encontraban en Praga no estarían durmiendo. Se sintió como alguien que se pregunta qué partes de sí mismo ha perdido por el camino, alguien que ya no quiere seguir adelante.

Intentó dormir en el sofá de la cocina. Tenía miedo al rechazo. ¿Era esto el rechazo? Pero en lugar de dormir se quedó boca arriba, mirando fijamente el cielo raso. ¿De dónde salía este anhelo por estar con alguien, aunque el otro no le importara lo más mínimo? Escuchó lo que ocurría al otro lado de la pared. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein estaba acostado, pero no descansaba. Lo oyó dar vueltas. En la casa reinaba el silencio. El número 14 de la calle de los Castaños no formaba parte del alzamiento de Praga, y súbitamente Inge Linge no supo con certeza si en realidad se alegraba de ello.

4

Más tarde, el juez notó lo deprimida que ella se sentía y supo que tenía que animarla. Le dolió la cabeza al observarla atravesar la habitación hacia donde estaba la radio.

—Me pareció oír que alguien golpeaba —comentó Inge Linge para justificar su entrada.

Era evidente que estaba mintiendo. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein se encogió un poco.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —las cicatrices parecían moverse de un lado a otro de su rostro.

—Hace un ratito.

—¿Lo oyó por segunda vez?

—No.

—¿Está segura?

—No.

—¿Podría haberlo soñado? —ahora él escuchaba con atención.

—Sí —respondió, repentinamente harta—. Creo que debo de haberlo soñado. Ahora no soporto estar sola.

—Tranquilícese.

—¿Qué va a pasar?

—Debemos esperar. Y el que no sepa hacerlo, tendrá que aprender, eso es todo.

—¿Vamos a perder?

—Seguro que no, no a largo plazo.

—Lo único que me asusta es que quizá no lo veré. Por eso estoy tan intranquila.

Hizo girar la aguja del dial y se preguntó si sería capaz de resistir hasta el final.

Entonces la banda de los 415 metros salió al aire. El locutor citó la emisora alemana Flensburg, diciendo claramente: «Alemania se ha rendido. Después de cinco años y ocho meses de lucha, Alemania ha renunciado al combate. Este anuncio fue hecho por el propio ministro de Asuntos Exteriores en un discurso difundido desde Flensburg, Alemania, a las 14.30 horas. Éstas fueron sus palabras: “¡Hombres y mujeres de Alemania! El Supremo Mando alemán, a las órdenes del almirante Doenitz, anunció hoy que todas las fuerzas alemanas deben rendirse incondicionalmente”. Reuters añade que aún no se sabe si estas órdenes serán obedecidas por todas las fuerzas alemanas que aún combaten activamente...».

Ella bajó el volumen y entrecerró los ojos.

—Por Dios... Ya lo ha oído...

—Serénese. Debe de haber algo más. Podría ser una trampa.

Ella se quedó de pie en medio de la habitación. Mientras clavaba la mirada en el rostro marcado de Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, recordó la primera vez que había estado con un hombre. No se había sentido muy segura de lo que hacía. En aquel entonces, ni siquiera sabía tanto como Jenny Burckhart. Había acariciado los muslos de él y lo había sentido temblar y esperar en silencio lo que ocurriría a continuación, lo que haría ella con sus dedos suaves, sensibles y acariciadores. Cuando se dio cuenta de lo feliz que lo había hecho, ella también se sintió feliz.

Nunca era lo mismo después de la primera vez. En algunos momentos volvía a su memoria, como una lejana recompensa por tanto trabajo arduo, pero nunca era nada más que un débil reflejo de lo que ella recordaba. Al día siguiente, cuando se despertaba, se sentía tan feliz que tenía ganas de cantar.

Observó los ojos de color azul acero de Paul Walter Manfred zu Loring-Stein. Estaba segura de conocerlo. Podría haberle disculpado la ofensa de la noche anterior. Realmente era lo que la portera le había dicho.

La banda de los 415 metros, que ahora era su arma, volvía a hablar mientras ella giraba el botón: «Los aliados anunciaron hoy de manera oficial que Alemania se ha rendido incondicionalmente. El acto de rendición tuvo lugar a las 14.41, hora francesa, en la pequeña escuela que alberga el cuartel general de los aliados. Por parte de Alemania firmó el general Kurt Jodl.

Aunque el almirante Doenitz se ha rendido incondicionalmente, es probable que en el último momento el mariscal de campo Schorner ordene a sus fuerzas situadas en Bohemia...».

La emisión quedó interrumpida repentinamente e Inge Linge se volvió, como si incluso la radio la hubiera defraudado.

—¿Puede darme un vaso de agua?

Ella no respondió.

Durante un instante, los ojos de él —pequeños, de color azul acero y fríos — parecieron casi muertos.

De pronto ella tuvo que salir de la habitación antes de hacer algo inexplicable.

5

Cuando regresó, el oficial juez ya no llevaba el pijama ni el uniforme con charreteras verdes y plateadas. Se había puesto un traje gris oscuro de paisano y estaba de pie frente al espejo. Parecía el representante de una empresa alemana de exportación. Sus ojos azules eran casi amables. Alto, pulcro, con una expresión cortés en el rostro, parecía bastante distinto. Las cicatrices eran lo único que no se ajustaba a su nueva imagen. La bolsa de papel en la que había guardado el traje estaba tirada encima de la cama. La sábana estaba estirada, y del lecho salía el aroma empalagoso del perfume de ella mezclado con el calor del cuerpo de él.

Mientras Inge Linge miraba al hombre con admiración involuntaria, la ofensa del día anterior se disolvió y se hundió profundamente para unirse a la imagen de Ida Geron y sus ojos negros. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein llevaba una corbata lisa, de color azul marino. Se lo veía serio, pero renovado. Al mirarlo, Inge Linge experimentó el mismo anhelo que la había inundado el día anterior mientras estaba en la cocina. El anhelo era recuerdo, el eco de un sentimiento del pasado.

—Cuando paso mucho tiempo sola, se me ocurren tonterías —comentó—. No me extraña. De todos modos, estoy avergonzada. ¿Cómo durmió?

Pronunció las últimas palabras en voz baja. Su ronco tono de contralto sonó con un ansioso ruego de calor humano y un extraño temor que surgía de la suerte de aquella otra mujer que había recorrido este mismo apartamento. «Y los dos se fueron juntos».

—Gracias, realmente necesitaba dormir —repuso Paul Walter Manfred zu Loring-Stein. Miró a su alrededor y afirmó—: Me gustan sus flores. Me gustan las flores.

Ella contempló con aprecio su figura alta y delgada. Sabía muy bien que ya no quedaban muchos hombres como él. Comprendía la situación, a su manera. Se sentía agradecida hacia él por mostrarse más accesible. ¿Qué esperaba de un hombre en un momento como éste? ¿Comprensión, mimo, la recuperación del afecto o, al menos, poder compartirlo?

Sintió deseos de correr hacia él y acariciarlo. Tembló al ver el destello de sus ojos y las cicatrices de sable. Quería ablandarlo. Lo había interpretado erróneamente.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein estaba pensando que para una mujer como Inge Linge no había nada sagrado. Ella no compartía la preocupación que los hombres y las mujeres de Alemania tenían en este momento: la pérdida de los derechos y del poder del gran Reich. «Furcia», dijo para sus adentros. Quiso gritar: «Mientras nuestros grandes hombres están muriendo, ¿todo lo que se te ocurre pensar es eso?».

—En Praga, cuando brilla el sol como ahora y el cielo está tan claro, los días son maravillosos y tristes —comentó—. No sé por qué parecen tan tristes. Tal vez por el color de los tejados y los jardines.

—Días tristes —repitió pensativamente Paul Walter Manfred zu Loring-Stein.

Se preguntó si el moreno Detleff Fuchs estaba seguro de que las mujeres como Inge Linge eran examinadas a fondo y con frecuencia por un médico del ejército. De acuerdo con la ley militar, Fuchs debía ser colgado. Sus ojos hundidos se ensombrecieron. Su rostro y las cicatrices móviles enrojecieron. Tal vez incluso su sangre era mala para hacer transfusiones a los soldados heridos.

—¿Tiene algún sitio en el que pueda quemar mis cosas?

—No —respondió Inge Linge—. El comandante Fuchs hizo poner la instalación eléctrica para todo. Tenía miedo al gas y al fuego. Ni siquiera tengo sótano. Sé lo cedí a la portera. Tiene una familia numerosa, con tres hombres. Todos trabajaban en los tranvías.

—Entonces, ¿podría esconderme esto?

—Sólo tengo el armario. Podría guardarlas en la parte de atrás.

Él se conformó con el hecho de que debajo de ese bonito pelo descuidadamente suelto a la altura de las sienes, la cabeza de ella estaba vacía y sus ojos de color verde serpiente carecían de inteligencia.

—Escóndalo en algún sitio —indicó—. Ya sabe lo importante que es en este momento.

Ella sintió la necesidad de apagar la luz. Fue algo súbito y obvio. Todo se confundía en su cabeza, una cabeza tan redonda que los oficiales alemanes siempre le decían que su madre debía de ser de Bohemia o, en todo caso, de la Alta Silesia, donde todo estaba tan mezclado. Pero, sin duda, no de Alemania. Apagó la luz central y sólo dejó encendida la bombilla blanca de detrás del acuario. Los peces de colores nadaban lenta y perezosamente. Mientras ella pudo comprar todos los días huevos frescos de hormiga, evitaban al pez negro grande, pero ahora salían de su escondite incluso durante el día. Querían encontrarse lo más cerca posible de la superficie cuando ella desparramara el alimento. Ahora estaban muertos de hambre y serían afortunados si sobrevivían hasta el amanecer.

Una vez más, Inge Linge vio flotar la imagen de esa mujer, la mujer que en otros tiempos respirara el aire seco de este apartamento y luego, como había dicho el joven soldado, se había asustado de un olor decisivo y amargo. Inge Linge se reprochó a sí misma. No debía pensar en eso, al menos porque estaba viva, sentada junto a un hombre apuesto, tomando té. Porque existía, separada y apartada, dado que no cabía la esperanza de unirse a nadie.

Encendió la radio. Era su consuelo, su arma y un incentivo para que él se quedara con ella.

—¿Quién vive en el piso de al lado?

—Todos los hombres se han ido, y en cualquier caso a ese lado no hay ningún hombre. Ya se lo dije. Fueron arrestados y nunca regresaron. Bajaré el volumen.

Zarah Leander cantaba suavemente en una de las emisoras. Inge Linge conocía la letra de la canción. Entrecerró los ojos y observó a Paul Walter Manfred zu Loring-Stein. ¡Cuántos hombres había tenido entre sus brazos, oh, Dios! Aunque no todos habían sido exactamente como él, ni tenían nombres tan extraños..., siempre y cuando él no lo hubiera robado, por supuesto, o inventado. ¿Sería realmente tan bien educado como pretendía si alguna vez se encontraba en un aprieto? Ella sabía muy bien que este tipo de educación estimulaba la generosidad en épocas de abundancia, y la mezquindad en los malos tiempos. ¿De qué clase de educación se trataba, sin embargo, que hacía que un hombre se negara a sí mismo cuando había mil razones para no hacerlo? Era una pena que no hubiera venido el comandante. Él no la habría dejado desamparada en un momento como éste. La cantante concluyó su canción y la música siguió sonando suavemente.

—¿Estas paredes son tan gruesas como para que usted esté tan despreocupada?

—No se puede oír a través de ellas. Lo he probado. Puede creerme.

—El problema no es si la creo o no.

Inge Linge era cada vez más consciente de la silueta del hombre que tenía delante, como si su propia respiración la ayudara a sentir con mayor claridad la presencia de él. Se sentó cortésmente a tomar el té y contempló los ojos oscuros del hombre, su brillo metálico. Sintió que la invadía una nueva ola de excitación. «Realmente tiene una hermosa figura», se dijo una vez más, preparada para dedicar una atención total al cuidadoso escrutinio de su persona, incluidas las cicatrices de sable. Deseó simplemente ocultar el hecho de que se temían mutuamente, como perros y gatos, o gatos y ratones. Entonces un nuevo temor se apoderó de ella, y también ira y una sensación de expectativa.

—Hoy fue un día raro. No logré dormir.

Le resultó imposible no pensar otra vez en la mujer, en sus pechos marchitos. ¿Dónde estaba la sepultura de la judía, si es que tenía alguna?

Para las mujeres como ésta, pensó Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, para las mujeres que viven en hoteles que se han convertido en dormitorios en los territorios hostiles conquistados, los soldados alemanes han robado. Robaron toallas, vajillas de plata, lencería de encaje, servilletas, almohadas. En ocasiones utilizaban barcos, que se convertían en naves de transporte de las mercancías robadas. Otros que tenían la oportunidad y no podían resistir la tentación, robaban en los campos diamantes y anillos para ellas. Sólo tenía que mirar a su alrededor para obtener una imagen completa. Sonrió burlonamente. No necesitaba escarbar demasiado en su memoria para recordar otros casos semejantes que había juzgado. La guerra se había convertido en una oportunidad para muchos. Sus ojos eran fríos y albergaban una sensación de distancia.

—Es de noche —dijo ella para romper el silencio—. Amanecerá.

¿No decía Detleff von Fuchs en algunas ocasiones que uno debía protegerse de las personas a las que les había hecho algún favor? ¿Quizá había sido algo distinto a la amabilidad lo que lo llevó a enviar a este hombre a su casa?

Pensó en la primavera, que siempre le había gustado más que el otoño; pensó en cómo la primavera cambia las cosas, en cómo cambia todo completamente. Su padre afeitaba a los hombres en la calle y les decía: «Los gusanos del queso están hechos del mismo queso». Deseó que su padre

estuviera más cerca. Pensó en los peces y en las golondrinas. En la iglesia y en las oraciones. Le daba miedo la noche y todo lo que podía oír en la oscuridad.

Recordó lo que dos soldados italianos que habían llegado juntos le habían dicho inmediatamente: «El pecado que se comete a escondidas está ya perdonado a medias». Los soldados italianos eran distintos a los alemanes. Actuaban como personas que habían llegado por error a una cafetería, pero ya que estaban allí, pedían café o vino; se notaba, sin embargo, que se habrían sentido más cómodos en otro sitio. Aquellos dos italianos habían reído y comentado que rezar y dormir eran la misma cosa.

—Quiero ser práctica.

—Por supuesto. Los dos tenemos que ser prácticos.

—No quiero resultar desagradable.

El juez militar no respondió. Captó en la mirada de ella destellos del instinto de conservación.

La observó. ¿Qué sabía ella acerca de que el Tribunal Popular dictaba pena de muerte por todo, incluidas las así llamadas insignificancias? Hacía mucho tiempo que había aprendido a leer con un sexto sentido el más leve gesto y los movimientos faciales de las personas. Llevaba en su interior un mapa de su propio mundo que también medía el tiempo; quería utilizarlo como él deseaba, no según las exigencias de los demás. Su mente seleccionaba, identificaba, consideraba y clasificaba. Si pudiera, pesaría y mediría el viento y la quietud. Llevaba consigo una brújula que conservaba y nunca abandonaría. Se sentía conectado a algo de un orden superior al encarnado por esta putilla regordeta, a la que tenía que brindar su compañía. La inocencia le hacía sentir un hormigueo en la piel.

—Me alegro de que esté aquí conmigo —declaró ella, suspirando—. Anoche quería decirle que no tenía necesidad de darme nada. Quizá alguien en su casa podría usar el anillo.

—Eso está fuera de discusión. Sé lo que hago..., suponiendo que me quede, naturalmente. Esto se prolonga, y usted no esperaba que fuera así.

—Gracias, muchas gracias... De todos modos, no era eso lo que quería decir —y añadió en tono resignado—: No lo dije por eso.

A la hora de la cena, Paul Walter Manfred zu Loring-Stein sacrificó dos latas de sardinas portuguesas. Inge Linge abrió un frasco de melocotones y uno de manzanas italianas. El oficial juez volvió a pensar que Detleff Fuchs, que había embaucado a la Oficina de Asuntos Raciales; nunca había soportado la inspección militar. Y sin duda había enviado a los médicos a cualquier sitio menos aquí, donde más necesarios eran.

—Nunca he estado sola tanto tiempo. Siempre intento ser valiente. Dentro de poco quizá empiecen a disparar otra vez.

—¿Qué diría si apareciera alguien?

—Simplemente no abriría la puerta. De cualquier manera, tampoco podría porque el armario está en medio. Pero aunque pudiera, diría que usted es un amigo mío, coronel —vio que él corría el seguro de la pistola y volvía a guardarla en el bolsillo superior—. Me gusta tener visitantes —continuó—. Los visitantes italianos fueron siempre los más agradables.

Pero no era eso lo que quería decir. Pensó en un aviador que había perecido en un accidente aéreo cerca de Roma, donde más tarde fue enterrado. Recordó que la primera vez que ambos habían entrado en el dormitorio, éste sólo estaba iluminado por la luz del farol de la calle, que se filtraba por las cortinas. Aunque parecía apasionado, se tomó su tiempo para quitarse y doblar cuidadosamente el uniforme y colgar los pantalones de una silla. Tenía piernas de chica. Empezó por los tobillos de ella y dejó una línea húmeda a lo largo de todo su cuerpo. Por un amigo de él que más tarde había acudido a ella, se enteró que estaba enterrado en un cementerio cristiano. El otro piloto se había perdido en el área de Nápoles; su cuerpo nunca apareció. Ella miró al juez militar y se preguntó: «¿Son las mujeres físicamente más agresivas que los hombres?».

Mientras se servía más galletas, sus dedos rozaron los de él. Notó que el juez se apartaba un poco. Volvió a tocarlo y una vez más notó un movimiento casi imperceptible. ¿Dónde estaba escrito eso de que el hombre debía ser el agresor? Las mujeres eran más adecuadas para ese papel. La antigua excitación volvió a crecer en su interior.

Empezó a cantar suavemente, con una voz ronca que no podía compararse con la de Zarah Leander. ¿Qué era lo que flotaba en el aire? ¿Qué reflejaba la canción de Zarah? Flensburg guardaba silencio.

—¿Le gusta estar aquí sentado? —preguntó ella en tono suave.

Su perfume de lilas tenía un olor fuerte.

—A veces —admitió—. Por supuesto, tengo que cumplir una misión, aunque ahora esté aquí con usted. Sí, realmente es agradable estar aquí.

Él hablaba con fría brevedad. Y cada vez que abría la boca para decir algo, lo que fuese, y las cicatrices se movían por su cuenta en su rostro, su voz sonaba en su mente de una manera distinta. ¡Qué furcia desvergonzada era ella, realmente! Tal vez deseaba que él la azotara. Adolf Hitler había muerto hacía una semana. Y aquí estaba él, en algún lugar de Praga, resistiendo las provocaciones de esta mujer. Quizá disfrutaría si él la azotaba.

Tendría que seguir siendo cuidadoso. Inge Linge era persistente, y él no podía apartarla con brusquedad, como a una vaca parada en medio de un camino rural. Ni podía condenarla por socavar la vigilancia militar, sobre todo teniendo en cuenta que no llevaba puesta su toga de juez ni su uniforme de oficial. Quizá ella ya no se sentía unida a la causa alemana. Después de todo, la portera había considerado resuelta la cuestión con un par de bofetadas y algunos insultos. Él necesitaba este refugio durante un tiempo. Si tenía que ocurrir, simplemente cerraría los ojos.

—¿Hago la cama otra vez? —preguntó Inge Linge.

Ahora sabía con certeza que se saldría con la suya, y se mantuvo firme con música suave y brisas cálidas.

—Un poco más tarde —repuso Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, oficial y juez—. Primero debo terminar el té.

7

Más tarde, Inge Linge estaba acostada junto al oficial juez. Aún llevaba puesta una bata de seda japonesa con un brillante dibujo de flores, lo mejor que encontró en el armario.

—Todas las botellas están vacías —se disculpó—. No tengo ni una gota de nada.

—No importa —aseguró él.

Él miraba la botella vacía con absoluta indiferencia. Eran dos extraños. Ella sintió el impulso de cogerla y lanzarla a los ojos azules de él, tan llenos de disgusto, y a sus cicatrices, para reducir la distancia que los separaba. Tenía delante de sus ojos la orgullosa y apretada boca de un oficial juez que olía levemente a loción para después del afeitado.

Sí, pensó ella, no era más que una mujerzuela de la que cualquiera podía apartarse disgustado.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, que tenía muy buena opinión de sí mismo como para entender lo que pasaba por la mente de Inge Linge, sin

embargo, se dio cuenta vagamente de lo que había ocurrido. Sus cicatrices volvieron a moverse. Los ojos verdes de ella, llenos de congoja ante todas las preguntas para las que no había respuesta, lo observaban fijamente, y sus pestañas de color castaño estaban húmedas. Su tez era pálida, casi blanca, lechosa.

—Iré a acostarme en la otra habitación.

—¿Por qué? —preguntó él. Transcurrido un instante agregó—: Supongo que yo sería mejor compañía si hubiera venido a verla en otras circunstancias.

Con la misma rapidez con que decidió irse a la habitación, sintió pena por él. Ese sentimiento también desapareció mientras él se mordía los labios, cortados y marcados en dos sitios distintos. La antigua ansiedad provocada por la ira volvió a amenazarla.

—¿Fue herido alguna vez? —le preguntó al juez militar.

—No —respondió—. ¿Por qué me lo pregunta? —Y agregó—: ¿Cree que por eso...? —lanzó una carcajada profunda y alta, como si se estuviera riendo para sus adentros de alguna otra cosa. Para esta mujerzuela no significaba nada en absoluto que los mejores soldados hubieran sido enviados a arreglar las calles—. No, simplemente tengo otras preocupaciones.

Era mentira. Y, sin embargo, lo que más le preocupaba era cómo salir de esta laguna de ley y orden alemanes. Estaba llevando más tiempo del que había pensado. Porque a Paul Walter Manfred zu Loring-Stein realmente no le habría gustado arreglar las calles de Praga, todo sucio, con la cabeza afeitada, vestido con harapos.

Inge Linge sintió cierto alivio al comprobar que su suposición había estado tan cerca de la verdad. Experimentó una sensación de superioridad y agudeza.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein abandonó sus propios pensamientos y quiso hablar con ella. ¿Tenía miedo incluso de esta fulana? ¿Era ella capaz de unirse a los bandidos y traicionarlo? Resultaba de lo más desagradable. Sus pensamientos volvieron a centrarse en el arreglo de las calles.

—¿Qué está pensando?

—Nada en particular.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo único que podemos hacer es esperar.

¿Podría llevarla con él si se lo pedía? ¿Cómo se libraría de ella si lo hacía? Inge Linge se dio cuenta de que el oficial y juez Paul Walter Manfred zu Loring-Stein nunca la llevaría consigo, y ella nunca podría encontrar a Jenny Burckhart en Magdeburgo, en el número 29 de la calle Gotschal. Él tenía

miedo, igual que las damas elegantes que tenían miedo de todo lo grosero, y como muchos de los hombres que conocía. Volvió a sentirse herida. Retrocedió bajo la mirada metálica de los ojos del juez. La brisa cálida se había helado. Se preguntó si realmente era como ella pensaba, y decidió que sí. Entretanto, Paul Walter Manfred zu Loring-Stein estaba tendido en el borde mismo de la cama y sentía que incluso eso era suficiente para infectarse.

—¿Quiere ir al cuarto de baño? —preguntó Inge Linge desdeñosamente.

Se sintió como un gato que acabara de bufar. Se dio cuenta de que había sido descortés, pero se sintió aliviada por haber dicho algo.

—¿Por qué? No, gracias.

Su primer arrebató de cólera cedió, y con él las lejanas olas que habían estado elevándose y cayendo. Sus ojos verdes, embotados e inflamados por la falta de descanso, volvieron a evocar la imagen de Ida Geron.

—Cuénteme algo de usted.

—Sería muy aburrido —afirmó él—. Fui soldado, juez, luché por Alemania y ahora soy un civil.

—Usted siempre será un soldado, incluso sin uniforme, cuando las polillas se lo hayan comido y le quede convertido en un harapo lleno de polvo.

—¡Jamás será un harapo lleno de polvo! —declaró en tono brusco. Se sentó en la cama—. El desaliento no es propio de las mujeres alemanas. Nunca, jamás será un harapo lleno de polvo.

—Una vez vino un soldado que no hizo nada más que llorar entre mis brazos.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Me habló de un campo. No puedo recordar todo lo que dijo. ¡Tengo tan mala memoria! Me contó que había duchas, y que entraban hombres, mujeres y niños, y que nunca salía nadie. Lo único que él tenía que hacer era abrir unas latas que llevaban la marca I. G. Farben. Marcaba las latas en una tira de papel y luego se las entregaba a ellos para que las enviaran a Berlín. Eran terriblemente estrictos con respecto al marcado de las latas. ¿Se da cuenta? Antes había sido paracaidista y luego lo degradaron a la infantería. Tal vez no tenía valor suficiente para ser paracaidista. No lo dijo exactamente. ¿Es verdad lo que me contó de las duchas?

Él observó los botones verdes de ella, que parecían moscas multicolores bajo la débil luz. La hebilla de la bata le recordó una telaraña.

Cuando se dio cuenta de que él no respondería, Inge Linge se sintió ansiosa. Deseaba revelar sus sentimientos, que dejaran de arremolinarse sin cesar en su cabeza. Por primera vez pensó que él podría matarla. Dejó de preocuparse por lo que él pudiera decir. Seguía incorporado en la cama, apoyado sobre los codos, y las cicatrices de su rostro aún se movían. Inge Linge estaba tendida en silencio, vestida con su quimono japonés de color verde brillante, con las manos detrás de la cabeza. El oficial juez la miró atentamente.

—En este apartamento vivía una judía —la idea de la tuberculosa Ida Geron, con su pelo oscuro, sonó terriblemente lejana—. En 1942.

El año mil novecientos cuarenta y dos debía de haber sido hacía mucho tiempo. Sí, ella, Inge Linge, tenía colgado en la pared el retrato de un general prusiano que contaba casi cien años, y se lo había dado alguien, y a él no le habían arrancado la barbilla de un disparo. Y la historia tenía que continuar con más cabezas checas, como le había dicho el juez en tono tan convincente. Algunas barbillas arrancadas de un disparo su padre las había enjabonado con jabón blanco como la nieve. Paul Walter Manfred zu Loring-Stein, doctor en derecho, se sentía mucho más seguro en eso que en la cama; debía de saber de qué estaba hablando. Y en algún lugar alguien estaba sonriendo felizmente ante eso. Inge Linge pensó en la cabeza de la portera, que estaba abajo, y en las cabezas de los tres hombres de la familia, con las gorras de trabajadores. Y si esa judía regresaba alguna vez, también estaría su cabeza.

Inge Linge miró el arma.

—No hay de qué asustarse. Yo la protegeré.

—Le dije que ya no estoy asustada.

—Sólo podemos esperar lo peor de esa gente que vive abajo y que intentó golpearla. Puede estar contenta de tenerme aquí con usted y de que no estemos desarmados. —Volvió a hacer una pausa antes de agregar—: Permítame que le diga una cosa, querida.

Inge Linge observó los labios de Paul Walter Manfred zu Loring-Stein y supo que le hablaba a ella sólo porque no tenía otro público.

—Preste atención —indicó—. No es probable que los rebeldes envíen hombres muertos a donde yo quiero ir, así que debemos hacer todo lo que podamos para salir vivos. Primero yo, después usted. —Volvió a guardar silencio, decepcionado al ver que Inge Linge no gritaba entusiasmada. Después añadió en tono seco—: ¿Cuánto tiempo ha estado viviendo aquí..., cinco años? Esta ciudad inmunda es una maldición. Los tribunales no podrían enviar al paredón a más de cien por día. ¿No sabe lo que son esos checos?

Sólo los más viejos colaboraban con nosotros. Sin embargo, los detesto, son como árboles jóvenes llenos de savia y vitalidad. Se los doblegó completamente, pero no se quebraron. Se los puede pisotear, pero ellos vuelven a levantarse, a menos que se les patee la cabeza para tener la seguridad de que están acabados. Es una suerte que estos bandidos no sean alemanes, como habíamos planeado originalmente para lograr mejores ejemplares. Habrían salido malos alemanes. Pero de todos modos llegará un momento en que estarán todos muertos. ¿Sabe usar una Steyer?

—¿Qué es eso?

—Una pistola. Mi arma de reserva.

—No, no sé. Nunca me preocupé por esas cosas. Por eso estoy donde estoy, ya se lo dije.

Sintió un desierto en su interior, un cementerio en su corazón. Ya no escuchaba a Paul Walter Manfred zu Loring-Stein. En su imaginación ponía flores en una tumba, y las palabras del padre Hesmussen adquirirían un nuevo significado. Azucenas, jacintos, rosas rojas... y no sólo para ella. Los mil perfumes de los frascos que guardaba en el armario, y su ropa interior, seda sintética y muselina auténtica, sus bonitos vestidos, e Ida Geron que había vivido aquí antes que ella. En su interior no había rastros de ansiedad ni de odio.

—Dicen que hemos hecho cosas terribles —comentó.

—Sólo hicimos lo que otros habrían hecho en nuestro lugar. Ése, por supuesto, es el enfoque legal. Ahora nos envían a arreglar las calles. Es una suerte que hiciéramos lo que hicimos. El miedo inspira respeto. Había que enseñarles con quién estaban tratando..., que por cada uno que ellos mataran, aparecerían otros peores, más brutales, más despiadados. ¡No intente parecer inocente! Hasta los niños saben lo de los escuadrones de exterminio. De eso hablaba su atontado paracaidista. Yo diría que no merecía ser degradado a la infantería: tendría que haber sido colgado directamente. Sin embargo, puede calmar su conciencia. Nunca fuimos tan minuciosos como todo el mundo piensa.

—Entonces es verdad.

—¿A qué se refiere con eso de «verdad»? ¿La verdad checa? ¿O la verdad judía?

—Me refiero a los baños y las duchas.

—¿Los ha visto con sus propios ojos? ¿No? A todos deberían preguntarles lo mismo cuando empiezan a hacer preguntas impertinentes. Lo que usted no ha visto no existe, ¿comprendido? —Lanzó una carcajada—. Mi querida Inge

Linge, tal vez no sea el momento adecuado para lo que voy a decirle. Cuando los que sobrevivieron a nuestros baños y duchas crezcan, quedarán sorprendidos de lo bondadosos que fuimos..., tan bondadosos como corderos. Tranquilícese. Si no existen pruebas, no existe delito. Y dentro de unos pocos años... —hizo una pausa— nuestros abogados alemanes sabrán qué hacer, y cuándo, y cómo hacerlo. No es necesario pensar en eso ahora, si la pone nerviosa. Las cosas no fueron tan malas como dice la gente. Nuestros campos fueron lugares de oportunidad, después de todo, para nuestros soldados y para los elementos indisciplinados. Le dimos una posibilidad al fuerte, y al débil una salida. Todos tuvieron la oportunidad de demostrar de qué eran capaces. No preste atención a los rumores. Se han contado demasiadas historias. Los fuertes algún día nos darán las gracias. Los débiles habrían muerto de cualquier manera, sin nuestra ayuda. Así es la vida. El criterio de la selección.

Y pensaba que nadie tendría ningún interés en glorificar a aquellos que habían ido a las cámaras de gas sin oponer resistencia. Aún tenía la pistola en la mano. Ella vio otra vez sus fuertes dedos blancos con pelos de color castaño.

—Ahora, ¡anímesese! No hay motivo para estar triste, Inge Linge.

—Todavía están disparando.

—Sí, lo sé.

—Lo oí mientras usted estaba hablando, pero ahora no tengo miedo.

Se preguntaba si los rebeldes harían lo mismo que les habían hecho a ellos.

—Usted siempre fue amable con ellos. No tiene por qué tener miedo.

Sus sombríos y metálicos ojos azules buscaron los de ella por tercera vez para captar alguna señal de traición.

—Estoy viviendo en el apartamento de una judía.

—Ya no hay más apartamentos de judíos, señorita Linge. Es como si, aparte de todo lo demás, usted permitiera que esta gente le atara una bola de hierro a las piernas.

Se le ocurrió pensar cuánta gente estaría en este momento mendigando una prueba de que había regalado a este o aquel judío, comunista o lunático un vale para cien gramos de carne de vaca, un cupón para jabón, o un billete de tren para el campo. O intentando demostrar que habían pagado un precio decente por esos muebles judíos, esa vajilla o esos abrigos de piel. El mundo estaba patas arriba, pensó. La gente confundía Alemania con un lupanar. Miró a Inge Linge, pero estaba pensando en los submarinos alemanes. ¿Qué hacen ahora? ¿Están hundiendo barcos enemigos o poniendo a salvo a sus

dirigentes? Los submarinos alemanes, pensó: los mejores, los más rápidos, los que se sumergen a mayor profundidad. ¿Qué van a hacer mañana, pasado mañana, cuando la guerra haya terminado? ¿Saldrán a la superficie? ¿Dónde? ¿En Brasil? ¿En Canadá? ¿En Estados Unidos?

8

Ella entró en la cocina, todavía dominada por ese sentimiento de desolación. Abrió la ventana para poder oír a los hombres cuando regresaran, y los disparos, en caso de que llegaran a la calle de los Castaños. El aire de la noche llenó la habitación. Con extraña lentitud, Inge Linge puso manos a la obra. De una cesta de mimbre sacó una pequeña bandera, una esvástica bordada en seda. Se la había regalado, a cambio de sus favores, un desagradable oficial de un carro de combate de la división *Grossdeutschland*, que nunca se había atrevido a volver a verla. Se asomó por la ventana y ató la bandera a un clavo del alféizar que estaba clavado desde los tiempos en que Ida Geron cultivaba flores en una jardinera. Le llevó un buen rato asegurar la bandera.

Cuando por fin concluyó, estiró una mano por la ventana y sintió una suave brisa. Percibió el olor de la pólvora y de la primavera y el de una nueva vida sin tacha. Quizá la brisa arrastrara las cenizas de la tuberculosa Ida Geron, de ojos y pelo negros, y las depositara en la pintura desconchada del alféizar de la ventana, para que la mujer de pecho liso encontrara por fin su última morada. Inge Linge aún podía olerlo. Imaginó mil aromas cuando apoyó la pistola en el alféizar, junto a las cortinas. Se acostó vestida con su quimono japonés y sin manta, a esperar la llegada del día. Los disparos se acercaban por Tyn, donde estaba el hotel Regulus, rodeando la iglesia de San Jaime. Pero Inge Linge ya no recordaba al padre Hesmussen ni los reverberantes tonos del órgano. Las pistolas, las Steyer y las granadas sonaban cada vez más cerca.

Aproximadamente una hora antes de que amaneciera, Paul Walter Manfred zu Loring-Stein se asomó a la sala. Ella le dijo que no encendiera la luz porque la ventana estaba abierta para poder oír mejor. Él pareció desconfiar.

«Los dos se fueron juntos». Sonaba como un lema.

—Me alegra ver que es usted sensata —comentó—. Tenga la pistola a mano.

Las cicatrices de su rostro parecían casi de color púrpura.

Tembló al pensar que él podría acercarse a la ventana.

En lugar de ello, Paul Walter Manfred zu Loring-Stein salió de la sala con la incómoda sensación de que, aunque había logrado tranquilizar a Inge Linge, su método no había sido el más adecuado para este momento de anarquía.

Afuera, la niebla de la noche aún flotaba en el aire. A medida que rompía el día, empezó a disiparse. Inge Linge esperó.

Miró hacia la ventana. Sintió una extraña y muda angustia que crecía en su interior como una ola en el mar y luego caía y empezaba a disolverse casi en el infinito. De repente, no pudo recordar su propio aspecto. Como si viera en sí misma a alguien a quien jamás había visto.

Paul Walter Manfred zu Loring-Stein esperaba en la habitación contigua. En el momento en que amanecía, cuando las granadas de acero atravesaron la ventana del apartamento en el que alguna vez había vivido una encorvada judía, Inge Linge pensó que por fin la noche había pasado y había llegado el día. Sabía que brillaría el sol, primero rojo, luego amarillo y finalmente blanco. La tristeza del día estaba en sus ojos, pero en ninguna otra parte: ni en la luz, ni en la brisa, ni siquiera en las últimas boqueadas de los peces del acuario hecho añicos.

LA CHICA DE LA CICATRIZ

El aire caliente y bochornoso entraba en el aula. La pálida muchacha dejó escapar de pronto un fuerte suspiro que se oyó claramente en el silencio total de la sala. Estaba sentada cerca del escritorio de la profesora, frente a la ventana, por la que podía ver sólo la parte superior de las magnolias de la casa del superintendente, al otro lado de la calle; apenas podía vislumbrar el azul suave del cielo. En cierto modo, su suspiro había traspasado sigilosamente la barrera del calor. Ella tenía cara pequeña, cuello largo y delgado y un cuerpo pequeño con pechos pequeños. Era como si el silencio la hubiera cogido por sorpresa. El calor parecía extenderse bajo sus pies como un abismo, como si el temblor de un terremoto hubiera rajado la tierra. Había ido creciendo en su interior durante toda la mañana, como una presión que puede estallar sin la menor advertencia.

Estaba jugando apática y distraídamente con un pañuelo beige de dobladillo angosto que había hecho con una cortina vieja en la clase de costura. Una cicatriz larga y estrecha le atravesaba la frente.

—Jenny Thelen —la reprendió la profesora.

—Sí, señora —respondió la chica de la cicatriz.

—¿Ése es modo de comportarse?

La muchacha no respondió, aunque la reprimenda llevaba implícita una promesa de perdón. Cerró con languidez sus enormes ojos verdes; eran como barquitos rápidamente bosquejados y contenidos en la grieta de debajo de su frente marcada, bordeados a la altura de las sienes por mechones de pelo castaño claro. Intentó no oír la voz gutural de la profesora, pero la voz chirrió contra su oído como un cepillo de alambre.

Intentó retornar, al menos en espíritu, al sitio en el que había estado antes de oír el sonido de las botas con clavos, las voces roncadas y los silbidos agudos.

Dejó que el sol la acariciara, que sus rayos la tocaran suavemente como si fueran dedos. Pudo sentir que su pecho se calentaba con el sol. De repente, pensó en el fuego del infierno.

En la pared, cerca de un cuadro con una escena de la historia alemana — con Federico el Grande y Freiherr von Stein—, había una cita de Immanuel Kant, ahora iluminada por los rayos del sol. Trató de regresar al ensueño que había comenzado mientras Elzie Mayerfeld explicaba la diferencia entre los límites del Reich alemán y los del Gran Imperio Germánico.

El brillo del sol jugueteaba en las magnolias. En el cobertizo del huerto del superintendente había un enorme letrero circular que había sido utilizado durante uno de los festivales gimnásticos de primavera:

WIR WOLLEN REINE CHRISTEN SEIN,
DEN CHRIST WAR NUR EIN JUDENSCHWEIN

Cuando miró el sol con los ojos entrecerrados, el letrero pareció un enorme disco dorado del vals *Cuentos de los bosques de Viena*. El disco parecía girar silenciosamente alrededor de su centro cegador, el centro fundido del sol. Demonios. Cerró los ojos rápidamente, temiendo que de lo contrario se quedaría ciega. Pero incluso con los ojos cerrados, la luz le pareció más intensa que cuando los fijó en el centro del sol.

Dedicó su atención al vestido de Elzie Mayerfeld: ceñido, de seda brillante, con enormes rosas rojas y hojas verdes. La profesora meneaba las caderas y admiraba el reflejo de su cuerpo alto, oscuro y flexible en la ventana.

—Sigamos, *lieblings* —indicó Elzie Mayerfeld. Elzie Mayerfeld, conocida como la Dama del Perro, hizo una pausa en la explicación de cómo las fronteras del Reich se extenderían durante los milenios siguientes—. En la lucha entre la riqueza y la pobreza, que llegará en los próximos diez siglos, las naciones conquistadas y empobrecidas tendrán que culparse a sí mismas, no a los alemanes —afirmó—. Pensad en vosotras mismas. Pensad realmente en vuestra contribución personal al bienestar de Alemania, más que en quién se enriquece gracias al sufrimiento de los demás.

A través de las ventanas abiertas entraba el ruido de las botas con clavos que chocaban contra el pavimento...: infinidad de pies pisando al unisono, alejándose en la distancia hasta que quedaba tan sólo el eco de los agudos pífanos. Cantaban a la tierra y a la sangre y a la patria lejana, y a lo que significaba ser soldado en tiempos de una gran crisis. Las voces roncas de las

gargantas uniformadas se fundían con el ritmo preciso de las botas que avanzaban: *Hei-di, hei-do, hei-da*.

A Elzie Mayerfeld le temblaron las fosas nasales. Llevaba el pelo recogido en un moño, sujeto por una peineta de carey. Tenía la piel lisa y pálida; el cabello recogido realzaba su cuello desnudo, largo y blanco. Desde la distancia, los silbidos de los pífanos aún perforaban el aire y los redobles de los tambores se mezclaban con el ruido sordo de las botas. El sonido se hizo más suave, convirtiéndose en una agradable cadencia. Era el quinto día de calor implacable. El pavimento despedía el calor del sol en forma de ondas, convirtiendo la ciudad en un horno. La fachada de la casa del superintendente se estaba desconchando, y los antepechos se veían toscos con sus águilas y sus ángeles desnudos. Elzie Mayerfeld pensó en Rommel y en los ejércitos alemanes en África.

El ruido sordo de las botas con clavos, el aroma de las magnolias, la suave oleada de calor en la que flotaban el sonido y el orden, todo parecía impregnado con el significado de la canción. Los pífanos, los tambores y las palabras —en la medida en que podían ser comprendidos— evocaban la patria lejana.

A medida que se alejaban los soldados, entraba el aire caliente del cuartel alemán de Praga. Sólo un eco rítmico persistía en el espacio sin límites por encima de los tejados de la calle Otto Bismarck. Mientras contemplaba los tejados de pizarra, Elzie Mayerfeld vio la imagen de la sangre y de fuertes piernas masculinas..., de hombres que avanzaban día y noche, contra el calor y el viento, hacia los cuatro puntos cardinales. Era una imagen de rostros curtidos, con los ojos entrecerrados bajo el sol, rostros que se alzaban contra un fondo de ciudades destruidas y pueblos en llamas.

El sol caía a plomo sobre los cristales de las ventanas. A través de la seda del vestido de Elzie Mayerfeld podía verse el perfil de su ropa interior. Era alta, incluso sin tacones, y más alta aún cuando los llevaba. Sonrió sin saber que lo hacía. Le brillaban los ojos.

—No habrá nada que detenga nuestro acceso en el futuro a los cereales y al petróleo. Polonia y Rusia no seguirán bloqueándonos el Este, como hicieron durante miles de años.

La Dama del Perro sonrió como si estuviera diciendo que toda la riqueza del mundo, la del Este y la del Oeste, empezaría a fluir por todo el Reich como los ríos en sus lechos.

Cerró los ojos. Se vio en el desfile militar, mientras sonaba la música. Deseó penetrar las almas de las niñas con imágenes de soldados combatientes,

consagrados a la muerte como las monjas se consagran a Dios. Se sintió responsable por las niñas, que evocaban en ella deseos prohibidos.

En la sonrisa de Elzie Mayerfeld estaba Alemania misma: la Patria, rodeada por las islas y las duras rocas de un mar alemán. Al final todo se reducía al privilegio y a la cuestión de quién tenía la fuerza y la energía para no dejarlo escapar, cogerlo bruscamente del mismo modo en que un hombre domina a una mujer, incluso al precio de la sangre alemana. Un alemán no puede vivir de la misma manera que un judío, un polaco o un ruso.

Finalmente, en el aire abrasado sólo quedó el agonizante estribillo de una canción que Elzie Mayerfeld y las niñas de la clase recordaban, acerca de cómo, en tierras lejanas, un soldado alemán sabría cuándo había llegado su hora.

Elzie Mayerfeld se volvió hacia sus alumnas y les dijo:

—*Lieblings*, tengo una sorpresa para vosotras.

—Nos va a poner una prueba —susurró una niña que se sentaba junto a la chica de la cicatriz.

Jenny Thelen miró al suelo. Las piezas de madera estaban dispuestas en ángulo, formando esvásticas. La Dama del Perro les había explicado el primer día que la cruz gamada no sólo era el símbolo del gran Reich alemán, sino también del sol. En las antiguas naciones arias, también había significado la unión de hombre y mujer.

Cada vez que la Dama del Perro las llamaba *lieblings* era como si las picara una avispa.

—Apuesto a que quiere irse temprano —susurró la compañera de Jenny Thelen.

—¡La tercera fila junto a la ventana! —la Dama del Perro se dio cuenta de inmediato—. ¡No alborotes la clase! Por favor, sacad vuestras libretas. —Bajó la voz y fue al grano—: Escribid las respuestas a tres preguntas. —Hojeó la edición de la mañana de *Der Neue Tag*, y miró los artículos marcados—. Voy a dejaros solas un rato. Tengo que irme temprano.

—Te lo dije —insistió Julie.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó la chica de la cicatriz en voz muy baja.

—Él está abajo esperándola.

La chica de la cicatriz enrojeció.

—¿Quién?

—Lo dices como si la envidiaras.

—La tercera fila se está buscando un castigo —advirtió la profesora—. No estoy aquí para castigaros; mi misión es más importante. Es la última vez

que os mando silencio.

En la mente de Jenny flotaron las mismas imágenes fragmentadas, imágenes que se remontaban al martes, a los pensamientos que tenía antes de que la lección de la profesora fuera interrumpida por las marchas que cantaban los soldados. Así que alguien estaba esperando a la Dama del Perro. No era difícil adivinar de quién se trataba. Jenny había estado pensando en el sol, en el infierno y en la sombra tranquila, pero ahora pensaba en la victoria. Se imaginaba la derrota como una red hecha con fuego. Para ella no existía más diferencia entre ambas que la que había entre una mariposa y una polilla. Ya no era consciente del resto de la clase, pero sus labios susurraron automáticamente:

—Discúlpeme, me he propasado —la excusa que la alta profesora exigía.

Jenny Thelen ya no tenía conciencia del estropeado escritorio ni del enorme mapa del Reich, ni del vestido de seda ni de las magnolias de la casa de enfrente. Hizo oídos sordos a la voz irritada de la profesora. Todo lo que le quedaba eran las diminutas motas de polvo y el sol, el juego silencioso de la luz que entraba a raudales. Los rayos eran sombras largas, delgadas, doradas. Sintió que se deslizaba por esos rayos, con los ojos entrecerrados, como arrastrada por el sueño. Todo lo que la rodeaba era real, y, sin embargo, no tenía conciencia de nada de ello. No quedaba nada salvo la luz y lo que estaba aprendiendo a olvidar aquí, en el Instituto para Niñas de Pura Raza de Territorios No Alemanes de Praga: que en el año 1942 había tenido un padre y una madre. Pero aún no había aprendido a olvidar por qué habían sido ejecutados.

Algo fluía en su subconsciente, como el barro que se desliza sobre el fondo de un río, algo relacionado con ese húmedo 15 de marzo, con su nieve y las motocicletas conducidas por soldados extranjeros que llevaban túnicas de tela verde debajo de los impermeables y le hacían pensar en ranas uniformadas.

Papá llevaba las gafas de montura de níquel que acababa de traer de la compañía del seguro médico (como empleado del sistema de abastecimiento de aguas, tenía derecho a una revisión anual de la vista y a unas gafas nuevas). No quería ver lo que estaba ocurriendo al otro lado de la ventana, de modo que se quitó las gafas. Dijo que era extraño que los soldados de ocupación no cantaran. Y en ese preciso instante empezaron a cantar canciones sobre lejanas tierras alemanas, sobre la sangre, acompañadas con pífanos y tambores: *Hei-di, hei-do, la la*. Los tanques llegaban a toda velocidad por la carretera. Después de eso, papá la sentaba en sus rodillas más

a menudo y le hablaba de los tiempos en que había luchado en el río Piava, al norte de Italia, donde había aprendido a tocar *Oh Maria* y otras canciones típicas de Trieste en la mandolina.

Las gotas de transpiración perlaban la frente y el labio superior de Jenny. Tenía calor y estaba cansada. La noche anterior no había dormido bien. No dormía bien desde el martes. Por la mañana, la Dama del Perro había hablado de qué unía a padres e hijos y qué los separaba. Los rayos del sol le caían encima.

—Yo sé quién la está esperando —susurró Julie—. Es él. Te apuesto cualquier cosa. Acordaron una cita para el sábado.

—Hace un calor terrible —comentó en voz baja la chica de la cicatriz, como admitiendo que era una posibilidad.

Ya no sentía que podía ver a su madre y a su padre en los rayos del sol.

Dejó caer las manos sobre el regazo. El sol resplandecía en las gotas de sudor que corrían por su frente. Súbitamente sintió el impulso de levantarse sin pedir permiso y correr hasta la ventana para ver quién esperaba a la profesora.

Sintió un arrebato de vergüenza y, al mismo tiempo, una sed insaciable. Por un instante su cuerpo le pareció un enorme cántaro vacío.

Las ventanas abiertas dieron paso al aroma de las flores. La fragancia la despertó y le devolvió la excitación que había sentido el martes anterior. Otra vez recordó la visita que el suboficial le había hecho a Elzie Mayerfeld y el roce tal vez accidental de su amplia palma contra los pequeños pechos de ella. Debió de sentirse avergonzada y las mejillas se le encendieron. Había sentido que la sangre se le agolpaba en la cabeza. Luego oyó que el suboficial prometía esperarla después de la clase del sábado. Él probablemente no tenía la menor idea del castigo que podía acarrear el incumplimiento de las reglas. Ella había sentido el aroma del tabaco, ligeramente acre aunque dulzón, en el aliento del suboficial.

—¿Qué te parece, cielo? —preguntó él.

Se había alegrado de que él se fuera. El corazón le latía como si hubiera estado corriendo. Pero cuando él se había ido, ella había deseado un poco más. Al día siguiente, un miércoles, la Dama del Perro las había hecho formar en fila vestidas con el traje de gimnasia. Él las había observado desde la habitación de la profesora.

—Vosotras dos —las llamó la profesora.

Dobló el ejemplar de *Der Neue Tag* Contenía un extenso artículo sobre los checos que afirmaban estar más preocupados por su nivel de vida que por

los objetivos nacionales. También había un artículo detallado sobre perros. Elzie Mayerfeld era muy consciente de lo que estaba ocurriendo en la clase. Miró la tercera fila con expresión severa.

Ése fue el momento en que sus ojos se encontraron, los de la profesora y los de la chica de la cicatriz. Los ojos de la chica aguantaron la mirada de la profesora hasta que no pudieron resistirla por más tiempo; luego se concentraron en la ventana y finalmente en el suelo. La profesora volvió a estudiar su rostro: los ojos hundidos, la frente angosta con la larga cicatriz rojiza que parecía una costura hecha a la ligera, sus pómulos esclavos, la barbilla en punta: una cara triangular casi infantil que le recordaba la de un cordero.

La cicatriz se volvió momentáneamente pálida. La profesora adivinó que la tensión que experimentaba la niña no era tan inocente. Las fosas nasales de la profesora se ensancharon como las de una leona. La niña sabía que no podía hacer nada sin autorización, ni siquiera levantarse e ir hasta la ventana.

Los recuerdos se agolparon en la mente de Jenny: todo lo que su papá había dicho y hecho mientras los alemanes ocupaban Praga. Sintió que se quedaba sorda, como si estuviera a punto de desmayarse. Las palabras sobre las fronteras del Reich retumbaron silenciosamente. *Alt Reich* y *Neues Reich*. En su desvanecida sonrisa, la chica sintió el desprecio de la mujer madura. Estaba evitando la mirada de Elzie Mayerfeld, pero aun así se sintió desnuda, como le ocurría cuando las medían y las pesaban, o cuando les hacían análisis de sangre.

—Concentraos en la tarea —les advirtió la profesora—. Exijo silencio, Jenny Thelen. No es fácil, pero no es mucho pedir. Silencio absoluto. Y voluntariamente. —Luego de una pausa añadió—: Escribid lo que os dicto.

A la chica de la cicatriz le llevó un rato volver a la realidad. El sol la deslumbraba y brillaba en el brazalete de la profesora. Ésta empezó a dictar:

—Pregunta uno: ¿Qué está haciendo por nosotras el *Curatorium*? Pregunta dos: ¿Por qué Alemania, en interés de Europa, debe vencer a la Rusia bolchevique, a la Inglaterra judía y a los plutocráticos Estados Unidos? —Elzie Mayerfeld dobló *Der Neue Tag* sobre su escritorio. Se alisó el vestido a la altura de las caderas con sus palmas suaves y acolchadas—. Pregunta tres —prosiguió—: ¿Por qué la censura es progresista cuando la comparamos con la arbitrariedad introducida en Europa como un caballo de Troya por los judíos? ¿Cuál es el significado de «indeseable», «blasfemo» y «obsceno»? ¿Cómo considera el Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista, el NSDAP, la relación entre libertad y experiencia?

Las niñas escribieron las preguntas lentamente, a medida que la profesora las dictaba. Jenny vio la imagen de la mujer reflejada en los cristales de la ventana abierta. Todo en ella era plenitud y misterio; parecía exudar un aura de magnetismo animal.

—Ya podéis empezar —indicó Elzie Mayerfeld.

Luego agregó que esperaba silencio y orden durante su ausencia. Ése era el significado de la obediencia.

Elzie Mayerfeld meneó las caderas. Sus palmas acolchadas subieron y bajaron por la susurrante seda, como amoldando su cuerpo a las curvas. Dijo en voz alta:

—Os compensaré. No os faltará nada. Esta tarde os enseñaré a bailar el vals. A nuestros soldados les encanta el vals. —Se apartó un poco del escritorio. Llevaba otro brazalete de oro en el tobillo izquierdo—. Existen tres maneras de bailar el vals —explicó Elzie Mayerfeld—. Tengo un disco nuevo de Lale Anderson. Su voz es maravillosamente aterciopelada. Es mejor que Marlene Dietrich. Mucho mejor. Y también es más valiente, por supuesto. Lale Anderson aún es nuestra mejor cantante de la primera línea. Recogeré vuestras libretas por la tarde.

A la chica de la cicatriz todo esto le pareció carente de interés y fuera de lugar. Seguía dominada por una sed que no la quemaba pero agotaba la fuerza de sus brazos, sus piernas y su cerebro.

Elzie Mayerfeld dilató las ventanillas profundamente esculpidas de su larga y delgada nariz y salió del aula con paso lento.

2

El calor del mediodía penetró en el aula. Un murmullo recorrió los pasillos. Julie dijo:

—Lale Anderson es una mujerzuela. Lo mismo que Elzie Mayerfeld. — La acusación quedó suspendida en el aire. Luego una niña pequeña con cara diminuta dijo que en el frente alemán probablemente había un montón de mujeres de esa clase, mujeres que combinaban el sexo y la canción. La Pequeña empezó a escribir—. Nosotras también tenemos voces aterciopeladas, pero no somos mujerzuelas, como ella —añadió Julie.

La chica de la cicatriz escuchó las voces susurrantes de las otras niñas. Se llamaban unas a otras con apodos viejos y nuevos, con nombres de animales o flores, como los caballos en los hipódromos. La Dama del Perro las había

llevado a las carreras de caballos en una ocasión, junto con el coronel conde Von Solingen. El otoño anterior sólo habían inventado apodos de frutas.

Ni siquiera tenía que levantar la cabeza para saber quién estaba hablando. El padre de la Rápida había sido colgado por pertenecer al Partido Comunista, aunque su hermano se las había arreglado para pasar del Partido Comunista directamente al NSDAP. La Dama del Perro le dijo a la Rápida que antes de que el verdugo hubiera ajustado la soga, su padre había traicionado a todos sus camaradas. La Chica Ojos Redondos había llegado al instituto debido a una situación familiar inestable. Su abuelo se había pegado un tiro en un burdel cuando su abuela fue a buscarlo; luego su padre también se disparó, porque así no tendría que alistarse en el ejército. La niña tenía enormes ojos pardos, y la profesora le había prometido que para Navidad podría tenerlos azules, después de que los laboratorios alemanes del Este concluyeran los últimos experimentos.

La Chica Ojos Redondos se puso de pie debajo del retrato del Führer y canciller del Reich, y sonrió dejando ver sus dientes blancos y separados.

—¿Quién creéis que la está esperando, chicas? —Luego imitó la voz de la profesora—: Podéis seguir escribiendo, niñas, mientras yo, la Dama del Perro, Elzie von Mayerfeld, paseo mis perros en compañía de un caballero. ¿Cuál es la misión de las mujeres en el Tercer Reich, Jenny Thelen? Cama, comida y breviario, señorita Thelen.

Se oyeron algunas risitas.

—Debe leer *Der Neue Tag* con mayor diligencia, Jenny Thelen. ¿Ha escrito su ensayo acerca de por qué los arios llaman judíos a los británicos?

—¿No estás escribiendo? —le preguntó Julie a la chica de la cicatriz.

—Ya lo escribí una vez.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Hace calor.

—¿No te encuentras bien?

La chica de la cicatriz recordó nuevamente la extraña excitación que no comprendía, el roce de la palma y su sueño recurrente de que se convertía en una mujer.

La Chica Ojos Redondos dijo:

—Jenny Thelen es una tonta. Una perfecta tonta.

La chica de la cicatriz se acercó a la ventana. El pavimento reflejaba la luz y enviaba olas de calor.

—¿Él es joven? ¿O viejo? —preguntó la Chica Ojos Redondos—. No me digas que es un civil que lleva bombín. ¿No es ese apuesto marino que ella

trajo el miércoles?

—¿Van abrazados, o simplemente caminan uno al lado del otro? —preguntó Julie.

La chica de la cicatriz cerró los ojos. Elzie Mayerfeld estaba paseando con el suboficial. Una brisa invisible atravesó la calle, apretando la seda contra los muslos de la mujer y revolviéndole el pelo. Llevaban dos galgos delgados, de patas largas, sujetos con largas correas y collares tachonados. Los perros eran blancos. Tenían ancas delgadas, manchas marrones y hocicos alargados, como la boca de un pescado. El pelo de los animales Brillaba a la luz del sol.

Jenny Thelen se sujetó al marco de la ventana, preparada para desaparecer de la vista en caso de que la profesora girara la cabeza. Pero ella no se volvió. La chica de la cicatriz intentó adoptar una expresión de indiferencia, pero sintió que se mareaba. Oyó palabras y frases y risas a sus espaldas. Una de las niñas dijo:

—Hace cortar la cola a todos sus perros.

La chica de la cicatriz regresó a su pupitre. Sintió un escalofrío en los muslos y en los pechos. Su lugar junto a la ventana fue ocupado de inmediato por la Chica Ojos Redondos.

—Forman una bonita pareja —opinó, estudiando lo que veía.

—Bastante —coincidió la Pequeña en tono resignado.

—No querrás decir que te gustaría pavonearte vestida de seda... —sugirió la Chica Ojos Redondos.

—¿Por qué no? —espetó la Pequeña.

Julie se volvió hacia la chica de la cicatriz.

—Podemos ir al río esta tarde. Ella querrá quedarse con él después del almuerzo. ¿Quién sabe adónde piensa llevarlo?

Jenny Thelen abrió su libreta y guardó silencio.

—¿Irás con nosotras? —le preguntó Julie.

La Chica Ojos Redondos regresaba a su pupitre.

—Eh, ¿sabéis una cosa? La Dama del Perro le ha comido la lengua a Jenny Thelen.

—¿Al río? —repitió la chica de la cicatriz en tono distraído—. Bueno, ¿por qué no?

Y luego rió, con expresión igualmente distraída.

—Es la hora del timbre —anunció la Pequeña.

—¿Qué hora es? —preguntó la chica de la cicatriz.

Sintió que el cuerpo y la cabeza se le hinchaban. Su propia voz le resultó extraña. Otra vez tuvo conciencia de que estaba completamente húmeda de

transpiración. La Pequeña comentó que las mujeres que usaban brazaletes en los tobillos eran unas frescas. Otra dijo que ella llevaría anillos en la nariz, como las africanas, si le daba la gana. La chica de la cicatriz sintió que algo se marchitaba en su interior, como una flor con el calor. El calor le abría los poros y se los llenaba de transpiración. Una profunda languidez detuvo el movimiento, el tiempo, la vida. Alguien preguntó por qué la profesora nunca se había casado.

Todo lo que la rodeaba pareció tomarse blanco. Lo único que podía ver era a Elzie Mayerfeld caminando junto al suboficial. Ambos tenían la misma estatura. Intentó imaginar de qué hablaban. Imaginó el susurro de la fina seda, las palmas que acariciaban como una brisa cálida, relajante y estimulante al mismo tiempo.

Otra vez sintió el roce de la mano de él, una sensación que se mezclaba con el aroma de las magnolias de la casa del superintendente, en la acera de enfrente.

La Chica Ojos Redondos garabateaba su nombre en la tapa del pupitre: Catherine Faye. Luego se sentó y empezó a morderse las uñas. Finalmente comentó:

—La Dama del Perro estuvo en el castillo con un general. Celebraron una recepción en el Salón Español. Ella bailó con Daluege.

—Pero Daluege es... ya sabes —intervino la Pequeña.

—¿Qué quieres decir con que es «ya sabes»?

—Quiero decir que es más probable que Daluege bailara con otro hombre.

—A la Dama del Perro la trae sin cuidado —declaró la Chica Ojos Redondos.

—A él le pasa lo mismo que a Baldur von Schirach —aseguró alguien.

—¿Baldur von Schirach? Bueno, él tiene un hijo. O una cosa o la otra.

—Algunos son las dos cosas, una y otra. Alguno de ellos debe de haberle echado el guante. Es muy apuesto.

La Chica Ojos Redondos recordó que, durante la última celebración, los oficiales de la fuerza aérea habían formado uno detrás de otro y habían cantado *Hei-di, hei-do, la la*. Formaban una larga serpiente, un hombre sujetando a una mujer por las caderas y la mujer con los brazos alrededor de los hombros del hombre. Marchaban de una sala a otra. Entre los oficiales estaba el padre del más importante fabricante de muebles de Munich.

La niñita les confió:

—Por lo que puedo recordar, mi padre decía amar a mi madre. Pero eso no le impedía tirarle por la cabeza las comidas francesas que ella preparaba,

con platos y todo, o arrojarlo todo al cubo de la basura. Cuando alguna tontería lo enfurecía, perdía los estribos y gritaba: «¿Dónde están la carne y las patatas?». Cuando estaba muy borracho, cosa que ocurría unas tres veces por semana, la abofeteaba o la tiraba al suelo, o la empujaba contra la pared y le gritaba: «¡Bruja!».

La chica de la cicatriz sólo captó el sonido de las voces, un nombre, un eco y nada más. Todo estaba enturbiado por el calor, transformado en el sonido de una palma deslizándose sobre la seda. El olor del tabaco en el aliento del marino. Sus palabras. El modo en que la había llamado cielo. La misma Dama del Perro había dicho que una sola mujer rara vez era suficiente para un hombre.

De repente, notó que la página que tenía delante estaba mojada. Se asustó. Cogió rápidamente su pañuelo beige y secó la página.

—¿Qué te ocurre hoy?

Pero la chica de la cicatriz finalmente se había puesto a escribir. Supuso que la mayoría de las chicas querían ir al río. Las acompañarían a la ida y a la vuelta. Ésa era la regla de este lugar pensado para las huérfanas de los que habían sido enemigos del Reich... en los casos en que habían permitido que quedara alguna huérfana. Destinadas a la rehabilitación, estas niñas habían sido cuidadosamente seleccionadas de acuerdo a los criterios raciales nórdicos. Eran niñas con antepasados arios, niñas cuyos destinos dependían de los logros académicos y de los testimonios de todos los funcionarios del instituto.

Elzie Mayerfeld era la maestra tutora. Antes de ocupar este puesto, la Dama del Perro, en compañía de tres perros entrenados por el ejército, había prestado servicios en Sobibor, cerca de Lublin, en la guardia femenina. Ahora, por el propio bien de las niñas, quería que ellas olvidaran a sus padres.

El primero en decirlo fue el Obersturmführer de las SS Hagen-Tischler, el inspector general de educación. Los padres de ellas lo habrían deseado, dijo, si hubieran podido aceptar lo inevitable. Se habrían dado cuenta de que, pensándolo bien, sus hijas eran afortunadas al tener la posibilidad de ser enviadas a una de las antiguas familias del Reich.

Pero como castigo podían ser destinadas a los campos del frente, a la «casa de placer» —como discípulas del campo o *Feldhure*— según palabras de una de ellas, que ya había sido enviada al Este.

La chica de la cicatriz volvió a imaginar a su profesora. La vio vestida con un traje de encaje, casándose con Hagen-Tischler en Praga, y volando a Mallorca inmediatamente después de la boda. Mientras escribía las respuestas

a las preguntas, repetía para sus adentros que la profesora era amable, experta y una sincera admiradora de Lale Anderson. Sus dos galgos ingleses tenían manchas marrones y grises en las ancas. Habían pertenecido a una familia judía que se había mudado fuera del Barrio Alemán de Praga en 1940.

En una ocasión, en una fiesta de primavera con oficiales de la fuerza aérea, la Dama del Perro se había excedido en la bebida y había empezado a cantar canciones militares y a romper las copas de cristal en las que servían el champán. Se decía que otra vez había recibido rosas del señor Sollman, que solía enviarle mensajes; de vez en cuando ella los dejaba caer en el vestíbulo, quizá con la intención de comprobar quién era lo suficientemente curioso para recogerlos. En efecto, eso podría haber sido precisamente lo que ella quería..., como si la relación pudiera perder parte de su importancia si no era de conocimiento público.

Según Tanya Grab, que había sido enviada al frente del Este, la Dama del Perro se había escrito a sí misma algunas de esas cartas y mensajes.

La profesora escuchaba todo; incluso cuando fingía ser indiferente, estaba alerta y en guardia —como los mejores alemanes, como los miembros del NSDAP, las SS o las SA— y mientras escuchaba dilataba las ventanas de su delgada y nórdica nariz. Olfateando captaba todo lo que estaba en el aire. El Führer había dicho que la naturaleza era cruel, y ella estaba orgullosa de poder ser igualmente cruel. Pero quería parecer amable. Formaba parte de su temperamento convertir lo bueno en malo, y viceversa. Su mirada penetrante podía ver el interior de las chicas. La palabra «denuncia» tenía para ella el mismo significado que la palabra «honor». Creer en la conciencia era dar rienda suelta a una treta judía. Sólo los derrotados consideraban necesario matar en defensa propia. El vencedor era el primero en matar. En un sentido más amplio, sin embargo, se podía decir que todo el Reich alemán estaba librando una guerra en defensa propia: se estaba defendiendo de la contaminación de su sangre. El Reich alemán perduraría durante miles de años. Elzie Mayerfeld sabía y comprendía por qué.

Las ventanas estaban abiertas de par en par. El calor entraba en el aula como si el límite entre el interior y el exterior de un horno hubiera quedado borrado. La Pequeña le preguntó a la Chica Ojos Redondos por qué Tanya Grab no había escrito desde que se había ido al Este. Le resultaba dudoso que hubiera sido enviada a casa de la familia de un oficial alemán. Por una noche, quizá, sugirió alguien. O, lo que era más probable, a «colonizar» el dormitorio de algún oficial. Sonó el timbre, cortando en rebanadas la conciencia de la chica de la cicatriz, rasgando el silencio.

El sonido del timbre le indicó qué vendría y qué había pasado; era como una bala que había errado el tiro por poco. En él había capas de luz y oscuridad, de silencio y de ruido, de palabras y pasos..., de algo que no podía ser percibido desde el exterior.

Finalmente el timbre dejó de sonar. Todo en Jenny Thelen parecía supurar, como una herida que nunca hubiera cicatrizado: lo que había tenido que decirle a Elzie Mayerfeld —«Discúlpeme, me he propasado»—, o los días en que la Dama del Perro llamaba a Jenny a su lado, o cuando ella se iba a pasar la tarde y parte de la noche con un oficial de las SS de la división Wiking, del Grupo Armado del Sur. O con el superintendente de la casa cubierta de magnolias, en la acera de enfrente, cuando su gorda esposa se iba a Berlín.

Todo esto le recordaba a un hombre que sostiene un cuchillo y permite que alguien le tuerza el brazo hasta que se ve obligado a apuñalarse a sí mismo.

—Jenny —dijo Julie.

—No te preocupes por mí.

—Estás empapada.

Alguien hablaba de icebergs. Una de las chicas recordó la campaña del invierno y los guantes que habían donado al *Winterhilfe*.

—Tendrías que secarte —aconsejó Julie—. Mira cómo has dejado tu libreta.

La chica de la cicatriz acomodó la página arrugada.

—Si quieres puedes copiar de mí —añadió Julie.

—Lo escribiré yo sola. Ella lo descubriría.

—Apuesto a que ni siquiera lee los ejercicios.

—Siempre los lee.

—Casi nunca. Sólo los revisa al azar.

—No quiero discutir.

La expresión de la chica de la cicatriz revelaba al mismo tiempo objeción y acuerdo, y algo no concluido, como cuando te vistes para salir y luego te quedas en casa. No tenía nada que ver con lo que estaba escribiendo. El calor del sol no aflojaba. Todo parecía estancarse. Por un instante, imaginó que estaba bebiendo agua y que ésta le borboteaba en el estómago.

—La tiene tomada con nosotras —afirmó Julie.

—No me importa.

—¿Cuánto te falta?

La pluma de Jenny Thelen se movió otra vez, se hundió en el tintero y luego tocó el papel de la libreta. Cada línea, cada palabra evocaban algo más oscuro que la oscura tinta azul, algo que levantaba otra ola de vergüenza.

—¿En qué estás pensando?

—En Lale Anderson —mintió.

—Es el final del recreo —anunció la Pequeña.

Sonó el segundo timbre, lastimando a la chica de la cicatriz como si fuera una aguja..., una aguja enhebrada con calor y luz, con palabras y con sus significados más secretos, con silencio.

Sintió que ella misma se llenaba de silencio, como un globo que se infla con aire caliente y denso y luego se eleva, al margen de dónde hubiera sido anclado, al margen de dónde tuviera que aterrizar.

3

Las imágenes volvieron a destellar en la mente de Jenny, igual que en tantas ocasiones, imágenes del día que había comenzado como todos los días anteriores.

Imágenes del día que la había traído aquí. Entonces no tenía ni idea de lo que sobrevendría: los castigos, los programas, las personas con las que tenía que empezar su nueva vida. Aún no sabía que la Dama del Perro —aunque nunca las golpeaba personalmente— obtenía considerable satisfacción observándolas mientras estaban en el cuarto de baño y viendo las marcas de los azotes en sus nalgas desnudas.

Miró el sol entrecerrando los ojos y luego los apretó, como si el llameante disco se grabara en su cerebro.

Vio a su padre acercándose a la puerta. Alguien tocaba el timbre y alguien más golpeaba la puerta al mismo tiempo. Imaginaba de quién se trataba. Papá fue rápidamente a abrir la puerta y el visitante, sin más demora, lo golpeó en la cara. Papá quedó aturdido. Se volvió, con los ojos llenos de temor y vergüenza, como incómodo al ser golpeado delante de ellas. Tenía la cara ensangrentada. Mamá se cayó cuando se acercaron a ella, como si creyera que ése era un modo de defenderse.

Dos hombres les pusieron unas fotografías delante de los ojos y les preguntaron si reconocían a la chica que aparecía en ellas. «No», dijo papá. «No», dijo mamá.

Después de ese día nunca más volvió a ver a sus padres. La Dama del Perro le había dicho en una ocasión que no estaba sola. En Alemania y en los países ocupados había muchos como ella, muchos que no tenían padres, así como había muchas mujeres sin marido, maridos sin esposa, padres sin hijos y hermanas sin hermanos.

No pudo asistir al funeral de sus padres, porque no se celebró ninguno.

La mañana de ese día había empezado como de costumbre. Mamá se levantó y la llamó a ella para tomar el desayuno. Papá, sentado en la mesa, que tenía un mantel limpio, estaba bebiendo su sucedáneo de café y comiendo pan con mermelada de fresa. Por primera vez en la vida, ella se había puesto las medias de seda de su madre. Podía usar las cosas de mamá. Y después el timbre sonaba enloquecidamente, y mamá clavaba las uñas en las grietas del suelo de parqué.

Elsie Mayerfeld había ido a buscarla y la había traído a este lugar. Lo primero que le dijo fue que tenía que ser fuerte, aprender a olvidar lo que había sido y empezar a mirar hacia el futuro. Aprender a adaptarse. Una semana más tarde empezaron las clases en la escuela.

La primera clase la dictó el Obersturmführer de las SS Hagen-Tischler, que les aconsejó no subestimar una idea simplemente porque nunca la hubieran oído mencionar en su casa. Si habían recibido formación religiosa, les sugería que recurrieran a sus creencias en busca de guía y de «pruebas» de que era bueno que los padres murieran por sus hijos.

Les dio una clase de geografía. Les habló de los volcanes, los terremotos y otras catástrofes naturales, de la actividad volcánica que empezaba en las profundidades insondables y que no podía ser observada ni medida con antelación; de catástrofes que no mataban ni destruían y de otras que destruían todas las cosas vivientes.

Recordó que él dijo que alrededor del 1500 antes de nuestra era había tenido lugar una gran erupción en una isla del mar Egeo. Una enorme montaña había sido lanzada por el aire, una montaña cuyo volumen era aproximadamente de ochenta mil millones de metros cúbicos de tierra y piedra. Ahora sólo la punta de la roca sobresalía de la superficie del agua; formaba el centro de una pequeña isla. En cuestión de minutos, toda la civilización de esa isla había llegado a su fin.

También les explicó cómo los terremotos eran provocados por movimientos subterráneos que se producían lejos del lugar de la erupción, y que podían ser aún peores que los volcanes que conocíamos. Jenny recordaba cada una de sus palabras. Cada palabra sobre el agua que cambiaba en los

pozos, el terror de los animales, los presagios de la tierra que se abría como si acabara de despertar de un sueño.

Por la noche, al abrigo de la oscuridad, veía a su madre y a su padre que se movían al ritmo de la respiración de ella. Al igual que Elzie Mayerfeld, Hagen-Tischler decía que los chicos sabían desde un principio que sobrevivirían a sus padres. Sonreía, como dando a entender que él había hecho un esfuerzo por comprenderlas y que esperaba que ellas, a su vez, intentaran comprenderlo a él.

A partir de entonces, ella sólo pudo ver a su madre despeinada y sufriente, como la había visto aquella última vez, tendida en el suelo.

—Será mejor que abrevies —sugirió Julie.

—Estoy abreviando —repuso Jenny Thelen.

—Entonces, ¿por qué escribes tanto? ¿No es suficiente con quince líneas?

—Estoy haciendo lo que ella quiere.

La sucesión de imágenes la apartaba de la libreta y del tintero, de las chicas de la clase, aunque parecía formar una unidad con el calor y la luz del sol reflejándose en la luz deslumbrante de las paredes blancas, de las ventanas y del cristal enmarcado de los cuadros... y entre ellos el del canciller del Reich. Todo era blanco, áspero y penetrante: blanco como la piel de la Dama del Perro. Sus perros. Las gotas brillantes de transpiración. Se estaba apartando de las palabras que escribía. Aspiró el aire caliente.

Regresó una vez más a sus pensamientos sobre la calle Kralovska, al antiguo apartamento de la casa junto al viaducto. La foto de la chica desconocida era la única pista que las autoridades alemanas tenían para localizar al asesino que había hecho volar al protector del Reich, Reinhard Tristan Eugen Heydrich, a finales de mayo de 1942.

Los periódicos decían que el pueblo rezaba para que se recuperara. Durante dos semanas la policía buscó a la chica de la fotografía. En el escaparate de una de las zapaterías de la calle Primatorska exhibieron su cartera, su abrigo y una bicicleta de la chica. Más tarde resultó que en realidad buscaban a siete hombres provenientes de Inglaterra que se habían lanzado en paracaídas. Pero, entretanto, el general de la policía Heydrich murió. Se ofrecieron recompensas que alcanzaban cifras millonarias.

Recordó las espaldas de los hombres vestidos con chaquetas de cuero. Cuando intentó seguir a la gente que se estaba llevando a sus padres, ellos le cerraron la puerta en la cara; el golpe le había abierto la frente. Luego sólo le quedó la cicatriz rojiza.

Recordó las noches en la celda del cuartel general de la Gestapo en la calle Bredovska, las noches en que casi se había alegrado de que su madre y su padre estuvieran muertos.

—¿Ibas a decir algo? —le preguntó Julie.

—No.

Mamá y papá habían sido ejecutados aquel mes de julio en el campo de tiro de la Gestapo en Kobylisy.

—¿Estás hablando sola?

—Y si lo hago, ¿qué? No le debo nada a nadie.

—Espero que no estés escribiendo eso.

Antes de que llegara Elzie Mayerfeld, Jenny Thelen había estado sola en el apartamento. Afuera, una patrulla armada de la policía custodiaba la puerta. Cualquier señal, el más mínimo golpe en la puerta la habría ayudado a creer que no había sido abandonada; pero eso no ocurriría porque la ciudad estaba dominada por el miedo. La Dama del Perro les explicó que en el Este mataban a los perros enfermos en cámaras especiales con un gas que lo penetraba todo, cada rincón y cada grieta para que no hubiera supervivientes accidentales.

Se había oído el sonido de pasos que se acercaban. Luego apareció el primer hombre, el que había golpeado a papá y luego a mamá. Y el segundo, que había dicho en tono de aprobación: *Richtigbrutal*, realmente fuerte. Luego había forzado la vista mirando el picaporte de la oficina de la Gestapo en el número 20 de la calle Bredovska. Finalmente, cuando la Dama del Perro había ido a buscarla, ella le había mordido la mano.

En la escalera no se habían cruzado con nadie de la casa. Ni siquiera con la portera, la mujer que siempre estaba por ahí, ansiosa por pasar noticias de Londres o de la radio de Moscú. Dos hombres habían arrastrado a Jenny al interior de un Mercedes negro y la habían empujado sobre el asiento de cuero. La apretujaron, uno a cada costado, mientras un policía le sujetaba los brazos. Finalmente, ella había dejado de arañar y morder.

No se despertó hasta mucho más tarde, en el palacio Julius Petschek. Sintió que unos ojos la observaban a través de una mirilla secreta. Pero resultó que Jenny Thelen no tenía nada en común con la chica de la fotografía.

Así era como había ido a parar al Instituto para Niñas de Pura Raza de Territorios No Alemanes de Praga. Probablemente gracias a la Dama del Perro. Elzie Mayerfeld había hablado con los hombres de las chaquetas de cuero. Mientras iban en coche al instituto, la Dama del Perro le dijo que podía elegir: podía quedarse con noventa millones de alemanes que tenían un firme

dominio sobre Europa, o podía quedarse sola contra ellos. El Mercedes negro la había trasladado hasta allí, a su pupitre gastado en el que todas las mañanas, como una plegaria, decían: «Hoy Alemania es nuestra; mañana lo será el mundo entero».

El cuartel del ejército estaba cerca. Los soldados pasaban a menudo por la puerta, camino de sus ejercicios de rutina o de las revistas ceremoniales. Iban acompañados de bandas de música turcas que lucían penachos y tocaban xilofones, liras y flautas estridentes. A veces sólo iban al campo de prácticas, conducidos por un sargento, pero siempre acompañados por la banda.

«Todo lo que ha pasado está muerto. Sólo el presente y el futuro cuentan», decía la Dama del Perro.

Al principio se lo repetían incesantemente: su madre y su padre ya no estaban vivos porque habían aprobado el asesinato. Al mismo tiempo, también le inculcaban que ahora estaba bajo la protección alemana, y que las autoridades alemanas pagaban todos sus gastos.

Su última frase fue breve. Fue su respuesta a la pregunta de por qué la libertad individual era el privilegio de unos pocos y una quimera para la mayoría, y por qué la censura no significaba destrucción sino más bien su antítesis: el Reich es el mundo entero.

Había algo con respecto a su nombre: Thelen. Probablemente tenía antepasados alemanes. Los alemanes habían estado colonizando este país durante miles de años. Las personas más notables —aristócratas, caballeros, hombres precavidos— habían sido atraídos hacia el Imperio alemán, y la mayoría de los polacos se habían trasladado a Roma.

La chica de la cicatriz salió lentamente del aula. Cuando Julie le preguntó por qué no quería ir al comedor, respondió que no tenía hambre a causa del calor.

—Diles mi nombre y coge mi fruta —propuso.

—Prepárame el traje de baño, ¿quieres? —pidió Julie.

La chica de la cicatriz se acostó en la cama cuidadosamente hecha de su dormitorio. Cerró los ojos. El calor realmente la estaba agobiando. Pudo sentirlo una vez más, igual que el martes..., el roce de la mano del hombre. Había algo que ella no comprendía, algo de lo que había oído hablar bastante a menudo pero que enfrentaba por primera vez. Cada palabra y cada roce tenía varias capas de significado. El aire parecía formado por cristales y perlas calientes, e impregnado por el sonido de la mandolina italiana de papá. *Oh Maria*. Papá sabía unas ocho canciones italianas de amor. Se tranquilizó pasándose las palmas de las manos por el cuerpo, como había hecho la

profesora junto a la ventana. Pero entonces oyó el traqueteo de los tanques sobre el pavimento de adoquines de la calle Kralovska, debajo del viaducto, y vio el campamento alemán y los soldados que servían sopa de las enormes ollas del ejército y daban pan a los niños. Pensaba en el juego que todos jugaban. Según las reglas de la Dama del Perro, las chicas tenían que jugarlo con inteligencia si querían lograr algo en la vida. Volvió a oír al suboficial llamándola cielo. Él le había preguntado si saldría con él. Se oyó responder que no lo sabía. Él le sonrió y dijo que la gente siempre sabía si quería o no.

4

El sol de la tarde impregnaba cada soplo de aire. Era el día más caluroso del verano.

Jenny Thelen se unió a las chicas que iban a nadar. Eso no sorprendió a nadie. No era la primera vez que cambiaba de idea.

Cruzaron el puente de columnas adornadas con pájaros dorados, de alas completamente desplegadas. Los pájaros eran de hierro colado, pintado con pulverizador; parecía que estaban sosteniendo el puente por encima del agua. La Pequeña hablaba del general retirado que había sido admirador de la Dama del Perro. La Chica Ojos Redondos decía que el general había ayudado a la Dama del Perro a conseguir los muebles que necesitaba, permitiéndole que los comprara a bajo precio como artículos del hogar requisados a los elementos antialemanes «liquidados» (aunque, según algunas fuentes, su eliminación aún se consideraba tan sólo una posibilidad).

Julie recordó a la chica de la cicatriz que no le pasaría nada por intentar darse prisa. No tenía sentido desperdiciar una ocasión tan fantástica de ir a nadar.

Se dio cuenta de que otras personas —personas para quienes las piscinas estaban cerradas los sábados, personas que recorrían las calles— estaban vivas sólo porque habían sabido cuándo era mejor guardar silencio que hablar, y cuándo era mejor hablar que quedarse callado, aunque eso significara actuar en contra de su conciencia. La chica de la cicatriz pensó que era posible enfrentarse a la Dama del Perro y al suboficial. Se retrasó aún más, pero las chicas la esperaban a la entrada de la piscina. Cuando el grupo estuvo completo, los bañeros las dejaron entrar.

Por lo general, lo único que se oía hablar en la piscina era alemán. Había casi cuatrocientos mil alemanes en Praga. Algunos sólo estaban de paso, otros

prestaban allí sus servicios, y otros ya habían trasladado a sus familias para que habitaran apartamentos desocupados por los judíos, y casas y apartamentos de los encarcelados y de los que habían sido ejecutados. Ese verano había en Praga más soldados que nunca. Vivían aquí como en un balneario, dado que el valor de cambio del marco alemán era muy favorable comparado con la corona checa del Protectorado.

—Cantan bien —comentó la Pequeña.

—¿A eso le llamas cantar? Más bien parecen ranas... croando junto a una charca —opinó Julie.

En las últimas semanas se vieron muchos inválidos en la piscina: hombres del hospital militar, heridos leve o gravemente, otros sin brazos o sin piernas, hombres ciegos o desfigurados, con cicatrices de quemaduras o congelación, hombres sin orejas, narices o dedos.

Todos ellos dejaban sus vendajes, corsés y miembros postizos en el vestuario. Aunque desfigurados, aún se los veía robustos, y se sumaban a los grupos de hombres sanos que cantaban acompañados por una armónica o un acordeón o, tal vez, simplemente por alguien que soplabla sobre un peine. La chica de la cicatriz se preguntó si era ésa la razón por la cual Elzie Mayerfeld no iba a la piscina desde hacía dos temporadas.

La Pequeña comentó:

—Después de la guerra se dedicarán a ensartar cuentas, armar guirnaldas y fabricar cestos. ¿Os casaríais con alguno sólo porque es un héroe?

Cerca del quiosco los soldados celebraban el cumpleaños de alguien y gritaban.

Cada uno tomó un largo trago de cerveza y volvió a comenzar: *Ernst ist das Leben, Ernst soll er heissen*.

La chica de la cicatriz se cambió en el vestuario y fue a buscar un sitio a la sombra. Intentó hacer caso omiso de los soldados malheridos y no pensar en el suboficial, ni en dónde podría estar. Algunos soldados nadaban en medio del río. Los troncos que cercaban el área de natación autorizada eran de color nogal, teñidos con aceite y creosota; se movían a la deriva, aunque estaban sujetos con cadenas.

Por encima de la piscina, en la colina con forma de delfín saltador, había un parque. Aún más arriba, en el asta de la bandera del castillo, ondeaba la bandera de la realización: la esvástica. Las estatuas de bronce de santos que anteriormente habían adornado el puente cercano a la piscina habían sido llevadas al Reich para ser fundidas y convertidas en cañones. Y nadie había movido un dedo en contra de eso, pensó la chica de la cicatriz. Ni los

creyentes ni los patriotas. ¿Por qué no podía sentir ella un poco de esa indiferencia?

Si las cosas hubieran sido tan sólo un poco distintas, tal vez ella no se habría convertido en la huérfana de unos criminales. No mucho tiempo atrás tuvo unos padres. Hacía miles de años. Durante alguna era recientemente olvidada. Del mismo modo, en el futuro nadie podría imaginar cómo eran las cosas aquí y ahora. ¿Realmente la gente había vivido como los pescados en el pasado remoto, tal como les había dicho el Obersturmführer de las SS Hagen-Tischler?

Los troncos se movían al compás del agua. El calor parecía evocar ecos silenciosos. Jenny sintió que algo crecía en su interior, pero no pudo definirlo. Notó el movimiento frío del río.

Le dolía la cabeza y sentía los dedos y los párpados hinchados. El calor consumía toda su voluntad. Observó los troncos. Los fragmentos sumergidos estaban cubiertos de moho y limo.

Cerró los ojos y pensó en rocas y desfiladeros, en barrancos y cuevas, en desiertos y mares y en yermos desecados y en personas que habían desaparecido hacía mucho tiempo, como también les había explicado el Obersturmführer de las SS Hagen-Tischler. Pensó en los que ahora vivían y morirían sin que nadie supiera nada de ellos. Pensó en todas estas cosas para no pensar en el suboficial y en Elzie Mayerfeld. Miró los pájaros de hierro, con su barata capa de oropel, que parecían elevarse como levantando el puente y suspendiéndolo por encima del agua. Las alas de hierro de los pájaros estaban oxidadas en su parte inferior. Las golondrinas habían construido sus nidos en el andamiaje de acero.

Se levantó lentamente, se deslizó a toda prisa en el agua y se aferró a un tronco. En el agua podría soñar con lo que apenas había comenzado el martes, con cuál podría ser la continuación. El agua la acariciaba, tocándola y salpicando rítmicamente contra el tronco. Recordó cuáles consideraba Elzie Mayerfeld los atributos físicos más importantes: nariz recta, cabello rubio, ojos azules y cintura estrecha. Y una mente sin trabas. Sin huellas de lo que antes de la llegada de los alemanes solía llamarse «conciencia». Cerró los ojos. Se deslizó hacia abajo y sumergió la cabeza sin soltarse del tronco. La madera era fría, resbaladiza, firme. Sintió que todo su cuerpo se abría a la corriente ondulante, al agua que fluía contra ella.

Sintió la sólida oscuridad. Empezó a tocarse con la mano que le quedaba libre, y todo se volvió aún más oscuro. Cuando no pudo seguir aguantando la respiración, sacó la cabeza del agua. El sol pareció abrasarla una vez más.

Se quedó en el agua un rato más, sujetándose del tronco con una mano o con la otra. Después salió y se tendió en la orilla, un poco más arriba, donde no había tablones. Utilizó un trozo grande y chato de pizarra como almohada. Un árbol enorme la cubría con su sombra. Contempló los colores cambiantes del agua, el centelleo de la luz del sol y la brisa acariciadora.

Cerró los ojos sin que nadie lo notara. Estaba medio dormida y medio despierta, escuchando.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio a Julie y a Catherine Faye sentadas junto a ella.

—Todavía estamos muy flacas —afirmó Julie.

—Sólo en traje de baño, ¿no te parece? —preguntó la Chica Ojos Redondos.

—Imagina lo que parecerías vestida con las sedas de la Dama del Perro.

—Sólo si no supiera dónde las consigue.

—¿Te gustaría acostarte aquí sin nada encima?

—¿Por qué?

—Yo lo hice una vez. Es una sensación agradable. Luego vi unos soldados en el puente y empecé a sentir vergüenza.

—Pero si no te conocían...

—Los hombres me temen —le aseguró Julie.

—¿Por qué te iban a temer?

—Lo sé por el modo en que me miran. Los hombres son animales.

—Las mujeres también son animales, a veces.

Mientras ellas hablaban, la chica de la cicatriz pensó en el suboficial. Sintió un temblor interior, como si hubiera sido atacada repentinamente por un virus. El calor, el silencio y el agua se fundían en el parpadeo de la sombra y la luz que podía percibir incluso con los ojos cerrados. Se quedó inmóvil. Tenía la sensación de que el sol y la gente, las voces y el río estaban allí, y al mismo tiempo no existían.

—La Dama del Perro ya está completa —comentó Julie.

Había un tono de experiencia en su voz, que la hacía parecer mayor que las demás chicas.

En una ocasión, el Obersturmführer Hagen-Tischler le había mostrado a la Dama del Perro la foto de un centenar de mujeres judías, desvestidas y esperando ser fusiladas delante de una zanja de treinta metros de largo y ocho de profundidad. Había ocho de esas fosas seguidas. La Dama del Perro dijo que resultaba desagradable.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es una mujer. Pero a veces tengo la impresión de que es un hombre dentro de la estructura de una mujer.

—¿Tú también tienes sueño con este calor?

Jenny Thelen escuchaba las voces y las salpicaduras del agua. El río temblaba entre dos franjas de tierra. Se podía oír el sonido de la corriente, las pequeñas olas que golpeaban contra la arena y las piedras de la orilla. Aún tenía la sensación de que todo estaba allí y sin embargo no estaba, las dos cosas al mismo tiempo.

—¿No sería fantástico si uno de ellos se ahogara? —preguntó Julie de repente.

La chica de la cicatriz no abrió los ojos. Sintió calor en las mejillas y entre los muslos. El aire era tan dulce como la leche. Se oían risas a lo lejos. Los pájaros cantaban. Los árboles susurraban con un ruido seco. El cielo ardía.

Entonces, casi en un susurro, Julie dijo:

—Nunca podría serle fiel a un hombre.

—¿Por qué?

—Tanya Grab nos contaba lo que hacían los soldados en el Este. Sacaban sus pistolas y obligaban a las chicas a arrodillarse delante de ellos.

—Yo les mordería. Aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.

—Si pudieras elegir, ¿qué te gustaría ser, chica o chico?

—No lo dudaría ni un minuto —la respuesta estaba implícita en el tono de su voz.

—Leí que en el fondo del océano, donde la vida es muy extraña, vive un pez muy raro: si se encuentran dos machos, el más pequeño se convierte en hembra.

La chica de la cicatriz se quedó quieta, y el débil sol de la tarde se posó pesadamente sobre sus párpados. Sintió que todo estaba ocurriendo en un sueño. Sabía que Tanya Grab había dicho que allí por cada chica de pura raza había dieciséis hombres de las divisiones de las SS. El Estado se ocupaba de los niños. Sintió lo caliente que le había quedado la piel. Parecía que no sólo el río se movía, sino también la tierra, como si retrocediera con la corriente a un lugar remoto. La piedra en la que apoyaba la cabeza estaba caliente.

Jenny Thelen se sintió mareada y no quiso abrir los ojos. Pensó en los peces que eran arrojados a la orilla por las olas y quedaban varados, y en cómo morían, dejando marcas de sangre en la arena y en las piedras de la orilla; y pensó en todos los volcanes que podían estar a punto de entrar en erupción.

—¿Por qué enviaron a Tanya Grab al frente del Este, como cantinera?

—No quería lavarse con el jabón que nos daban antes de que tú llegaras. Eran pastillas amarillentas, como el jabón de lavar la ropa. Venía de las fábricas cerca de Cracovia o de Lublin, y luego de Danzig. Tanya Grab las olía, como si realmente estuvieran hechas de huesos humanos.

Las chicas guardaron silencio.

Cuando la chica de la cicatriz abrió los ojos, se descubrió observando con las otras a un soldado que se había sentado alejado del resto, y se frotaba las espinillas arrancándose la piel. Al parecer le picaban las piernas y arrojaba los pellejos al río. Una cáscara de plátano, amarilla por fuera y blanca por dentro, llegaba flotando desde el hospital militar.

—Mira cómo se rasca... ¿No es repugnante? —dijo Julie en tono de disgusto—. Me descompone. ¿Por qué no le dicen que no lo haga?

—¿Y si es contagioso? —preguntó la Chica Ojos Redondos.

—Probablemente es sarna. Yo tuve una vez. Te daban un ungüento de azufre —recordó Julie—. Me afeitaron la cabeza, como cuando descubrieron que tenía un piojo en el pelo.

Luego observaron a la Pequeña, que intentaba persuadir a un oficial del quiosco para que le regalara un helado, sólo por divertirse. El oficial la observó como si ella fuera una vaquilla expuesta en un mercado; miró apreciativamente sus piernas, le estudió los ojos, los brazos y los hombros. La expresión de la Pequeña indicaba que él estaba pidiendo demasiado a cambio de un helado. El oficial estaba chupando su cucurucho y le quedó la lengua colgando a causa de la sorpresa. Le dijo a la Pequeña que era una chica con carácter.

—Supongo que no tengo esa capacidad —comentó la Chica Ojos Redondos.

La chica de la cicatriz sintió que algo cambiaba en su alma, como el sol que cae al atardecer. Como ese raro pez del fondo del océano, que al encontrarse con un macho más grande se convierte en algo distinto de lo que era. La ciudad se movía de manera invisible y el tiempo estaba en cierto modo ocupado. Los tejados eran como el oro bruñido. Había un matiz cobrizo en los árboles y en las casas que se veían a lo lejos. La línea azul del horizonte se hizo más pronunciada. La ciudad permanecía callada, acurrucada como un animal que duerme. Los álamos crecían a ambos lados del Moldava. Se veía algún que otro abedul, esbelto y blanco. Cuando el tranvía atravesó el puente, la oxidada estructura se sacudió con un sonido semejante al de un rápido toque de tambores. Los pájaros cantaban en la ladera de la montaña.

Mientras regresaban a la casa, la chica de la cicatriz aún tenía la sensación de estar acostada, con el traje de baño y con la cabeza apoyada en la piedra caliente, y como si al mismo tiempo estuviera flotando en el agua, tocando los troncos con la punta de los dedos.

5

—Si quieres morirte de hambre es asunto tuyo —sentenció Julie cuando la chica de la cicatriz se negó a ir a recoger su cena del sábado—. ¿Qué sentido tiene ayunar todo el día?

—Creo que el tiempo refrescará —respondió Jenny Thelen.

—Parece que estuvieras perdiendo la fuerza de voluntad o algo así.

—Es el calor —dijo la chica de la cicatriz, suspirando—. No me gusta el calor.

—Yo prefiero el calor al frío. No dura siempre; sólo hasta la noche, como máximo.

—¿Por qué se extinguieron los dinosaurios, si eran tan fuertes?

—¿Cómo voy a saberlo yo, si ni siquiera el Obersturmführer lo sabe? —dijo Julie.

El Obersturmführer les había explicado que hacía seis millones de años, la tierra había sido testigo de una inexplicable catástrofe, probablemente causada por la explosión de una estrella en algún lugar cercano a nuestro sistema solar, y que todas las criaturas habían perecido, mientras las ratas, las lagartijas y las criaturas pequeñas que podían ocultarse en las rocas, los ríos o los mares habían sobrevivido. «Simplemente se trata de que en la naturaleza hubo fenómenos ilógicos e inexplicables, eso es todo», había dicho. Pero eso era otra prueba de la crueldad de la naturaleza, y por eso el canciller del Reich tenía razón cuando decía que las personas también deben ser crueles. Pero en otra ocasión les había dicho que quizá los dinosaurios habían desaparecido a causa de un cambio en el clima, porque éste se volvió más frío, los árboles dejaron de crecer y los dinosaurios no tenían qué comer.

Recordó lo que él les había dicho el día del cumpleaños del Führer, el 20 de abril. Todas estaban reunidas en el gimnasio y vino la banda del ejército e interpretó fragmentos de Wagner. «Debéis estar tan orgullosas como las águilas y ser tan fuertes como las leonas. Vais a vivir en un mundo de arios alemanes, y viviréis como arias. O no viviréis». Nunca hablaba de los alemanes que eran asesinados; como si ni siquiera fueran alemanes. Una vez

les dijo que un hombre sentía verdadero orgullo sólo cuando mataba. Alemania era un martillo que aplastaba la debilidad.

La chica de la cicatriz observó los pájaros que surcaban el cielo. Ahora, contra la línea oscura del horizonte, el contraste era menos brusco.

Más tarde, a solas en el dormitorio, miró el reloj eléctrico de la pared. Las seis y media. Un velo rosado parecía atravesar el cielo. Sólo era un matiz, más que la primera señal verdadera de la puesta del sol. El cielo se parecía al mar. Súbitamente sintió un ligero escalofrío, el roce de un estremecimiento remoto provocado por el calor de todo el día. Observaba la transformación del cielo... como una madre que viste a su hijo, quitándole la ropa del día y poniéndole el pijama.

Mientras contemplaba el cielo, pensó en el mar que nunca había visto, en los barcos que no había conocido y en las islas que sólo podía imaginar, enormes rocas emergiendo desde el fondo del mar, sus puntas sobresaliendo de la superficie del agua.

Se puso el vestido rojo y, de momento, dejó la chaqueta colgada en la percha, y tampoco se abrochó el cinturón. Pensó en el calor y en cómo parecía hincharse en su interior y luego hundirse. Notó que el calor disminuía, dejando atrás los distintos ecos y capas que había acumulado y que ahora se caían a pedazos. Oyó que los pájaros cantaban en el jardín. Durante todo el día habían estado callados. Ahora, desde la ventana, el jardín parecía un abismo verde.

Después de un rato se levantó y se quedó detrás de las cortinas. No podía recordar con exactitud lo que el suboficial le había dicho el martes; de hecho, cada día que pasaba lo recordaba menos. Ya no pensaba en que el marino la había traicionado con la Dama del Perro, ni en que Elzie Mayerfeld le había quitado su suboficial.

Pero no podía librarse de esa sensación.

La hiedra verde trepaba por las paredes de la casa del superintendente, en la otra acera; las magnolias se arracimaban detrás de ella, con su tenue pero perceptible fragancia.

Aspiró el aire fresco que había anhelado durante todo el día, pero no sintió ningún alivio; sólo la languidez provocada por el calor.

La inclinación de los árboles indicaba la dirección y la fuerza del viento. Los pájaros salían volando de sus escondites entre la hiedra.

El superintendente estaba en el jardín. Calculaba el tiempo que haría al día siguiente y estudiaba el estado de la fachada del edificio. Apenas prestaba atención a su esposa, que tendía la ropa en el patio. Ella llevaba puesto un

vestido negro de lunares. Estaba ensimismada y concentrada en su colada. Él intentaba evitar la mirada de ella y nadie podía adivinar que deseaba que ella estuviera en Berlín, visitando a su hermana, y así poder contemplar libremente a la Dama del Perro y a sus pupilas de más edad. El superintendente estaba mucho más gordo que su esposa. Cuando se ponía sus pantalones cortos de bávaro, con tirantes, tenía un aspecto verdaderamente ridículo. Se decía que a su esposa le gustaba verlo así, gordo y ridículo.

Al superintendente le resultaba fácil ocultar delante de su esposa su interés por la Dama del Perro y su inclinación por las alumnas de ésta. Le gustaba preguntarles cómo se encontraban y les enseñaba cosas que —en su inexperiencia— ellas consideraban indispensables y extraordinarias. Reía cuando su esposa le tomaba el pelo por cortejar a Elzie Mayerfeld.

Las magnolias eran blancas como el plumón de cisne en el centro, y los bordes parecían manchados de sangre. Ahora se las veía un poco más oscuras, como la tarde misma: la verde fragilidad de las hojas en un cielo de color aguamarina semejante al sobre de una carta escrita por una mano desconocida a un destinatario desconocido. Las magnolias parecían cisnes heridos mortalmente y con el cuello sangrante. El sol las había marchitado. Pronto estarían muertas.

La palidez del cielo en el Este avanzó hacia el Oeste, donde encontró una sombra, una franja rojiza más oscura. Parecía una mujer vestida de gala. La chica de la cicatriz temía quedarse allí mucho tiempo y que nadie acudiera.

Se quedó junto a las cortinas y se imaginó vestida con un traje de seda vaporosa y brillante, meneando las caderas y levantando los pechos, mirando confiada al hombre que la había invitado a dar un paseo.

La cabeza le daba vueltas. Cada instante era suave, como la brisa que hacía susurrar las magnolias, como el roce de la seda sobre la piel. El cielo flotaba sobre la tierra, formando nubes de fina niebla. Pudo ver los pájaros que volaban en lo alto, contra el cielo de la tarde. Había montones de pájaros. Los envidió. Pero lo que ocupaba sus pensamientos no era la libertad.

Deseó que el sol no se pusiera tan rápidamente. Era como si estuviera intentando ganar tiempo, extendiendo un plazo que no era únicamente suyo. Un momento después vio la primera estrella. Durante todo el verano había observado esa estrella, en duelo con el sol. Siempre era la primera y la más brillante, como si saliera de su concha en el preciso instante en que el día partía, y esperara que el sol se pusiera antes de empezar a brillar. La estrella aún era pálida porque el sol que declinaba aún era brillante. Se trataba de Venus.

Se le ocurrió pensar que, como los recuerdos, las estrellas y los planetas se parecían a esas islas perdidas de las que les había hablado el Obersturmführer de las SS Hagen-Tischler, tierras enteras que se habían hundido con las personas que las habitaban.

Tenía recuerdos de su madre y de su padre y de la vida que llevaban en la calle Kralovska antes de que fuera asesinado el general de la policía. Y también recuerdos del martes cuando, abriendo paso al suboficial en el pasillo que conducía al aula de geografía, no había sido lo suficientemente rápida para evitar su roce.

Se alisó el vestido, imitando automáticamente a su alta profesora. Escondida junto a las gruesas cortinas blancas, volvió a mirar la acera. Ahora el sol le parecía distinto..., no como lo había visto por la mañana. Ahora la entibiaba y la protegía y le ofrecía algo que ella nunca había tenido. Y pensó otra vez en el suboficial, como si lo hubiera conocido durante mucho tiempo y él acabara de dejarla. Eso podía transformarse, con sólo desearlo, en la posibilidad de que él volviera.

Desde la sala de estar pudo oír el sonido de unos pasos y la música del piano. La Dama del Perro reía. Le estaba diciendo a alguien que el prejuicio ocasionaba sufrimiento.

Era el segundo sábado que Elzie Mayerfeld se ocupaba de enseñarles a bailar el vals. La lenta música vienesa dominaba todo lo demás. Lale Anderson cantaba; era un disco de *Cuentos de los bosques de Viena*. Lo oía claramente, incluso con las puertas de la sala cerradas. Evocaba la imagen de zapatos lustrados y zapatillas de mujer sobre el brillo glacial de los suelos de parqué, bailarines con uniformes elegantes y crujientes trajes de noche.

6

La música tapaba la voz de Elzie Mayerfeld. Estaba diciendo algo sobre el privilegio de poder bailar mientras el mundo se agitaba en un incendio del cual surgiría una Alemania templada. Habló de los tiempos felices en que los más felices encontrarían sus mejores oportunidades. El poder de su voz en ocasiones despojaba a la chica de la cicatriz de su voluntad. Se alegraba de estar lejos de su presencia en este momento. Apenas podía oír lo que decía la profesora: que fueran pacientes, que no eran lo bastante mayores como para no tener que esperar, pero tampoco tan inocentes como a su llegada. La sangre de los hombres alemanes..., la abnegación de las mujeres alemanas...

Un, dos, tres. Un, dos, tres. La satisfacción de saber que con lo que estaban aprendiendo podrían pasar del instituto a formar parte de una buena familia alemana, tanto en el Reich como en los territorios anexionados, como hijas tardías de algún oficial, jefe de campamento, funcionario de un destacamento o estadista..., alguien que no pudiera tener hijos, o que los hubiera perdido en el frente o durante los ataques aéreos llevados a cabo por los británicos o los norteamericanos. O podrían conseguir un puesto en los casinos de los territorios alemanes recién conquistados que todavía ocupaban exclusivamente soldados.

Diez minutos más tarde, la chica de la cicatriz miró abajo y se aferró inconscientemente a la cortina. El suboficial estaba de pie en la acera. Volvió a sentir exactamente lo mismo que había sentido el martes. La sangre se le agolpó en la cabeza. Su cicatriz empalideció y volvió a tornarse rojiza. Tembló, como si todo el calor del día abrasador la hubiera abandonado.

—Señorita Thelen —la llamó una voz desde la puerta. Era el portero—. ¿Es usted?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Cielo —volvió a llamarla el portero en tono amable—. ¿Le gusta la luna llena? —Miró a su alrededor y se llevó un dedo a los labios, indicándole que debían guardar silencio. La chica de la cicatriz miró hacia la ventana y el portero asintió—. No hay nada como ser deseada —comentó—. Buenas noches, y felicidades. Tiene que bajar. El sargento le envía sus saludos. Todo está preparado. No tenemos que preocuparnos por nada. —Estaba obligado porque había dado su palabra de honor, dijo. A Jenny Thelen no le resultó difícil adivinar lo que quería decir—. Ni una palabra a nadie, señorita. Órdenes son órdenes, ya sabe, y un sargento de la Marina es un rango prometedor, si entiende lo que quiero decir. —Y le enseñó un paquete de cigarrillos Viktoria, como recordándole las riquezas que un sargento podía proporcionar y lo que suponía ese rango—. Un minuto más o menos no tiene importancia —añadió—, pero debe estar de vuelta antes de la medianoche.

Ella se fue, con las mejillas enrojecidas y temblando incontrolablemente. El portero cerró el portal tras ella. Todo lo que había intentado acallar, las viejas y las nuevas expectativas salieron ahora a la superficie. Caminó por detrás del edificio hacia donde se encontraba el suboficial. Estaba atemorizada por sus sentimientos mezclados —ansiedad, satisfacción y temor, prejuicio y alegría—, que alternaban con olas de calor y frío. Sintió un dolor terrible en el estómago e intentó no pensar en la Dama del Perro y en sus

conquistas, y en lugar de ello entregarse a la agradable brisa que le apretaba el vestido contra los muslos y le agitaba el pelo.

7

El suboficial la saludó besándole la mano. Ruborizada, ella apretó la chaqueta de popelín que llevaba en la otra mano.

—¿Cómo ha pasado la tarde, señorita?

El aliento de él volvía a ser dulce e impregnado con el olor acre del tabaco. Resultaba más apuesto que el martes.

No sabía qué se esperaba que dijera ni qué quería decir, ni lo que realmente había respondido. Ni siquiera lo supo más tarde, cuando recobró la serenidad.

El sol se ponía rápidamente. Cruzaron hasta el otro lado del río, donde el aire era suave y apacible, la brisa agradablemente fresca y la luna se elevaba, blanca, como el extremo de una columna que surgía de las azules profundidades del mar. Los pájaros cantaban en los árboles y el atardecer teñía de azul la ciudad. El sol arrojaba los últimos rayos sobre la franja rosada del horizonte occidental. Ella pensaba en la naturalidad con que Elzie Mayerfeld representaba su papel de mujer.

—¿También a ti se te hizo larga la tarde? —preguntó el suboficial.

—No sabía que vendrías. Los militares no siempre mantenéis vuestra palabra.

Sonrió incómoda. Aunque no venía al caso, pensó en la explicación de Elzie Mayerfeld acerca de cómo los perros gruñían a las moscas.

—Yo no soy como los demás. ¿O has hecho que alguien te leyera las cartas?

Se preguntó qué tendrían en común la Dama del Perro y el suboficial.

Poco después el sol se posó en las verdes copas de los árboles y en las cúpulas más altas; ya había abandonado el río y los puentes, como si dejara que el crepúsculo cayera desde una alta cordillera para rozar las tierras bajas y las depresiones de la ciudad. De súbito, el brillo se tornó rojo y luego pálido como un reflejo, y la ciudad quedó silenciosa y hermosa. Por fin incluso los árboles y las cúpulas quedaron en la penumbra, y las ventanas que habían atrapado el reflejo rojizo perdieron el matiz rosado, palideciendo a la luz de la luna.

—Qué bonito es esto —comentó el suboficial.

—Sí.

—Las puestas de sol de aquí son diferentes de las que se ven en el mar. En el mar, la noche cae de una manera distinta. —Dijo que hacía una semana que estaba en Praga, y que en todo el tiempo no había mirado el periódico ni una sola vez. Luego agregó—: El cielo me recuerda un día en el mar del Norte. Un día en el mar del Norte es como la noche en Praga. Hoy hizo realmente mucho calor. Pero me enteré de que fuiste a nadar.

Ella supo en seguida cómo se había enterado. Y sin ningún motivo recordó de repente un viaje en tren que había hecho con su padre y su madre; ella contemplaba el paisaje a través de la ventanilla cubierta de escarcha. Podía ver los pueblos que pasaban volando, los campamentos militares, las columnas de soldados, la nieve sucia.

Las estrellas aparecían en el cielo como botones diminutos de un abrigo oscuro.

—Fue agradable veros el miércoles haciendo gimnasia —afirmó el suboficial—. Tenéis buen aspecto en traje de gimnasia. —Luego, como para impresionarla con sus conocimientos y experiencia, añadió—: ¿Sabes lo que dijo Sócrates? Que un hombre, se case o quede soltero, puede estar seguro de una cosa: que será desgraciado. —Le sonrió, pero ella no tuvo coraje de devolverle la sonrisa—. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Quieres que te hable de los barcos en los que estuve?

Ella le pidió que le hablara de sí mismo, de lo que hacía. Pudo oír que se le estrangulaba la voz y que el corazón le latía violentamente, y supo que estaba revelando su nerviosismo y deseó que algo que ni siquiera podía nombrar la serenara y le permitiera abrirse.

Luego, cuando se dio cuenta de que no tenía necesidad de hablar porque el suboficial llevaba todo el peso de la conversación, se le ocurrió que tal vez el hombre no existía tan sólo para ser engañado a cada paso, y sonrió sin motivo. El suboficial le devolvió la sonrisa. La luna llena se reflejaba en los ojos de ella.

—No te preocupes. Puedes dejar todo en mis manos. Conmigo no puedes perderte. Conozco todos los rincones y callejones. Los conozco como la palma de mi mano, pequeña.

Luego le habló de los barcos en los que había prestado servicios: Mencionó los invencibles cruceros *Tirpitz* y *Bismarck*. Él los había pintado mientras se encontraban atracados. También había estado en dos barcos rápidos, un dragaminas y un buque antisubmarino. Ahora se alegraba de encontrarse de nuevo en Praga, donde había pasado algunas noches

divertidas. Le había sorprendido darse cuenta de que aquí hablaba de lo que ocurría allá, y cuando estaba allá hablaba de lo que ocurría aquí. Sonrió ante semejante ironía.

—¿Naciste en Praga?

—Sí —respondió ella.

—Es una ciudad hermosa.

—Sí.

El suboficial empezó a hablarle de todos los puertos en que había tocado y de los mares que había atravesado antes de llegar a esta ciudad. Dijo que no existía mejor lugar que Praga para disfrutar de un permiso. Luego agregó que ésta era su última noche de licencia.

—¿Dónde has prestado servicio? —le preguntó ella.

—En toda Europa.

—Yo nunca salí de Praga.

—Yo conozco casi todo el continente de memoria.

Se enderezó y sacó pecho inconscientemente.

Ella recordó a la profesora, y el vestido de seda con las hojas verdes. Podía ver las enormes rosas estiradas en el pecho de la Dama del Perro. Quería retener sólo lo que era puro, sólo lo que había sentido esa mañana. Se estaba concentrando con tanta vehemencia, que no entendía muy bien lo que el soldado le contaba. Más recientemente había prestado servicios en Kiel, y antes de eso había estado en Praga oficialmente, a requerimiento de alguien de alto rango, y había prestado servicios en la unidad que tomó parte en la acción de Heydrich.

—Eso es interesante. Quiero decir que para ti debe de haber sido interesante —opinó, temerosa de que su comentario no pareciera tan trivial como deseaba.

El suboficial notó la torpeza de ella y le tomó la mano.

—Palabra de honor, *cara mia*. Así fue como ocurrió. Entre el desayuno, el almuerzo y la cena, la vida de un hombre puede empezar, o cambiar, o incluso terminar. Todos teníamos las mismas instrucciones: Kripo, Schupo, Gestapo. Los tres departamentos. En realidad no fue muy rápido, pero si lo pienso bien, resultó un éxito. Uno de ellos nos puso en la pista correcta. Un hombre de ellos.

El suboficial sonrió, esperando que ella le devolviera la sonrisa.

—¿Qué significa *cara mia*?

—Mi querida. Nada malo. Es italiano. Es como cuando cantas.

—*Cara mia*?

—Exacto. Nos ocupamos de ellos esa noche en la zona de fuego del límite de la ciudad, *cara mia*. Creo que es donde pasan el tranvía número 3 y el número 14..., el barrio llamado Kobylisy. Bueno, no encontramos nada en el apartamento. Mantuvieron la boca cerrada, los estúpidos. Cuando los presionamos con respecto a si aprobaban el asesinato del general, pregunta que le hacíamos a toda la población un millar de veces al día, sin parar, se limitaron a mirarnos con sus enormes ojos de ternero. En serio; los esclavos realmente parecen terneros.

Le contó qué era lo que ellos más temían; dudaba de que lo hubieran superado. Dijo que presionar a un hombre de una casa cualquiera era suficiente para que todos los de la misma calle se sometieran. Eso lo ayudaba a comprender por qué Alemania ganaría la guerra.

Ella no le pidió más detalles, y el suboficial no le proporcionó ninguno. Sólo recalcó que los hombres valientes y los cobardes acababan igual, incluso aquellos que intentaban aferrarse a las palabras, como si las palabras —sólo por creer en ellas— pudieran detener o cambiar el rumbo de las balas. Luego dijo que adoraba las fuentes de Praga, aunque no bebería de ellas porque los pájaros las usaban para instalar sus nidos.

Cuando Jenny Thelen le preguntó cuáles eran las palabras que ellos gritaban, el suboficial se sintió halagado por el interés de ella y por el apremio y el tono de temor que percibió en su voz, como si tuviera miedo de oír la respuesta.

—«Viva la república» o «Viva la libertad», como si intentaran convencerse ellos mismos. Algunos expresaban su última voluntad o enviaban un mensaje a su casa. Un idiota fue asesinado a balazos mientras gritaba que una Alemania mejor que la nuestra vendría a sustituirnos. Como si eso le hiciera más soportable la muerte.

—¿Es verdad lo que dicen, que matar es maravilloso? —le preguntó en tono casi inaudible.

—Por lo general les tiemblan las piernas antes de morir; les cae la saliva de la boca. No parecen cabecillas de la resistencia antialemana. No son tan elegantes como les gusta creer a quienes los sobreviven. —Y tras una pausa añadió—: Cuantas más esperanzas tienen, más miedosos son. Sólo los que dejan de confiar en que algo ocurrirá, que serán perdonados o que se producirá algún milagro, que el pelotón de fusilamiento tendrá obstruidos los cañones de las armas o que la pólvora estará humedecida, sólo éstos dejan de aferrarse ridículamente a la vida; sólo aquellos a los que ya no les importa, y

que no tienen miedo ni esperanza porque lo han perdido todo y lo saben, sólo éstos son peligrosos. Y los enviamos directamente al infierno.

Un momento después dijo entre carcajadas:

—*Wie der Vogel, so das Ei.* (Un pájaro mezquino pone huevos podridos).

El suboficial interpretó el silencio de Jenny Thelen como una señal de aprobación. Dijo, como de pasada:

—Incluso los que son evidentemente cobardes, y que habrían estado dispuestos a vivir como ratones durante diez, veinte o incluso cincuenta años, finalmente se apresuran a acabar con todo cuando se enfrentan a nuestra voluntad de hierro.

—A nosotras no nos permiten llorar —murmuró.

La chica de la cicatriz apartó su mano de la de él y caminaron uno junto a otro, lentamente, como las otras parejas con las que se cruzaron, la mayoría soldados con sus novias. Ella se alegró de que las calles estuvieran casi desiertas. El suboficial guardó silencio durante un rato y volvió a cogerle la mano.

—¿Voy demasiado de prisa? —le preguntó.

—No.

Ella notó en él una amabilidad que no había mostrado al describir la acción de Heydrich. El suboficial procuró no tomarle la mano con demasiada brusquedad, y a ella se le ocurrió pensar que tenía manos grandes, manos de marino. Suaves y firmes.

—Quien pierde se equivoca —afirmó él y sonrió.

—Estoy casi convencida —dijo Jenny Thelen— de que nunca debes perder. ¿Cómo lo haces... para no perder nunca?

La chica de la cicatriz sonrió.

—Mucha gente nuestra comete el error de sentir pena por el enemigo, aunque a veces el enemigo sea un niño. Hubo algunos individuos irresponsables que no sólo sentían pena por los asesinos de nuestros propios soldados, sino incluso por los judíos jóvenes y por los gitanos traidores.

Repentinamente ella pensó que en la sonrisa de él, como en la elegante sonrisa de la Dama del Perro, había un gran orgullo, un orgullo lo suficientemente intenso para destruir los últimos vestigios de la conciencia. Ella les había enseñado un brazalete que le había regalado su hermana, que era piloto de la Luftwaffe y que tiempo después fuera derribada al sobrevolar Londres. Se trataba de un brazalete de oro, y en el interior llevaba la siguiente inscripción: «La próxima vez los dos». ¿Qué quiso ella decir? «¿El animal es demasiado grande?».

Pasaron junto a un grupo de soldados de menor graduación que saludaron al suboficial. Él les devolvió el saludo indiferentemente, sin mirarlos siquiera; Jenny sintió que la miraba a ella. Lo imaginó como miembro de una de las tres unidades que intervinieron en la acción de Heydrich.

En Alemania nadie era especialmente delicado cuando se trataba de los hijos del enemigo, pensó la chica de la cicatriz. Dejó su mano en la del suboficial, pero no le devolvió el apretón sino que dejó que él la condujera.

El suboficial reanudó el relato.

—Guardaran silencio o gritaran, nunca lograron engañarnos. Y quien calla otorga. El silencio significa complicidad y viceversa, es... —Tosió, como si quisiera ganar tiempo para terminar la frase, pero debió de haber olvidado lo que estaba diciendo, porque empezó una nueva—. Hay algo sobre eso en la legislación antigua. Bueno, sin duda somos tan inteligentes como lo fueron ellos. Los antiguos romanos incluso utilizaban esta estratagema acerca del silencio. Pero me habría gustado que los vieras. La mujer en el suelo, gimiendo como una zorra apaleada. El viejo inclinado sobre el fregadero de la cocina. Y ninguno de los dos dijo una sola palabra. Al final, esa clase de gente siempre tiene poco valor. Das una patada en el suelo o levantas el puño, y su resistencia desaparece. El tipo había perdido las gafas y estaba allí de pie, parpadeando como un búho. Tal vez intentaba darle ánimos a su mujer. Qué tontería, perder así el tiempo; nosotros teníamos un montón de balas. En todo el día no pude librarme del olor a pan de carne. A veces resulta realmente divertido, señorita. Todo el apartamento, todo el edificio olía a pan de carne. Un olor dulce y agrio a carne, encurtidos y pan mojado en salsa. Y después, ¿puedes creerlo?, esa noche nos dieron pan de carne para cenar. Teníamos un cocinero checo. Y al día siguiente nos dieron lo mismo para almorzar. Mira, te digo que a veces, de repente, tienes demasiado de alguna cosa buena. Durante un año ni siquiera ves un pan de carne y después te lo encuentras en el menú tres veces seguidas. Tienes el olor metido en la nariz, y te preguntas de dónde salió tanto pan de carne. —El suboficial rió—. Me gusta volver aquí —comentó—. Praga nunca me ha decepcionado. A veces un hombre necesita distraerse. Cuando uno es marino nunca sabe lo que le espera. —Observaba el pavimento, el dibujo de mosaico que formaban las piedras de color azul claro y blanco: diamantes con círculos o cuadrados en el medio. Las aceras de Praga eran como encajes de piedra—. Como solía decir uno de mis amigos del *Tirpitz*: «Sólo se escala una vez el Monte Everest». —Sonrió—. Cada uno de nuestros hombres debería tener la posibilidad de matar al menos a uno de ellos. Para purificar su sangre, por así decirlo, para ganarse un lugar entre los

más puros. Es como tomar un baño. —Su voz era áspera, pero se suavizaba y ablandaba en presencia de la chica—. ¿Quieres que camine más despacio? —le preguntó. Estaba pensando en el rostro suave y al mismo tiempo puramente ario de ella, y en su frente y su cuello..., en sus modales delicados y en su timidez. Luego pensó que tal vez ella querría saber algo más de los detalles, que él le explicara mejor lo del pan de carne, y agregó—: Ocurrieron muchas cosas, y si tuvieras tiempo, estoy seguro de que recordaría la mayor parte de los detalles. Solíamos presentar informes muy detallados, informes que ahora estarán por ahí dando vueltas, pero no recuerdo todo. A veces se me mezcla todo en la cabeza —dijo con una sonrisa, levantando los dos brazos por encima de la cabeza, en un gesto infantil. Ella se alegró de que le hubiera soltado la mano—. Había un montón de gente así, *Fräulein*. Tuvimos que apretarles las clavijas a unos cuantos. Pero son como las chinches. Si los dejas, te chupan la sangre. Sobre todo cuando te molestan o te preocupan; entonces te chupan hasta la última gota. Debes tener el coraje de aplastarlos. —Y en seguida añadió—: No quiero ponerme demasiado serio. Eso puede estropear el placer de un paseo. Espero no estar aburriéndote.

—En absoluto —respondió ella.

Luego comentó que en ocasiones pasaba mucho tiempo hasta que todo había terminado, y otras veces sólo una fracción de segundo.

—Pero nunca los envidio, *Fräulein*, tanto si lleva media hora como si sólo hay que contar hasta tres, como ocurre cuando usan electricidad para perforar el cráneo del ganado en el matadero.

Sabía mandar, dijo, porque sabía obedecer. Le comentó que el paseo que estaban dando por la ciudad era para él tan estimulante como navegar en alta mar, tan excitante como luchar y sentir la muerte en los huesos. Luego pensó que tal vez exageraba. Su voz se suavizó y le preguntó si sabía algo acerca de las estrellas. Como ella respondió que no, le habló de las constelaciones del mar del Norte.

Una fresca brisa recorría la ciudad. El suboficial inhaló profundamente y exhaló poco a poco. Dijo que el aire sabía a vino endulzado con miel. Algunas ciudades, comentó, parecían balnearios, como si sus edificios fueran viejas piedras preciosas. Se alegraba de que el calor del día hubiera disminuido.

Todo lo que él decía le resultaba muy familiar a la chica de la cicatriz, como si ya lo hubiera oído con anterioridad.

—Todos los lugares de esta ciudad me traen recuerdos, *cara mia*. ¿No tienes frío?

—No —respondió ella.

—¿Te gusta decir que no? —preguntó el suboficial sonriendo.

—No.

—Podemos jugar un juego: por cada tres noes, tienes que contestarme con un sí. ¿De acuerdo?

—Creo que no.

El suboficial volvió a sonreír, como si acabara de sorprenderla, y luego volvió a lo que, al parecer, había llamado la atención de ella desde el principio:

—Nos llevó tres meses pintar la quilla del crucero *Tirpitz*, Capas y capas de pintura protectora. Los dos, el *Tirpitz* y el *Bismarck*, son tan pesados como cualquier otro barco del mundo. Inmensos e imposibles de hundir, como enormes témpanos de hielo flotantes.

El crepúsculo caía lentamente. En el cielo aparecieron algunas nubes y la luna las atravesó repentinamente, como si los mirara a ellos a través de una cortina rasgada.

—Me voy esta noche —anunció el suboficial.

—¿Adónde?

—A Kiel.

—¿Te vas al mar?

—Soy marino —repuso el suboficial, sonriendo.

—El mar debe de ser maravilloso —comentó ella, como una criatura atemorizada.

—Fantástico —coincidió él. Sabía que era hermoso, incluso para las personas que nunca lo habían visto con sus propios ojos. Todo eso se percibía en el modo en que volvió a decir—: Fantástico.

El silencio de ella parecía indicar admiración y preguntas que tenía miedo de hacer. Tal vez era la impotencia de preguntar y esperar la respuesta lo que la asustaba, pero su temor de despertar sospechas nunca fue más allá de su aliento, de su voz y tal vez de cierta intensidad de su silencio. Al mismo tiempo tenía miedo de medirlo todo por su propia experiencia, ya que ésta había arruinado toda su vida de antes y después. Su silencio también contenía sorpresa y un tipo diferente de impotencia e inexperiencia, así como la satisfacción de saber que era ella, después de todo, la que estaba con el suboficial, y no Elzie Mayerfeld, aunque tuviera que ocupar el segundo lugar. Y resultaba agradable hablar del mar. Estaba pensando en ese extraño pez del fondo del océano, y en que cuando se encontraban dos machos en la oscuridad el más débil y pequeño se transformaba en hembra. Pero dejó que

él siguiera hablando de los encantos del mar. Él intentaba por todos los medios profundizar en el tema y subrayar lo hermoso que era el mar.

—No puedes imaginar cómo es hasta que lo ves con tus propios ojos —le aseguró él.

Usaba su voz para acariciarla, seduciéndola con las imágenes y los colores de la noche en el mar, del mar agitado por una tormenta, del mar bajo un cielo iluminado por las estrellas, y luego la cogió del brazo. Ella no se resistió. Le rozaba el pecho con el codo y se había quedado callado.

Ella imaginó el mar tal como lo describió el suboficial; sintió una presión en las sienes y las imágenes parecieron brotar en la oscuridad. Durante todo el día había realzado tanto sus expectativas, que éstas habían ido más allá de cualquier posibilidad de realización.

Sus pensamientos volvieron al azul del cielo que ahora había quedado disuelto en la oscuridad, a las perlas alabastrinas de calor que se habían desvanecido en la fresca brisa de la tarde después de quedar atadas con hebras de polvo, perdidas en la oscuridad que caía sobre la ciudad. Las estrellas empezaban a desaparecer entre las nubes. Quería reemplazar a Elzie Mayerfeld por esta única vez.

—Me gustaría enseñarte el mar más de cerca —sugirió el suboficial.

—No sé nadar —admitió ella.

—¿Te gustaría que te enseñara?

—Sería fantástico —repuso la chica.

—¿Te gusta pescar?

—No especialmente.

—¿Porque los peces tienen sangre fría, no tienen alma y no hablan? —preguntó el suboficial, sonriendo.

Se apretó contra ella y la chica de la cicatriz sintió el cuerpo duro y musculoso de él, su calidez. Percibió la fuerza que emanaba de él. Era la primera vez en la vida que experimentaba algo así. Era consciente de la voluntad de él, y también de la suya.

De repente, se le ocurrió que cualquier respuesta podía descubrirla, incluso si decía que si tres veces seguidas sin un solo no. También supo que podía decirle exactamente por qué no podía ser.

Y caminaron un rato en silencio; era como si ella descubriera mentalmente todo lo que el suboficial no pudiera haber pensado, o no hubiera pensado del mismo modo que ella. Sintió que nunca podría hacer algo de lo que deseaba. En el instituto les hablaban constantemente de la generosidad y

magnanimidad del Reich: el Reich que la había albergado en su seno como una verdadera madre.

—Estás temblando, pequeña —le dijo el suboficial—. ¿Tienes frío?

—No mucho. Un poco.

—No debes temblar así.

—El aire es fresco esta tarde. Durante el día ha hecho tanto calor...

—Acércate a mí.

Como ella no respondió, él añadió que no tenía que preocuparse. A ella le pareció percibir verdadera preocupación en la voz del suboficial. Tenía el brazo derecho sobre los hombros de ella, y la atrajo hacia sí. Ella volvió a sentir la fuerza y el calor del cuerpo del joven.

—¿Por qué estás tan callada?

—¿Dónde están ahora esos enormes barcos que es imposible hundir?

—¿El *Bismarck* y el *Tirpitz*? Oh, ambos pasaron a la historia.

—La guerra es realmente cruel. Y no sólo porque todo el mundo lo dice.

—La guerra tiene que ser cruel —le aseguró el suboficial.

—Cuéntame algo más del mar.

—¿Qué te gustaría oír, cielo?

—Lo valiente que eres. Cómo tú y tu amigo llamasteis al timbre y golpeasteis la puerta de esa gente, y lo asustada que estaba y cómo todo olía a pan de carne.

—Creo que no tocamos el timbre ni golpeamos la puerta; simplemente abrimos de un empujón —dijo el suboficial con una sonrisa—. ¿Te hablé de mi amigo? Ahora también es sargento.

—Cuéntame por qué nunca olvidaste todo eso.

—Pequeña, eres una romántica.

La palma de su mano se cerró sobre el hombro de ella y la chica la notó, pesada y amistosa al mismo tiempo. Él la miró, y a la luz de la luna los ojos de ella parecieron más grandes. La luz de la luna apareció por una abertura entre las nubes, como si se derramara por un pozo azul.

El suboficial decía que entre un hombre y una mujer existe una barrera que al hombre le puede resultar difícil superar. Dijo que cuando un hombre elige a una muchacha, quiere estar seguro de que será una garantía para él cuando salga con ella; no quería sentirse avergonzado delante de sus camaradas, ni preocuparse por ella cuando debía ausentarse durante mucho tiempo, ya que eso era algo que ningún marino podía evitar.

El suboficial le contó que los icebergs del mar del Norte se parecían a las rocas blancas que hay en las orillas del Rin, o a las montañas que tienen

túneles en su interior, o a los castillos, y que el agua que los rodeaba siempre era serena y de color azul turquesa, y tan límpida como el alma de un alemán. Sonrió y le dijo que en la guerra, al igual que en la naturaleza, la vida y la muerte eran como hermanas. Ella era más consciente de la respiración del suboficial que de sus palabras.

El suboficial notó en ella una temblorosa fragilidad.

—Cielo —dijo repentinamente. Y con la misma voz suave agregó—: En realidad eres como un corderito alemán.

Le dijo que tenía una cara bonita y hombros pequeños y femeninos. Y añadió que le gustaba su manera de mantenerse erguida, y que si hubiera sido hombre se habría convertido en un soldado apuesto. Y luego mencionó lo limpia que era.

Ella comprendió lo que ocurriría, mucho antes de que a él se le quebrara la voz y le dijera que parecía un cordero y que nunca había conocido a una chica más bonita. Ella comprendió todo antes de que las primeras palabras salieran de los labios de él. Toda su vida estaba hecha de mentiras; eran mentiras incluso cuando eran verdad, porque todo empezaba y terminaba con mentiras.

Empezó a temblar mientras el marino la estrechaba entre sus brazos, repitiendo que era como un corderito. Ella se dejó llevar por él, obediente y sumisa, como si tuviera miedo de hablar.

—No debes temblar así —repitió el suboficial—. ¿Por qué tiemblas de esta manera? —Y luego le preguntó sin rodeos, suave y casi amablemente—: ¿Estuviste alguna vez con un hombre? —su voz sonaba ronca.

—No —repuso ella.

Las luces de la ciudad empezaban a apagarse. Los sobresaltó el sonido de un coche que pasaba con los faros cubiertos con tela negra, y luego oyeron un tranvía que no lograron ver.

—Durante el día ha hecho mucho calor, pero ahora casi siento frío —comentó ella.

¿Qué quería él de ella? ¿Qué esperaba a cambio de unas cuantas palabras dulces y un *cara mia*? ¿Y qué podía darle ella? Durante mucho tiempo había sabido que para cada error había mil y una explicaciones. Su padre junto al fregadero de la cocina, hundido por la vergüenza, su madre en el suelo y el silbido de una correa de perro en el aire.

A veces querías olvidar, para no sentirte como un cementerio ambulante. Pero no podías, y los recuerdos se quedaban dentro de ti mientras te movías y sentías y pensabas. Oías en algún lugar el sonido de una mandolina, o veías

un rostro desconocido con gafas de montura de níquel y notabas el parecido y te asustabas; o reconocías algo por casualidad al observar un árbol, una piedra o una estrella. O lo oías en la voz de alguien. No podrías librarte de ello mientras vivieras.

Según Julie, con el tiempo la gente dejaba de preocuparse por la procedencia del jabón cuando no podía conseguir ningún otro. Tembló ante sus propios pensamientos. Intentó una vez más imaginar los barcos enormes, los cargueros y los cruceros. ¿Eran como los buques de vapor con ruedas de paletas que solían recorrer el Moldava? Una vez su familia había dado un paseo en uno de esos barcos...: ella, su padre y su madre y su vecino con sus tres hijas.

—La chica de un artesano lo pasará bastante bien después de la guerra —agregó el suboficial a algo que ella debía de haber pasado por alto—. Una artesanía es un puñado de oro, como suele decirse, *Fräulein*. Si yo tuviera la oportunidad, podría ser conductor; sé mucho de motores de coches. Y podría arreglármelas bastante bien como pintor. Últimamente he estado pensando que la guerra terminará en algún momento y yo debería empezar a buscar algo. —Ella no supo qué responder, y el suboficial añadió—: Claro que éste no es precisamente el mejor momento para compromisos serios ni para el matrimonio —y, como reprendiéndose a sí mismo, comentó—: Debería intentar hacerte entrar en calor de alguna manera. ¿Qué te parece si tomamos un té con ron o un pastel?

—Por favor —respondió ella—. No quiero molestarte.

—Oh, mi pequeña dama —dijo amablemente—. Aquí cerca hay un lugar agradable. ¿Quieres que vayamos?

Se trataba de una cafetería con autoservicio, cerca del viaducto. A pocos metros estaban el matadero y la compañía de electricidad, y más allá del viaducto se encontraba el parque. En el momento en que el suboficial la hacía entrar en la cafetería, un tren de mercancías cargado con tanques y cañones avanzaba traqueteando por el viaducto.

La cafetería era un lugar bullicioso, lleno de gente. El suboficial quería pedir ponche para los dos, pero no había ron, de modo que pidió una cerveza para él y un té japonés para ella. Se creyó en la obligación de pedir té japonés verde; dijo que era dulce como la miel y bueno para las cuerdas vocales.

Él le pidió fuego a alguien de la mesa contigua y se puso a hablar en voz alta.

La gente empezó a mirarlos. Ella levantó la taza y bebió, tan apresuradamente que estuvo a punto de atragantarse.

Jenny Thelen se alegró cuando volvieron a salir a la calle. Él estaba diciendo que todo lo alemán era maravilloso, y lo difícil que resultaba explicarlo: era algo que había que sentirlo. Y lo fácil que resultaba reconocer lo que no era alemán. Lanzó una carcajada.

—¿Puedo volver a entrar un momento? —preguntó ella. El suboficial estaba guardando el dinero en el bolsillo y la miró, sorprendido—. Necesito estar sola. Será sólo un minuto.

Él le sonrió cálidamente; ella bajó la mirada y se ruborizó.

—Regreso dentro de un momento —volvió a decir ella.

Él comprendió lo tímida que era la muchacha. Volvió a sonreír.

—Tenemos un montón de tiempo, tontita. Unos minutos no tienen importancia.

Ella vaciló, y a él se le ocurrió que tal vez ella tenía miedo de no encontrarlo al regresar.

Una vez dentro de la cafetería, ella empezó a sentir arrebatos de calor y frío; le castañeteaban los dientes e intentó apretar los labios. Pensó en lo que Elzie Mayerfeld había dicho acerca de vivir en el presente, acerca de recordar y olvidar, y de cómo el ahora siempre era distinto de un rato antes, así como el futuro sería distinto del presente. Recordó lo que había dicho el suboficial acerca de que el perdedor siempre está equivocado, al menos desde el punto de vista del vencedor. Y pensó en el cuerpo fuerte y cálido de él, en sus manos grandes y en lo bien dispuesto que se había mostrado a invitarla a beber.

Aunque no podía dejar de temblar, sintió una calma profunda en su interior. Pensó en el cuerpo poderoso del suboficial, recordó el tacto de sus manos y el sonido de su voz, que se tornaba ronca cuando hablaba de los barcos y de lo que había hecho durante la guerra, y suave cuando la llamaba a ella corderito alemán, y diferente incluso cuando hablaba de lo que podría hacer después de la guerra.

Se obligó a no temblar. Se sentía febril después de un día tan largo. Intentó concentrarse recordando uno de los vestidos de su madre, pero no lo logró.

Volvió a sentir un calambre en el estómago.

Recordó cómo la había tocado él aquel martes, el contacto con su mano pesada cuando él la había ayudado a entrar en el bar... por ver si lograba sacudirse ese escalofrío. Sintió que se había convertido en dos personas.

Aspiró los aromas de la cafetería, de la gente y de la comida. Vio su imagen en el espejo y la delgadez de su pecho la sorprendió. Se regañó

mentalmente; el temblor de su estómago y sus muslos debía cesar.

Caminó lentamente entre las mesas y las sillas. Cruzó el espacio entre las últimas filas de mesas y, sin que nadie lo advirtiera, abrió la puerta de la cocina.

La lavaplatos no podía verla; se encontraba mirando al fregadero, de espaldas a Jenny. Detrás de la cocinera había una tabla grande y sobre ésta varios cuchillos. Ambas mujeres estaban de espaldas, totalmente concentradas en su ruidoso trabajo.

La chica de la cicatriz cogió un cuchillo de la tabla y lo ocultó debajo de la chaqueta que llevaba colgada del brazo. Su nueva habilidad para la prestidigitación ni siquiera la sorprendió. Sólo tardó un segundo. Luego atravesó un pasillo en dirección a los lavabos. La cocinera y la mujer del delantal rojo no notaron nada.

Oyó a sus espaldas el sonido del agua que corría y el tintineo agudo de la porcelana. Entró en el retrete y cerró con llave. Primero deslizó el cuchillo dentro del cubrecorsé, pero cambió de idea y lo sujetó con el cinturón a la parte externa de su muslo izquierdo. Se bajó la falda todo lo que pudo y se movió para comprobar si el cuchillo se veía. Recordó que el suboficial había dicho que Praga era una capital sin fortificaciones. En el bolsillo con botones de su chaqueta seguían intactos sus diez marcos.

Mientras bajaba por la acera con el marino, tuvo conciencia de que el cuchillo le tocaba el cuerpo: daba la impresión de ser bastante grande, y eso le proporcionaba la sensación de satisfacción. Simplemente tenía que dar pasos un poco más cortos. Pero podía mantenerse erguida, y sólo tuvo que tocarse una vez para saber si el cuchillo se mantenía firme en su sitio.

—Aquí está el parque —anunció el suboficial. Había estado fumando y su aliento olía a tabaco—. Me parece que va a llover. Pero los árboles nos protegerán.

—Está muy oscuro —le advirtió ella.

—¿Te da miedo la oscuridad? —Él tenía la agradable sospecha de que ella había estado preparándose para él, sospecha que defrauda a los hombres la mitad de las veces. El deseo de un hombre, pensó, era diferente, más simple que el deseo o el consentimiento de una mujer. Por eso dijo—: No tenemos ninguna prisa. —Rió sin motivo. Lo que decía no era lo que realmente quería decir, pero volvió a tranquilizarla—: Puedes confiar absolutamente en mí, *cara mia*.

La llevó más adentro aún del parque; le rodeaba la cintura con el brazo. Ella tuvo miedo de que notara el mango del cuchillo.

El suboficial pensó que en cualquier situación un hombre podía abrumar a una mujer con imágenes del mar y las islas, de la vida y la muerte, con una promesa. Volvió a reír sin motivo. Varias veces la llamó «corderito», «cielo», «pequeña», y volvió a decir que sería terrible que la lluvia lo estropeará todo después de un día tan largo y caluroso.

El portal del parque era de hierro forjado y tenía aldabones con anillas de hierro que estaban oxidadas por la falta de uso. Dentro del parque, el aire estaba impregnado del olor del río invisible.

El suboficial la condujo silenciosa y cuidadosamente para que no tropezara. Ella sintió las manos de él que le tocaban los hombros, los brazos, las caderas.

—Es una tarde realmente hermosa —comentó él.

—Sí —respondió la muchacha.

—¿No estás de acuerdo en que cada uno consigue lo que se merece? —Como ella no respondió, añadió—: El soldado consigue su momento de paz, el hambriento consigue algo para comer y el hombre solitario consigue a una chica bonita.

—No sé.

—Está tan oscuro que no te veo, a menos que te acerques. —Su voz se quebró otra vez, con un sonido entre ronco y susurrante, y dijo—: Corderito. Mi corderito. —La estrechó entre sus brazos—. Me gustaría preguntarte una cosa. ¿Puedo?

—¿Por qué no?

—Me gustaría que ésta fuera nuestra noche.

—¿A qué te refieres?

—¿Alguna vez te ha besado... un hombre? —Se interrumpió y luego añadió—: Di que sí, ¿quieres?

—¿A qué?

—Simplemente di que sí.

—Pero ¿a qué?

—Di que sí y luego te lo diré.

—No —respondió ella lentamente.

—Es suficiente —dijo el suboficial en tono suave. Afirmó que el amor era como una pequeña muerte, pero que no sabía cómo explicarlo siquiera—. Entonces, ¿estás de acuerdo?

—¿En qué?

—¿Puedo besarte?

Pero antes de que él lograra su propósito, ella lo rechazó y le preguntó:

—¿Estás unido a nuestra profesora?

El suboficial vaciló.

—¿Elzie Mayerfeld?

Ella asintió.

—¡Oh, mi cielo! Elzie Mayerfeld es una parienta lejana. Prima en quinto grado, o algo así. Crecimos juntos, como suele decirse. Ella cree que me fui hace varias horas. ¿Por qué me lo preguntas? Oh, sí. Será mejor que no le cuentes nada. A las chicas a veces os gusta presumir.

Ella le aseguró que no tenía que preocuparse de que contara algo. El suboficial le sonrió; intentaba encontrar un lugar apartado. La estrechó con tanta fuerza que ella se asustó; él interpretó mal su temor.

Jenny sintió el aliento cálido del suboficial, y el tacto de su mano fuerte. Él se inclinó sobre ella y musitó:

—¿Te gustaría que estuviera unido a ti?

Su tono susurrante era cada vez más penetrante e insistente.

—No sé —respondió ella en tono quedo.

La condujo fuera del sendero, por el césped, hasta unos arbustos. El suelo estaba húmedo y blando, mojado por el rocío del anochecer. Él tuvo la impresión de que ella se mostraba dócil y bien dispuesta, excitada por la cercanía y la creciente intimidad con un hombre al que ya no podía rechazar. Supo que por esa razón ella temblaba. Jenny tenía los labios apretados, expresión que él interpretó como la ansiedad provocada por la falta de experiencia.

A ella le latía violentamente el corazón. Y podía sentir otro latido mezclado con el del corazón. Observó al suboficial mientras la besaba, y vio imágenes de otros hombres vestidos con uniformes y chaquetas de cuero, como si todos se hubieran tundido en uno solo, y cada uno contuviera al primero y a los otros mil.

—Será maravilloso —murmuró el suboficial—. Ya verás. Será tal como te lo prometí.

La acarició con las palmas de las manos y con las puntas de los dedos, tocándole las mejillas y los labios, rozándole la frente y acariciándole la cicatriz.

Ella lo dejó seguir adelante. Sintió que la sangre le hervía en las mejillas. Pensó en la sangre, aterrorizada por lo que forjaba su propia imaginación.

—¿Te hicieron daño? —le preguntó. Luego agregó en tono áspero—: No permitiré que nadie te haga daño. Nadie volverá a hacerle daño.

La acarició con ambas manos las mejillas, los hombros y finalmente los pechos. Ella sabía lo que sucedería y tenía miedo de que él descubriera el cuchillo.

—Aquí estamos solos —susurró el suboficial—. No quiero nada malo. Sólo algo que podemos compartir ahora, ahora mismo. Algo que podamos recordar. Nada que te haga daño. Eres bonita. Eres tan bonita... Debemos aprovechar la vida mientras somos jóvenes... Unos pocos momentos robados una o dos veces al año... No pienses en nada... desagradable... Acércate, déjame... mi cielo. —Su voz se volvía cada vez más ronca. La chica de la cicatriz retrocedió. Él pensó que simplemente estaba confundida por sus palabras, sus caricias, su respiración—. Aquí no hay nadie —volvió a susurrar—. A la gente del lugar no le permiten venir aquí por la noche. Nadie nos molestará.

—Sí —musitó ella—. Sí. Pero vuélvete un momento. Sólo un momento.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido.

—Tengo que arreglarme algo.

El suboficial oyó que ella se desabrochaba el cinturón; luego creyó oír el inconfundible crujido de una falda que se levantaba y el rasguño de las uñas contra la piel desnuda. Tosió, en un esfuerzo por refrenar un impulso y volverse bruscamente, tomarla entre sus brazos y recostarla sobre la hierba. La sangre se agolpaba en su cabeza. Imaginó que ella ya se había quitado la falda. Le dio tiempo a quitarse la blusa y a desabrochar la ropa interior. Empezó a lloviznar.

—¿Ya está? —preguntó.

—Aún no —murmuró ella.

Había sacado el cuchillo. Comparada con el suboficial, ella era menuda y débil; tendría que retroceder todo lo posible para tomar impulso y luego lanzarse hacia delante. Estaba tan excitada, que no podía pensar en nada más que en las puñaladas. Sintió el dolor en el vientre, pero no se permitió pensar en eso. Hubo sólo una fracción de segundo en la que quedó paralizada por una extraña ansiedad ante el éxito de lo que estaba a punto de hacer, como alguien que nunca ha asesinado pero que ha vivido, respirado y crecido en medio del asesinato. La ansiedad la abandonó en cuanto movió el brazo que sostenía el cuchillo, lo mismo que cualquier temor que pudiera hacerla vacilar. Sintió la punta del cuchillo, y luego la hoja ancha que penetraba en el cuerpo de él silenciosamente, con una facilidad casi increíble. Le había clavado el cuchillo más abajo de lo que quería, y como el suboficial había empezado a volverse, lo apuñaló en la zona de los riñones. El movimiento del cuerpo de él hizo que

el cuchillo se retorciera en la herida —mientras ella sujetaba el mango— con una fuerza convulsiva que un instante después empezó a disminuir.

El suboficial gimió en tono ronco, como si intentara exhalar el aire sin haberlo aspirado. La insistencia del sonido le resultó conocida. Del pecho de él no salió grito alguno. Empezó a caer lentamente, como si simplemente se estuviera acostando. Mientras caía, su cuerpo rompió los arbustos que tenía delante. Los arbustos se abrieron con un sonido quejumbroso, quebrado, crujiente, y volvieron a cerrarse por encima de él.

El suboficial cogió el cuchillo con la mano, pero no tuvo fuerza para arrancarlo. Seguía ahogándose. La lluvia era sueva y cálida. El parque estaba lleno de pájaros; se los veía por todas partes: en el suelo, en los árboles, en los arbustos.

La chica de la cicatriz se enderezó y abandonó el matorral en dirección al sendero. Mientras avanzaba hacia la entrada, no encontró a nadie. A la gente del lugar se le prohibía usar el parque y, de todos modos, nadie habría querido pasear por allí bajo la lluvia. Tuvo la sensación de estar extrañamente serena, como si hubiera quedado dividida en dos. Una caminaba con paso lento, intentando en su sumisión olvidar voces y rostros, como diariamente le aconsejaba Elzie Mayerfeld. La otra se encontraba en su interior: había vivido con ella mucho tiempo antes de llegar a conocerla. Ahora, por fin, podía recordar exactamente el vestido de boda de su madre. Su madre solía sacarlo al menos una vez al año; le planchaba las arrugas y lo aireaba antes de volver a guardarlo.

Su padre también caminaba con ella, con las gafas de montura de níquel apoyadas en el puente de la nariz. Parecía un profesor, aunque había trabajado durante años en la compañía de abastecimiento de aguas. Tocaba la madolina y cantaba *Oh Maria*. Le decía que los árboles altos se doblaban con el viento y que los árboles pequeños podían soportar las tormentas precisamente porque no eran tan altos. Y qué pena, dijo, que los capullos de magnolia murieran tan pronto. Ella le decía que no se preocupara.

8

Calada hasta los huesos, pálida, la chica de la cicatriz atravesó el vestíbulo de entrada del Instituto para Niñas de Pura Raza de Territorios No Alemanes de Praga. La falda ceñida de popelín y la chaqueta no la habían protegido mucho de la lluvia.

—¿Ya de vuelta? —le preguntó el portero. Estaba leyendo *Ost Front*, su rostro convertido en una máscara de cordialidad—. Los corderitos siempre sufren si no tienen cuatro paredes y un techo donde cobijarse —comentó—. Pero si no puedes hacerlo al aire libre, no deberías hacerlo.

—Él se fue —aclaró la chica de la cicatriz—. A Kiel.

Le dio al portero los diez marcos. Él los guardó rápidamente en el bolsillo para que no se mojaran.

—Qué pena —reflexionó el portero, como preguntándole si eso la afligía. Sonrió, con la expresión de quien llega a sus propias conclusiones. Sacó, orgulloso, su segundo paquete de cigarrillos Viktoria—. Ésa es la manera de hacerlo, señorita. En este mundo hay que abrirse paso a codazos. No se puede ser como los ingleses, que perdieron la oportunidad. Eso no tendría que ocurrirnos a nosotros. —Y tras una pausa añadió—: Todos debemos responder a las oportunidades que se nos presentan, ¿no le parece? —Cerró el portal—. Palabra de honor —dijo en tono malicioso—. Favor con favor se paga. Ni una palabra. A nadie, nunca —concluyó, arqueando sus espesas cejas negras.

Una vez en la planta alta, en su dormitorio, la chica de la cicatriz se desabrochó el cinturón. No tenía rastros de sangre en ninguna parte. Sólo sentía el latido de su cicatriz. Recordó la urna de bronce dorado que le habían enseñado en la calle Bredovska. La cálida serenidad interior no la abandonó. En la sala seguían bailando.

Acomodó la chaqueta encima de la silla y se quitó el vestido rojo. Cogió el cepillo y empezó a cepillarse el pelo. En su pequeño pecho, que subía y bajaba silenciosamente, no quedaban rastros de sus anteriores temores. En la puerta contigua, en el tocadiscos, sonaba *Cuentos de los bosques de Viena*, de Johann Strauss. La voz de Lale Anderson era suave y aterciopelada, y la melodía evocaba un abrazo, o las manos unidas de una pareja.

Sumida en la oscuridad, pensó en la tierra empapada y blanda, en los trinos de los pájaros que despertaban al amanecer y en los gusanos, en la tierra y en la luz. Imaginó las magnolias al otro lado de la ventana, los centros de los capullos tan húmedos y blancos como el cuello de un cisne, y los bordes, que parecían sumergidos en sangre. Interiormente hablaba con su padre y con su madre; los muertos eran los únicos con los que podía hablar. Sólo a los muertos se les podía decir la verdad.

Se cepilló el pelo poco a poco, con los movimientos pausados y lánguidos de una mujer. Vio una mancha blanca en la que pudo imaginar sangre, tal vez derramada por una loba al morder el cuello de su mortal enemigo.

Quiso comprender el cambio que se operaba en ella. Pero no pudo. Sentía que su vida era parte de la lluvia, como un río o como el mar. Sabía que había hecho lo que debía hacer para cumplir el propósito secreto que existe en la vida de cada uno.

Abrió los ojos. Las imágenes del agua que fluía se filtraban en el mobiliario de su habitación: en el armario, en el escritorio, en la cama en la que estaba sentada. En el cepillo con el que se cepillaba el pelo. La música de vals llenaba la casa, el jardín y la noche.

Cogió ropa interior seca y un vestido limpio, y metió todo lo que se había quitado en el cesto de la ropa sucia.

El cinturón quedó tirado en el suelo.

SUEÑOS IMPÚDICOS

El cutis de la anciana era como la corteza de un árbol. Se acercó a la taquilla del cine y pasó dos marmitas con comida por la ventanilla. La taquillera dejó a un lado el largo talonario de entradas para el programa del día siguiente.

—Gracias —dijo.

—De nada —respondió la anciana—. Ya sabes lo feliz que me siento de poder hacer esto por ti, cariño. Es sopa de patatas, y en el otro bote hay lentejas y carne ahumada.

El edificio era antiguo y ocupaba toda una manzana, como un palacio. Para construirlo, a principios de siglo habían trasladado hasta aquí a albañiles italianos. Uno de los propietarios había convertido la antigua sala de conciertos de la planta baja en cine. La planta intermedia —donde el propietario tuvo instalada su vivienda hasta que vendió el edificio y emigró a Estados Unidos, inmediatamente antes de la guerra— era ahora la sala de un tribunal. Por motivos que nadie comprendía, el sótano había pasado a ser un dormitorio en el que dormían los ferroviarios de las tres estaciones principales de Praga. En el antiguo salón de masajes —que el propietario había sido obligado a cerrar cuando dejó de pagar el alquiler— se había instalado un servicio con duchas, un comedor y habitaciones.

La mayor parte de los veredictos pronunciados por los jueces alemanes en Praga durante la primavera de 1945, el último año de la guerra, se reducían a la cadena perpetua o al hacha. Pero el cine de abajo seguía ofreciendo operetas alemanas, tal como lo había hecho con anterioridad (excepto durante cinco días en los que en toda Alemania, e incluso en los territorios ocupados, se declaró duelo oficial por una derrota que sufrió Alemania en el Volga), y por lo general estaba lleno, incluso durante las sesiones matinales y las de primeras horas de la tarde, para no hablar de las de noche, cuando era casi imposible conseguir entradas si se aguardaba al último momento.

La taquillera era joven y bonita, de rasgos delicados, tal vez un poco melancólica a pesar de que a ella no le había ocurrido nada durante la guerra. El cabello rubio, magníficamente cepillado, le caía sobre los hombros, y sus ojos azules nunca perdían la candidez, ni siquiera cuando cogía un billete grande de un cliente y devolvía cuidadosamente el cambio correcto, concentrándose plenamente en su trabajo a pesar de que, en ocasiones, se sentía auténticamente exhausta. El rasgo más bonito en ella era su largo cuello: a veces parecía el de un pura sangre.

—¿Cómo estás, mi querida hijita? —le preguntó su madre.

—Tengo una especie de erupción en el cuello —repuso la taquillera.

—¿Te duele?

—No, sólo me pica.

Era lo único animalesco que había en ella, aunque el animal que recordaba era hermoso. Quizá ni siquiera eso fuera justo, porque al mismo tiempo su cuello era como el de un cisne blanco. Algo en ella sugería soledad, aunque su madre, con la piel tan arrugada como un árbol viejo, nunca estaba lejos; nunca la dejaba sola mucho tiempo, ni siquiera ahora que ella tenía un empleo. La acompañaba al trabajo todos los días desde el suburbio obrero en el que la estructura más imponente era un enorme depósito redondo y plateado para el almacenamiento de gas natural, montado sobre largos y fuertes listones de acero. Juntas caminaban desde el laberinto enmarañado de casas pequeñas y desvencijadas, algunas de madera y otras con paredes de piedra o ripio. Las calles no estaban pavimentadas y tenían que ponerse chanclos para no embarrarse antes de llegar al centro de la ciudad. Para la anciana, su hija era lo más valioso que tenía en la vida. No le escatimaba nada, ni siquiera las ropas finas con las que la joven parecía estar por encima de su posición social. Todo sugería que su hija era una persona que sabía cuidarse bien.

—Casi me alegro de que no te casaras —comentó la anciana desde el otro lado de la ventanilla. Por un instante su rostro se relajó—. Estoy contenta de que hayas salido tan pura, no como esas fulanas que pierden el tiempo con soldados de cualquier clase, coroneles, tenientes, incluso soldados rasos —agregó la madre.

Pero su mente estaba llena de ideas que no confiaba a su hija: hay montones de jóvenes que andan rondando por ahí, vestidos con esos chalecos de piel de conejo vuelta del revés. ¿De dónde vienen? ¿Qué buscan en el centro de Praga? Todos tienen aspecto de holgazanes. No se puede creer en ninguno de ellos. Tal vez la madre estuviera realmente contenta de que la hija

siguiera soltera, pero no era tan seguro que la hija compartiera sus sentimientos, aunque no parecía desdichada.

La taquillera percibía lo que su madre estaba pensando. La madre no confiaba en la gente, ni en la gente de la calle ni en la de los ascensores de los edificios altos a los que de vez en cuando iba a hacer algún recado para la muchacha. A veces tenía miedo incluso en el pasillo de su propio edificio antes de girar la llave para abrir su propio apartamento.

—¿Esperarás hasta que termine de comer? —preguntó la taquillera.

—En algunos lugares ya han empezado a quitar los letreros alemanes de los edificios —comentó la madre—. Algunos tranvías han quitado los letreros donde indican el itinerario. Y apuesto a que no sólo es para que los alemanes no sepan adónde van. —Con la mirada decía: «Algo flota en el aire. Algo está a punto de ocurrir; lo noto en los huesos, pequeña mía. Debemos tener cuidado»—. ¿Qué ponen hoy? —quiso saber.

Y se preguntó por qué una persona siempre se siente amenazada por algo: igual que la primavera llega antes que el verano, y el verano antes de que el otoño ocupe su lugar, y así como se producen el viento y la lluvia, o el sol y la nieve. Una angustia extraña aunque conocida invadió a la anciana, una sensación a la que jamás se acostumbraría, aunque viviera miles de años, y a veces tenía la impresión de que ya llevaba miles de años en este mundo, a pesar de que apenas tenía sesenta. Miedo, pensó la anciana. En ocasiones temblaba sin ningún motivo. Como si el miedo se hubiera acumulado en su interior, miedo no sólo por su propia vida sino por la de su madre y su padre, por las de los padres de familias enteras que se extendían hasta lo desconocido, donde sólo los ricos o los famosos se preocupan por su destino. ¿Qué era ella para ellos?

Miró a su hija, su cuello de cisne, los ojos sinceros y en cierto modo tímidos en los que brillaba una vaga confusión, y sintió el anhelo de penetrar los pensamientos de su hija, donde se exhibían películas desconocidas, imágenes diferentes. La anciana tenía miedo de los hombres que estaban interesados en su hija sin que ella lo supiera. No sólo eran los nazis quienes se reservaban el derecho a robar, matar y mentir. La pobrecilla tenía granos, como una mujer que necesita un hombre; pero ella no se la confiaba a nadie, y por nada. «Debes ser tan astuta como un zorro, pequeña mía, fuerte como un tigre y variable como un camaleón. Nunca te rindas».

¿Qué clase de tormenta iba a estallar en las nubes que se cernían sobre la ciudad como si estuviera cayendo la noche? No lo entendía muy bien. «No me gusta que oscurezca. No me gusta que el día se acabe, que nada se acabe.

Y nadie sabe nada —pensó la madre—. Éste es ese día desconocido en que nadie sabe nada, cuando todo puede ser primero o último, último o primero».

—La película sobre las dos hermanas, todavía —respondió la taquillera—. En este momento están en el descanso. ¿Quieres que vaya a comprarte un helado?

—No, no; de todos modos lo hacen con agua y azúcar artificial. No te molestes, cariño.

La negativa de su madre fue como un explosivo lanzado al aire para destruir alguna otra cosa. Al menos una vez al día decía que cuanto más confías en la gente más rápidamente te engaña. Cuanto menos crees en alguien, mejor.

—No tienes polvos para lavar los platos —dijo finalmente—. Dámelos, me los llevaré de vuelta.

«¿Qué me ocurre? —se preguntó al ver la misma pregunta en los ojos de su hija—. ¿De qué tengo miedo, en realidad? ¿Qué me interesa de los demás? ¿Por qué tiemblo, si no me ocurre nada? Así ha sido durante seis años enteros —pensó—. Tal vez le echo la culpa de todo a los alemanes. Tenía miedo incluso antes. Pero no. Es como el eclipse de sol que los periódicos pronostican para la semana próxima».

—Nunca me gustó mucho este edificio. Todo es demasiado grande. Y este cine nunca me entusiasmó demasiado. El Morgenstern, adonde solía llevarte de niña, era más bonito. Y ni siquiera me gusta la mayoría de los programas.

—Yo me alegro de tener un trabajo decente —replicó la hija.

—¿Un trabajo decente? Sí, al menos tienes eso —admitió la madre.

—Aquí dentro se está calentito.

—Y no es peligroso; eso es lo más importante, mi pequeña.

—¿Recuerdas a ese joven alto y desgarrado, el que se mudó de nuestro barrio y solía venir por aquí a buscar salchichas? Estuvo hace un momento buscando a su hermano. ¿Por casualidad no te cruzaste con él cuando venías?

—¿El de los dientes grandes? ¿No está vendiendo periódicos?

—Sí, dice que está preocupado por su hermano. Dice que su hermano vio a Dios.

La madre pensó: «¿A comprar salchichas? Apuesto a que sé a quién venía a ver».

La taquillera rió. Cada uno tenía sus visiones. Ella tenía sus propios sueños secretos, pero en lugar de soñar durante la noche soñaba durante el día, mientras contaba entradas o dinero, o mientras estaba sentada a solas y comiendo, como ahora. Sus propios sueños impúdicos. Pero no podía hablar

de ellos a su madre. Ella se desmayaría de vergüenza, porque eran sueños prohibidos. No soñaba con los alemanes ni con la libertad; soñaba con hombres, y ella siempre estaba con ellos, pero iban más allá de los límites de lo que su madre permitiría. Era terrible imaginarlos, y le provocaban mareos de miedo. Quedaba completamente transpirada. Y eso no era todo.

Ecos de pasiones y pecados cruzaban su mente, ecos de naturalidad y vergüenza. Visiones de amor galante, aventuras románticas o explosiones de celos seguidas de timidez, vergüenza y secreta insatisfacción; desilusión e incluso odio, y en algunos momentos orgullo herido. Era una mezcla de las historias que había visto en el cine, pero era más que eso. En el fondo de una corriente de la que nadie sabía nada había algo que ella deseaba con ansia. Pensó en el coraje de una mujer. Por qué significa tantas cosas distintas. A veces soñaba que era un río con muchos afluentes, que fluía incesantemente pero nunca desembocaba en el mar..., tan sólo circunnavegaba el mundo y luego volvía a desembocar en sí misma.

—No, no he visto a nadie, y tampoco quiero. El dueño del cine, ¿está aquí?

—No tengo idea. No lo he visto —respondió la taquillera.

—Si no está, mejor. No me gusta cuando da vueltas por aquí —aseguró la madre.

Y pensó: «Cada día me preocupo más por ti. Cada hora. ¿Por qué? ¿Ha sido realmente así mi miserable vida? ¿No hay nada hermoso en la vida? ¿Sólo existe el temor eterno e infinito? ¿Por qué todo parece ajeno? Puedo ver el interior del estómago del propietario. Sólo tengo que pensar en él para volver a experimentar esa sensación. Los más ricos creen que el mundo entero está para servirlos. Son todos iguales», se dijo para sus adentros.

—Conmigo es muy amable —comentó la muchacha.

—¿Puedes confiar en su amabilidad?

—¿Por qué no?

—No olvides que una vez te acosó de una manera muy desagradable —le advirtió la madre.

Y pensó: «Tiene ojos de sapo. Nunca he visto ojos más horribles. Te miraba los pechos con tanta desfachatez como si te admirara, pero envidiaba tus hermosos pechos. Los hombres envidian muchas cosas de las mujeres. Conozco a los hombres de esa calaña, sé lo que quieren. Carne pura, inocencia, ternura. ¡Las cosas que he tenido que hacer por ellos cuando me pagaban para eso! Cuanto más dinero tiene la gente, más segura se siente de sí misma. Cree que puede hacerlo todo. Tienes que tener un estómago a toda

prueba. Ellos creen que una chica se traga cualquier cosa, literalmente cualquier cosa».

—No te preocupes —la tranquilizó la taquillera—. Entra. ¿Por qué estás siempre asustada? No te hace ningún bien —sonrió. Tenía dientes blancos y parejos. Su madre se había preocupado de que nunca necesitara un empaste—. Terminarás teniendo miedo de respirar.

«Él podría seducirte —pensó la madre. Observó cómo comía su hija—. ¿Y de dónde sacarías el dinero para una cura decente?».

—Hace años que no podemos llevar una vida normal —dijo en voz alta—. De eso se trata.

Y continuó pensando: «Todos disfrutan mucho matándose unos a otros. Siempre lo han hecho. Las personas son como animales, por eso se matan unas a otras. Sólo hay algunas excepciones, algunas personas que se respetan a sí mismas, como tú, mi pequeña. Como yo. La Biblia dice que todos fuimos creados a imagen de Dios, pero sólo de la cintura para arriba. Abre tus hermosos ojos azules, cariño, y verás todas las sombras que te acechan. Hitler y Mussolini y Kaltenbrunner y el señor Karl Hermann Frank. Y podría seguir al infinito. El mundo está trastornado y debemos intentar pasar por él sin que nos afecte, hijita. Por eso vivimos encerradas en nosotras mismas, mi tesoro, y nada de lo que ocurre afuera necesita de nuestra intervención. El mundo podría ser hermoso y, sin embargo, es terriblemente espantoso. Ya nadie ama a nadie. Por eso hay tantos que se suicidan, mi tesoro».

—¿En qué estás pensando? —preguntó la chica.

—No sé.

«¿Puedes decirme en qué momento de mi vida no tuve miedo de algo? Solamente cuando te alimentaba con la leche de mis pechos. Entonces sentía que en el mundo reinaba la paz. Mis pechos eran firmes y flexibles. Yo rebosaba amor. Pero en cuanto dejé de alimentarte, volví a tener miedo. Y otra vez el temor flota en el aire. Empezarán los asesinatos, pequeña. Ya están aquí. Algunas cosas son hermosas sólo cuando eres joven. Aunque la gente intente convencerse de que el juicio llega con la edad, no es así. El corazón se endurece, eso es todo. Sé lo que significa tener el corazón destrozado. Y sé qué lo destroza: una vida prolongada. La espera. El temor. Las esperanzas. Las mentiras. La verdad, tesoro mío. La pura verdad».

La madre se sentó en una caja que contenía letreros viejos. Miró a su hija como si estuviera esperando que pusiera un huevo.

—¿Por qué no descansas aquí un rato y después vuelves a casa y te acuestas? —sugirió la taquillera.

—¿Por qué voy a descansar? ¿De qué?

—Pareces tener fiebre.

—¿Por qué no comes, hijita? Te he traído esto caliente y estás dejando que se enfríe.

—¿Crees que éste es el día que hemos estado esperando? —preguntó de repente la taquillera.

No terminó la comida. Su madre siempre le servía más de la cuenta, como si pensara que al día siguiente no iba a poder comer. Volvió a colocar la tapa a la marmita y la ajustó con una banda elástica resistente. Frotó la cuchara con un paño de cocina que colgaba de un gancho. El paño tapaba un letrero en el que se veía el rostro del actor alemán Heinz Rühman. La segunda marmita, en la que su madre le había llevado la sopa de patatas, ya estaba vacía.

—Las personas son como animales —dijo la madre.

—Nunca se cansan de divertirse —añadió la taquillera.

—¿Siempre se agotan las entradas?

—Casi siempre.

—Está a punto de ocurrir algo —vaticinó la madre—. Pero tú no debes mezclarte en nada. Nunca le has hecho nada a nadie, y no quiero que te hagan nada a ti.

—El año pasado dijiste lo mismo.

—Está en el aire. El año pasado, este año, ahora mismo.

—Puede ser.

—Alguien dijo que el personal de la embajada británica se ha trasladado fuera de Praga. —La madre observó a la muchacha, estudió los movimientos de su boca mientras hablaba, y sus ojos, que la miraban. «¿Qué sabrás tú de corrupción?», pensó. «Afortunadamente para ti, nunca has tenido que sufrir lo que yo sufrí». Y los alemanes fingen no ver nada —agregó—. Como si Praga fuera una isla de tranquilidad. Una ciudad abierta, como dicen ellos. Una ciudad hospital a la que envían a los heridos a recuperarse. —La madre empezó a susurrar—: Como si hubieran olvidado todo, como si nadie recordara nada, sólo porque los alemanes están derrotados y su jefe ya no recluta a chicos de catorce años porque está muerto, y los que lo sustituyen los están apremiando y dándoles fusiles. Y siguen yendo al cine y creen que las operetas los sacarán del aprieto.

«Los alemanes son como los ricos —pensó la madre—. Creen que pueden hacer lo que quieren; no sólo matar, mentir y saquear. Cuando cree que ha logrado lo que quería, la gente hace cosas que normalmente no se atrevería a hacer».

—Cuando comience, lo lamentarán —prosiguió la madre en tono sereno. Tuvo que secarse la saliva de los labios. «Cuando su hija era pequeña», pensó, «aún se podía creer que todos nacían iguales, aunque las personas nunca son iguales, pero no eran peores sólo porque eran diferentes. Los alemanes le sacaron la idea de la cabeza a la gente, y ahora la gente empezará a sacársela de la cabeza a los alemanes»—. Ese día desconocido. Ese día largamente esperado...

«Incluso los diferentes terminarán matándose unos a otros», pensó.

La madre se estremeció y acarició el codo de su hija. La muchacha tenía brazos y dedos largos, y una piel suave. La madre pensó: «Podrías haber tocado el piano maravillosamente, mi pequeña. Ese día. Una parodia de alguien que durante seis años se ha sentido como en su casa con una pistola, una fusta o un bastón, enredándose con las furcias del lugar y azotando a quien le venía en gana».

En la calle del edificio que albergaba el cine apareció un soldado alemán, un hombre mayor, con el cuello irritado y en carne viva. Observó la taquilla.

—Tiene buen aspecto —susurró la madre.

—Pronto cambiará todo para ellos —opinó la hija.

—¿De dónde crees que viene?

El cuello del hombre daba la impresión de que habían intentado colgarlo y la soga se había roto. Se acercó al puesto de salchichas arrastrando los pies y pidió un perrito caliente. En ese momento apareció un segundo soldado. Éste pidió dos entradas y pagó con marcos. Era evidente que su colega lo estaba esperando a pocos pasos de la taquilla. Ambos observaron a la muchacha atentamente.

—Es un edificio bonito —dijo el primero.

—Claro, pero lo más bonito del edificio no es el cine —replicó el otro, y lanzó una carcajada a través de su estropeada dentadura—. La taquilla, la garita de la taquillera.

Su risa resultaba bastante agradable.

—Creo que será mejor que te espere —decidió la madre.

—Nadie intentará nada —la tranquilizó la hija—. Están mirando, nada más. Probablemente hace tiempo que no tienen compañía.

—Mientras venía hacia aquí, la gente estaba quitando los letreros escritos en alemán. Se subía a las sillas, a las escaleras y a las mesas para llegar a los más altos. En la plaza de Carlos había una multitud. —Y tras una pausa añadió—: Había un hombre, cerca de la Torre Negra, que gritaba que cada soldado que asesine nuestro pueblo este viernes por la noche valdrá por uno

de los nuestros asesinado por ellos. Creo que lo reconozco. Era uno de esos dos, ¿sabes a quién me refiero? Los dos son altos y desgarbados.

—¿Estaba la policía?

—No.

—¿Por qué no me lo contaste en seguida?

—Quería que primero comieras. Puse una cucharada de grasa de tocino para ti. Es buena para tu cutis, hijita. Vi algunos sujetos vestidos con chalecos de piel de conejo golpeando a un chico de las Juventudes Hitlerianas. Y había un hombre que gritaba que lo estaban haciendo por Sonitschka Vagnerova. Parecía el hermano de ese piernas largas.

—No me sorprendería que lo fuera —admitió la taquillera.

Estaba preocupada porque su madre no se lo había contado en seguida.

—¿Aquí está todo tranquilo?

—Mi jefe me dijo que se estaba formando una multitud. Que si quería, podía dormir en el guardarropa.

Su madre nunca le contaba nada, ni siquiera cuánto dinero tenía en su cuenta de ahorro.

—Espero que lo hayas rechazado.

«Eso es precisamente lo que él quiere —pensó la anciana—. Un hermoso trozo de carne fresca en el guardarropa». Sin duda, se había llenado los bolsillos durante la guerra, y todo porque la gente quería olvidar (al menos momentáneamente) y estaba dispuesta a pagar para divertirse.

—Espero que su ardor se haya aplacado —continuó la madre. Y pensó: «Tal vez éste es el día. ¿Cuántas veces lo he imaginado? Sin duda, al propietario le encantaría tomar un buen bocado, seguro». Le dijo a su hija—: Cuando la policía es amable, algo raro pasa.

—¿Puedes esperarme aquí? —preguntó la taquillera—. Ésas eran las últimas entradas. Ya están agotadas, las del entresuelo y las del patio de butacas. A los soldados no les importa que la película esté casi terminada. Voy a entregarle la recaudación al jefe.

—De acuerdo, cariño, pero ¿puedes dejar cerrado con llave? Y no te demores.

La muchacha cerró la ventanilla y la puerta. La madre se quedó dentro, pensando: «No quiero quedarme sola. Sé lo que significa quedarse sola. Sé lo que es la soledad, tesoro mío. Es como un calambre. Es como un dolor de cabeza insoportable. Es ese día desconocido. Ese día desconocido, el que crees que compensará todo lo demás, si eso tuviera algún sentido. ¿Qué nos deparará ese día? ¿Qué nos tendrá reservado?». Ella sabía lo que le reservaba,

aparte de las madres que perdían a sus hijos y los hijos que perdían a sus madres y sus padres, hermanos que perdían a sus hermanas y hermanas que perdían a sus hermanos. ¿Cuántos padres habían traicionado a sus propias abuelas por temor a que las autoridades pudieran demostrar que ellas tenían algo de sangre judía en las venas? ¿Cuánta gente había sido liquidada simplemente para alojar a los alemanes? Y después estaba el aspecto personal. Lo más personal de todo, algo que nunca revelarías a nadie.

La anciana, vestida con su traje de luto, se sentó encima del cajón lleno de letreros que había en la taquilla y esperó a que su cuerpo dejara de temblar.

2

La taquillera estaba de pie junto al hermano del joven alto. Observó la pistola automática alemana que él llevaba metida en el cinturón, de manera tal que sólo sobresalía la culata. El resto del arma quedaba oculto por la chaqueta abotonada. La muchacha fue a entregarle el dinero al propietario del cine, y cuando volvió contempló el callejón que desembocaba en la calle del puesto de salchichas y de la confitería de enfrente.

—¿Cómo está tu perro? —preguntó.

—¿Ley? Lo dejé en casa.

—¿Por qué no lo trajiste contigo?

—Está enfermo. No quiero que lo maten.

El hermano del joven alto sonrió, enseñando su reducida dentadura. Le había puesto ese nombre a su setter irlandés de tres años en recuerdo del asesinato de Heydrich, el general alemán de la policía secreta, a finales de mayo de 1942. Un camión alemán conducido por un borracho había atropellado a la madre del cachorro en pleno mediodía, de la misma manera que más temprano había atropellado a un famoso poeta judío cerca del Teatro Nacional.

El hermano del joven alto volvió a sonreír a la taquillera y se alisó el arrugado y peludo chaleco de piel de conejo.

—¿Cómo estás? ¿Todo va bien? —preguntó ella.

—Todo está bien —respondió.

—¿Cómo pudimos dejar que ocurriera?

—¿Cómo? Estábamos ciegos. No podíamos concebir los horrores que la gente comentaba en voz baja.

Pensó en el perro y se preguntó por qué el animal era tan fiel. Nunca se sentía del todo digno del cariño del perro. Y éste no escatimaba su afecto. Creía que el perro realmente moriría por él. *Ley* no era asustadizo. Abordaba a los desconocidos de frente, con mirada firme, sin ceder terreno jamás. *Ley* observaba en silencio todos los movimientos del hermano del muchacho alto, incluso cuando dormía. Si el joven se movía, el perro abría los ojos y lo seguía con la mirada. Aquél nunca podía irse demasiado lejos, porque *Ley* no permitía que los separase una gran distancia. Se levantaba, se estiraba y, se dejaba caer otra vez a su lado, protector y satisfecho.

—Tienes muy buen aspecto.

—Gracias. Como puedes ver, mi suerte se acaba ahí. La taquillera observó al hermano del muchacho alto y pensó que el perro era una extensión de lo satisfecho que estaba de sí mismo. Le gustó este rasgo del perro, pero se preguntó por qué tan pocas personas tenían esa cualidad. En ocasiones el joven se sentía avergonzado ante su perro porque era tímido y asustadizo y retrocedía cuando le hacían frente, hasta que lo provocaban de verdad. Pero entonces solía ser demasiado tarde y descargaba su ira a solas, a diferencia de *Ley*, que expresaba su furia desde el primer momento. Era extraño, pensó la muchacha: él podía controlar el destino del perro, pero no el propio.

—¿Y si es demasiado pronto? —le preguntó ella al hermano del joven alto.

—A uno de ellos se le escapó —aclaró—. Le dieron una verdadera paliza. Yo fui el primero en llegar.

—Mi madre te vio.

—Yo no la vi —respondió, mirando a la taquillera con sus ojos oscuros.

—Tu hermano estuvo aquí, buscándote.

—Yo estaba en la calle Bredovska, cerca de ese palacio judío donde está la policía secreta, el cuartel general de la Gestapo. Están preparados para atacarnos. Desalojaron a los inquilinos de los mejores apartamentos y los convirtieron en nidos de ametralladoras. Están armados hasta los dientes.

—Él estuvo aquí con el propietario. Buscaba los planos del edificio. Quería conocer el trazado del sótano.

—Yo lo envié aquí. Quizá le entendí mal. Pensé que me esperaba.

—Estaba un poco nervioso. Dijo que habías tenido una visión de Dios.

—Ésa no es la única visión que tuve, pero fue la más poderosa.

—¿A qué te refieres?

—Es como un incendio; se propaga de una persona a otra. Hablo en serio. Es como una enfermedad, pero une a la gente en lugar de dispersarla. Por

casualidad, no sabrás dónde lo enterraron, ¿no? En los periódicos no leí nada sobre un funeral. Sólo decían que murió en su refugio subterráneo. Debieron de caerle encima millones de toneladas de hormigón. Toneladas de roca y granito.

—No tengo ni idea.

—¿Encontraron esos planos?

—Sí. Se los dio el propietario. Después tu hermano se fue. Estaba ansioso por encontrarte. Dijo que si yo te veía, tú sabrías dónde estaba.

—Tuve un sueño. Tú estabas en tu cine. Me vendías una entrada de palco. Ella se quitaba la estrella. Nos cogíamos de la mano. Ella era tan hermosa como una Venus y tan serena como un volcán apagado. Me decía que cuando hubiera terminado la película fuera a la casa de la fachada de mármol, la casa en la que vivían hasta que llegó Hitler. Me decía que ella iría primero y se prepararía. Antes, siempre se había mostrado muy distante. Pero cuando quise tocarla..., quiero decir en el palco, con el terciopelo rojo..., ella me apartaba la mano y me decía que no lo hiciera, me decía: «Vaya lío». Eso es exactamente lo que me decía: «Vaya lío». ¿Tú crees que estoy bien de la cabeza?

—Creo que puedes deducirlo por tu cuenta —respondió la taquillera riendo.

El hermano del joven alto llevaba puesto un chaleco de piel de conejo sin curtir. Hablaba, igual que antes, de Sonitschka Vagnerova. Estaban de pie al final del callejón. Algunos jóvenes vestidos con el mismo tipo de chaleco estaban destrozando el escaparate de la confitería de enfrente. Cogieron un letrero en el que se leía «No se admiten judíos». Lo pusieron del revés, y uno de ellos escribió en la parte de atrás: «Viva la república libre. ¡Mueran los cerdos alemanes!».

—Eso es —afirmó el hermano del muchacho alto—. Eso es exactamente lo que escribieron sobre gente como Sonitschka Vagnerova, salvo que ahora es al revés.

«En pocos minutos la confitería quedará hecha una ruina», pensó.

—Tengo la sensación de que esto no tiene nada que ver conmigo —comentó la taquillera—, pero no porque no lo quiera.

—Me gusta verlo. Es como si hubieras estado furioso contigo mismo durante mucho tiempo y, de repente, te das cuenta de que ya no tienes por qué estarlo. Espero no volver a tener nunca la capacidad de estar tan furioso como ellos.

—Tendrías que ir a buscar a tu hermano para no perderlo de vista —sugirió la taquillera.

—¿Puedo usar el lavabo para arreglarme un poco?

—¿Sabes dónde está?

La taquillera oyó voces en el dormitorio de los ferroviarios. La sala del tribunal, en el piso de arriba, probablemente estaba vacía.

—Lo están haciendo también por ella —dijo el hermano del muchacho alto.

—¿Por quién?

—Por Sonitschka Vagnerova.

La taquillera intentó averiguar a qué se refería. «No debo sentirme celosa», recordó.

—Y por cada uno de los que humillen o azoten a partir de ahora —añadió el joven—. Por aquellos a los que les roban lo que han conseguido con toda una vida de trabajo, o les niegan sus derechos. Por las ocasiones en que vuelven a la madre de un individuo en contra de él, o al padre de otro. O le mienten a alguien, roban y asesinan sólo porque lleva gafas o es débil y enfermizo. Pueden hacer pedazos la confitería, si quieren.

—¿Era esa chica bonita que hablaba como un cavador de zanjas?

—No puedo quitarme de la cabeza el día en que se los llevaron. Abandonaron esa casa de la fachada de mármol. Tenían un negocio de coches usados.

—Ella era una persona muy práctica, lo recuerdo.

—Durante dos años y medio, desde el 13 de noviembre de 1942, estuve vigilando esa casa, por si regresaban. En ese palco para el que nos vendiste las entradas me apreté contra ella. Sobre todo anhelo su cálido vientre.

En ese momento, la confitería había sido saqueada y empezaban a destruirla. Uno de los jóvenes arrojaba las sillas unas contra otras. Todos gritaban. La taquillera miró las frases que habían escrito en la parte de atrás del letrero. «Mi madre tiene razón —pensó—. Somos todos animales».

—¿Crees que una chica que vive en una casa con techo de tejas es adecuada para un chico de un barrio bajo?

—Cada vez que lo recuerdo me parece que es como llamar «señorita» a un perro, pero no importa.

—Espero que logres encontrar a tu hermano —dijo la taquillera en tono casi malhumorado.

—Incluso puedo decirte dónde se supone que está: al otro lado del río, junto a las vías.

Ella volvió junto a su madre. El hermano del muchacho alto se fue, y lo último que dijo fue que nunca había visto unas sillas tan destrozadas. Pensó en las cosas que se le habían presentado durante la visión, para él tan real como aquellos chicos vestidos con chalecos de piel que estaban destrozando la confitería, y le llevó a su hermano una pistola para demostrarle que mientras uno de los dos estaba consiguiendo los planos del sótano, el otro había estado reuniendo un arsenal. Sabía lo que su hermano le había contado a la taquillera.

Pensó en dos cosas. La primera fue que desde el momento en que la derrota nazi era segura, los alemanes habían elegido alimentar sus propias ilusiones.

Hitler había impartido órdenes para que el ejército alemán se dividiera en dos sectores. El del Norte al mando del almirante Doenitz, y el del Sur encabezado por el mariscal Kesselring. A ambos se les advirtió de la posibilidad de un conflicto entre los ejércitos norteamericano y ruso por el dominio de Alemania. Necesitaban un espacio que pudiera ser defendido hasta que los aliados empezaran a combatir entre sí. Crearon las que denominaron Fortaleza Nacional Alpina y Zona Bohemia. En Bohemia no había línea de demarcación, y ése podía muy bien ser uno de los motivos del conflicto.

La otra cosa en la que pensó fue en cómo se había apretado contra Sonitschka Vagnerova en el cine y en que ella había dicho «Vaya lío».

Soñó que había comprado ropa interior para Sonitschka Vagnerova, como las que había oído decir que los amantes compraban a sus favoritas. Pero en su sueño sólo tenía una idea confusa del tipo de ropa interior que debía escoger.

Pensar esa clase de cosas lo hacía sentirse acalorado, como si estuviera deslomándose en un pozo subterráneo de algún lugar de Venezuela, a setenta grados de temperatura Celsius. Era allí donde debería estar cualquiera que tuviera una Sonitschka Vagnerova en su conciencia. Y también cualquiera que permitiese que sucediera esto, que fingiera no saber lo que estaba ocurriendo. Entonces tuvo una visión de Dios. Para compensar los seis años que ellos llevaban aquí, serían enviados a trabajar como burros en esos pozos de extracción venezolanos, vestidos tan sólo con su ropa interior.

—Es tarde —le dijo la taquillera a su madre—. La última sesión está a punto de terminar. Tendremos que dormir en el dormitorio de aquí abajo —añadió después—. Allí hay alguien del ferrocarril a quien conocemos. No quiero arriesgarme a volver a casa a oscuras.

—Me alegro de oírte, hijita. Pero ¿crees que nos permitirán quedarnos?

—No te lo puedo asegurar, pero supongo que sí —repuso la taquillera.

—¿De dónde sale tanto ruido? Parece un generador de algún lugar del sótano.

Durante la noche, la taquillera tuvo la impresión de que su madre buscaba el lavabo, pero no supo si había sido un sueño o si realmente su madre se había levantado. Estaba bastante segura de que el «día desconocido», del que su madre siempre hablaba, ya había comenzado. Antes de irse a dormir recordó la confitería. De ella sólo quedaban astillas. Y también recordaba el letrero: «Mueran los cerdos alemanes». Desde afuera le llegaban las ráfagas intermitentes de los tiroteos y el ruido del gentío que avanzaba por la calle. «¿Por qué no me he casado todavía?», se preguntó mientras se quedaba dormida. Entonces tuvo tres de sus sueños, aquellos de los que nunca le hablaba a nadie: sus sueños impúdicos, sus impúdicas visiones. Nunca se había creído capaz de semejantes sueños. Cada vez que pensaba en ellos sentía que la sangre se le agolpaba en la cabeza.

En el primero, el hermano del muchacho alto la estrechaba entre sus brazos. Eso era antes de haberla cambiado por Sonitschka Vagnerova, que ya no estaba viva. Y él le decía: «Sé lo que quieres, lo que quiero yo, lo que quiere todo el mundo. A veces ocurren tantas cosas, que el amor se pierde».

Luego el hermano del muchacho alto añadía: «Siento que estamos juntos aunque no estemos juntos y quizá, dado que los alemanes han liquidado a tanta de tu gente en los campos, no podamos estarlo. Tu nombre me basta para darme calor, cuando pienso en él o lo pronuncio en voz alta. Sonitschka Vagnerova. ¿Puedes oírme, Sonitschka Vagnerova?». De repente, esa muchacha apenas conocida, tan sólo de vista, adquiriría voz, pero ya no tenía rostro. ¿Cómo era su rostro? Era bonita, no cabe duda. Y también iba bien vestida.

Entonces Sonitschka Vagnerova le respondía al hermano del joven alto, diciéndole que no tendrían que haber destrozado la confitería; y que ella jamás había dicho, ni siquiera en los campos, que todos los alemanes fueran unos cerdos, como si se hubiera hecho justicia simplemente poniendo del revés el letrero que rechazaba a los judíos, y garabateando obscenidades de otro tipo en la parte de atrás.

Se sintió como si hubiera sido alcanzada por una maldición invisible a causa de algo que su madre había hecho antes de que ella naciera.

Su segundo sueño era sobre una mujer fea y gorda. Una noche, tres hombres se acercaban a su puerta. El primero decía: «Tengo dinero suficiente para pagarte y que lo hagas todo». La mujer respondía que primero él debía hacer algo por ella. El hombre pensaba que no le había ofrecido lo suficiente y le metía un rollo de billetes entre los pechos. La mujer reía y se levantaba la blusa por encima de la cabeza, se lamía los labios y pedía más dinero. Luego le decía a él lo que quería. El hombre se negaba. Ella decía que no podía obligarlo, pero que si se iba nunca sabría lo que se había perdido. Entonces él se iba.

El segundo hombre preguntaba cómo había sido. «Maravilloso», respondía el primero. Y lo mismo le ocurría al segundo joven, a quien ella también rechazaba. Entraba el tercero, un hombre mayor que estaba contento de que ella le contara historias. La taquillera era la única que conocía todos los detalles: las palabras que se pronunciaban y las cosas que ocurrían, y el rostro arrugado del hombre que había recurrido a ella para conseguir lo que no podía conseguir. Siempre eran los viejos los que querían que ella les dijera cómo vivir y cómo morir. ¿Quién puede culparlos por no querer morir, si han conocido la vida anterior a la guerra? ¿Cómo pueden saber que no están dispuestos a pagar, ni con dinero ni con una parte de sí mismos? ¿Cómo van a descubrir que el agua está mojada si no la tocan? Pero ella reía sólo con los labios, no con los ojos, que parecían los de un cochinillo, limpios gracias a la lluvia fresca. «Todos pensamos que el mundo está hecho para nosotros; no recordamos que el mundo ha estado pidiendo siempre los mismos favores».

Sus ojos eran severos, como si expresaran diez mil años de sabiduría, furia y vergüenza. «¿Qué saben de la pasión que puede destruir a una persona silenciosamente y en secreto?».

En su tercer sueño veía un agujero rojo. La calle era estrecha, estaba abierta hacía mucho tiempo. Las parejas paseaban por las aceras, leyendo letreros de invitación, y deteniéndose de vez en cuando. Nada para comprar, se les dijo, pero mucho para ver, chicas, hombres, actos que jamás olvidaréis.

La muchacha despertó y no pudo dejar de pensar en su madre cuando era una mujer joven, en cómo era estar allí, cómo era la mañana siguiente cuando la cruda e implacable luz del día entraba por la ventana e iluminaba los ángulos del rostro.

Los sueños eran la libertad de la taquillera, tan infinita como un desierto, un mar, un cielo nocturno tachonado de estrellas.

Así como ella era un sueño viviente para su madre —un sueño de cosas que podrían ser alcanzadas o de maneras en que podría determinarse el destino—, sus sueños eran sus propias pasiones secretas. Se provocaban y se alimentaban mutuamente, como si fueran carbón o madera, o un incendio en un yermo, encendiendo un arbusto tras otro, un árbol tras otro.

Finalmente, una imagen invadió la mente de la muchacha, como cuando había comenzado el tiroteo. Lenguas azules y rojas le lamían los ojos y luego sentía explosiones rojas en su interior. De repente, el rojo se convertía en amarillo. Tuvo la impresión de que algo la levantaba y la empujaba hacia el cielo raso, como si fueran sus propias manos, aunque ya no podía sentir las. Lanzaba un grito mudo. Cuando por fin los colores se habían desvanecido, todo quedaba negro. Pero era un negro blando, como el terciopelo, como una caricia. Y cuando se despertó, sintió que era mayor que cuando se había ido a dormir.

Se sentía sola, incluso con sus sueños. Su madre no estaba allí. Tenía miedo de cómo su madre consideraba su cuerpo. No la hacía sentirse bien. Y pensó en el salón de masajes que habían clausurado. ¿Quién podía saber si era sólo a causa de que el administrador no había pagado el alquiler durante la guerra? ¿Qué ocurría allí? ¿Podía ella imaginarlo?

En una de sus fantasías se encontraba en una habitación del piso superior del edificio, desde donde podía contemplar una vista nocturna de la ciudad. La habitación contenía una cama y un catre. El hombre, a quien había conocido en la taquilla cuando él se acercó a comprar entradas, estaba tendido boca arriba y ella se encontraba sentada en un banco, y detrás de ella había una muchachita arrodillada, cepillándole el pelo. No ocurría nada. En la radio sonaba una sencilla canción que hablaba de la mañana del domingo, cantada por unas niñas. En el espejo del cielo raso vio la imagen de las velas parpadeantes y de tres personas que no se conocían y, sin embargo, eran amigas íntimas.

Ella sabía que en el antiguo salón de masajes había existido una habitación como ésa; en una ocasión, el dueño del cine se la había enseñado. ¿Era posible que él la envidiara, como afirmaba su madre, porque ella era joven? Y una vez había oído realmente una canción como aquélla, en la que las chicas hablaban de la mañana del domingo, y había sentido deseos de llorar.

Desde afuera le llegaban ruidos de disparos. Parecían de pistola o de fusil. En algún lugar sonaba una ametralladora. Algo parecía estar ocurriendo también en el cine. Quizá las mujeres de la limpieza habían llegado temprano.

Los ferroviarios iban y venían. Los trenes llegaban y salían de acuerdo con el horario previsto, como si no ocurriera nada fuera de lo normal. Pero el superintendente había cerrado el dormitorio. En el callejón también había cierta excitación.

La taquillera pensó en el hermano del muchacho alto y en Sonitschka Vagnerova. Relacionó esto con lo que en ocasiones pensaba acerca de la diferencia que los hombres y las mujeres tenían entre las piernas. Le resultaba extraño. Su madre estaba asustada, pero tenía sus motivos. Todos tienen miedo. «El mundo está llegando a su hora final y yo estoy pensando en eso».

Además, lo que la disgustaba le proporcionaba placer al mismo tiempo. Deseaba, más que nada, tocar —aunque sin daño y sin peligro— un mundo extraño e incomprensible, tocarlo tan íntimamente como ella era tocada por sus propias sábanas. Sintió que las puertas del paraíso se habían abierto para ella y descubrió que esas mismas puertas eran también las del infierno. Por cada árbol que destruyas, salva uno, como había aprendido en las clases de religión. Había aceptado dormir con su nuevo conocimiento en la esperanza de que los sueños impúdicos volverían a ella, sin tener en cuenta a la vida de quién pertenecían. Y después estaba lo que el muchacho alto le había revelado a su hermano: que había querido perder su sexo, la fuente de todos sus sufrimientos.

El muchacho alto solía ir a la calle Pequeña Karlova a mirar un mural de un monje que resolvía un problema similar amputando el órgano ofensor que tenía entre las piernas y arrojándoselo a los perros.

La taquillera pudo imaginar su propia imagen en las paredes de los edificios por los que solía pasar, aunque ella no tenía nada que arrojarle a los perros, salvo sus temores, sus terrores y su vergüenza. Se enfrentaba a sus preguntas no contestadas del mismo modo que los miopes se enfrentaban a sus ojos defectuosos. Cuando se quedaba dormida —y dormía profundamente, sin sueños, en un reposo vacío que no le daba nada y, sin embargo, avergonzaba su corazón—, la acompañaba la música: un vals del primer acto de *La Traviata*, tan triste y hermoso que sentía deseos de llorar, o un aria de *Rigoletto*.

«¿Dónde está mi madre? ¿Qué hora es? Tal vez se ha ido al cuarto de baño. Ha dejado los zapatos aquí. No puede haber ido a la calle en calcetines.

»Me gustaría amar. Me gustaría tener mi primer amor, aunque fuera el primero y el último amor. Un amor —cualquier amor—, un amor a primera vista o un amor sereno, o tal vez un amor borrascoso, para que los hombres tuvieran que hacer un esfuerzo por mí. Él comprendería mis señales más

secretas y querría seducirme, cortejarme, protegerme, luchar por mí. Quiero pertenecer a alguien, estar junto a alguien, y tenerlo a mi lado. Amar a un hombre más que a mi propia vida».

4

La madre de la taquillera avanzó por el corredor y llegó a la salida de emergencia del cine, donde había visto una luz. Al atravesar la puerta vio a dos empleados de pie en el podio, junto al telón, en el lado del público. Al otro lado del telón, del que colgaba la pantalla, había un grupo de personas, algunas de uniforme y otras vestidas de paisano. Un hombre mayor hablaba al grupo. En las butacas destinadas al público había varios soldados alemanes desertores que llevaban las manos atadas a la espalda. La anciana observó la escena sin comprender. Los dos ordenanzas estaban lo bastante cerca para que ella pudiera oír lo que decían, aunque no podían verla. Decidió quedarse y mirar. Otros dos soldados custodiaban a los prisioneros. Salvo por el hecho de que los de un grupo estaban atados y los del otro llevaban metralletas, no había ninguna diferencia entre ellos.

—Puedes apoyar el banco aquí un momento —dijo el primer empleado con fuerte acento sudeste. Estaba sucio de pies a cabeza.

Las únicas luces encendidas eran las de seguridad. Una corriente de aire llegaba desde alguna ventana invisible de algún hueco de ventilación. El empleado añadió:

—Oh, Dios, ¿qué se les ocurrirá ahora? Toma, sujétame esto.

Su voz era profunda y ronca. No prestaba atención a los desertores ni a sus guardianes, como si no le interesaran lo más mínimo.

—*Dreckscheisse* —dijo el segundo hombre—. Todos somos *Tiermenschen*. Mira a tu alrededor. Será mejor que nos demos prisa y nos larguemos de aquí. Cuanto antes terminemos esto, mejor.

—¡Ya lo creo!

—No tiene sentido hablar más de la cuenta. Son estúpidos. No puedes mezclarte con ellos. Están usando una cuña para sacar otra, y nada los detendrá. Todos somos *Menschentiere*, como te digo. Y no habrá ninguna diferencia mientras las cosas estén en sus manos. ¿Sabes lo que ocurre en nuestra propia tierra? Las panaderías de Berlín son saqueadas. Algunos soldados están organizando unidades suicidas Wehrwolf en todo el territorio

del Reich. Los norteamericanos capturaron las reservas de oro alemanas que se custodiaban en las minas de sal de Turingia.

—Eso me recuerda que al principio solíamos cavar esas zanjias para el ensilado —comentó el primer hombre—. ¿Has leído *Schwartze Korps*? No tiene sentido resistir militarmente, pero la idea debe seguir viva a cualquier precio.

Dejó el banco donde estaba, sabiendo que mientras no levantara el extremo, su colega no podría trasladarlo por sus propios medios.

—Salvo que no eran zanjias de ensilado. Al principio eran fortificaciones, luego fueron sepulturas. Y tenemos millones de hombres nuevos en este sector. ¿Adónde iremos a parar? Pero eso no significa que no vaya a tener cuidado. ¿Qué crees que harán con todos esos individuos que están al lado del guardarropa?

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió el primero, pero ambos conocían la respuesta. Lo que no sabían era cómo.

—Si logran reunir a tres oficiales de la *Wehrmacht* o de las SS, tienen derecho a condenarlos por lo que quieran, y sólo quieren una cosa. Tienen al viejo. Estaba durmiendo en el piso de arriba. Es el juez.

Empezó a silbar *Der Elefant von Indien*.

—¿Por qué no lo hacen en el piso de arriba?

—Saben que en plena noche no habrá nadie paseándose por el cine.

Esta vez silbó *Kann das loch nicht findien*.

La madre de la taquillera observó a los soldados alemanes maniatados que se encontraban en la sala, junto al guardarropa; luego miró el banco de roble. Había muchos desertores. Sintió un zumbido en los oídos: otra vez el generador del sótano.

—Coge tu extremo —sugirió el segundo empleado.

—De acuerdo.

—Tómatelo con calma; la escalera es estrecha y no quiero quedar lisiado después de haber llegado hasta aquí. Todavía hago planes para volver a casa.

—De acuerdo; lo trataré como a la emperatriz china —aceptó el primero—. ¿O era japonesa?

Se trataba de un pesado banco de roble en el que cabían doce personas.

La madre miró al anciano que estaba en el escenario, y que apretaba una borla dorada que formaba parte de la polvorienta cortina azul. Ella sintió que la medianoche se instalaba en su alma. Como si el eclipse de sol que anunciaban los periódicos ya estuviera aquí. Contempló a los empleados que movían el pesado banco de roble con toda facilidad, como si de un juguete se

tratara. Ambos eran como caballos de tiro. El segundo empleado había dejado de silbar.

El anciano vestido con traje verde de cazador, el juez —que probablemente tenía una vivienda privada en el piso superior—, miró a los ordenanzas que trasladaban el banco hasta el escenario. Éstos ya habían instalado una mesa y dos sillas de brazos. El anciano llevaba pantalones bombachos y calcetines blancos de lana. No parecía un juez, aunque ésa era su profesión; evidentemente, se había preparado para marcharse. Quizá realmente iba a cazar.

Menschentiere, repitió la madre de la taquillera. Ésa es una palabra alemana. *Menschentiere. Tiermensch. Tiermenschen*. ¿Qué querían hacer con los soldados? ¿Por qué llevaban las manos atadas a la espalda? Se estremeció. Podía imaginarlo fácilmente. Los matarían, porque los desertores ya no están interesados en *Lebensrarium*; sólo quieren volver a su casa. No quieren dispararle a la gente que no les hizo nada, ni siquiera a los que tienen la culpa de todo. Los dos hombres a los que había oído hablar eran nazis convencidos, y no sólo por sus uniformes y sus insignias. La mujer se sintió abrumada por una sensación de pánico.

El anciano tenía aspecto frágil y, aunque estaba erguido, daba la sensación de que era incapaz de mantener el equilibrio. La expresión del primer empleado parecía decir: «Dios, ¿por qué nos están metiendo en esto? En este momento, nadie en su sano juicio querría tener nada que ver con esto. El viejo probablemente no puede limpiarse el culo y tirar de la cadena sin la ayuda de alguien. ¿Y se supone que nos cuida a nosotros?».

—Bájalo un poco y yo lo levantaré de este lado —indicó el segundo empleado.

El anciano buscaba algo en un maletín abierto, un maletín grande y alto, como los que utilizaban los ferroviarios para llevar la ropa y la comida. De su interior sacó una carpeta con planos. Éstos mostraban sótanos y pasillos, los almacenes del tercer piso en los que guardaban los muebles, y ventanas que daban a las esquinas de la calle. Los empleados sabían perfectamente dónde poner el banco. Ahora el maletín negro estaba abierto junto al anciano vestido con traje de caza. Al segundo empleado también le resultó imposible no mirar al anciano y pensar: «¿No se da cuenta de que el nivel del agua está subiendo, y de que esas botas que lleva no podrán salvarlo? Parece preparado para irse de gira a la montaña. ¿No sabe que el sepulturero tiene una tumba preparada para él no muy lejos de aquí, que las campanas ya están doblando?».

El segundo empleado, bastante robusto y no tan sucio como el primero, sonrió respetuosamente al anciano.

El anciano se pasó los planos a la mano izquierda, como si se preparara para señalar algo con la derecha. Pero no tenía nada que ver con ellos. Le hizo señas con el dedo a una secretaria del tribunal, que parecía acabar de levantarse de la cama. Se la veía cansada y despeinada, con la cara hinchada. Ya era más de medianoche.

—Sí, señor —dijo el primer empleado con voz ronca.

—Voy a cambiarme —explicó el anciano.

La madre de la taquillera tuvo que hacer un esfuerzo para poder oír. El anciano miró su reloj, grande y con una cadena de oro que colgaba de los ojales de su chaleco. Le dio cuerda y volvió a guardarlo en su bolsillo con mano temblorosa.

—¿Quiere arreglar esto, señorita, por favor? —añadió el anciano dirigiéndose a la secretaria—. Estos dos hombres robustos estarán encantados de ayudarla en lo que necesite.

«El general ya tendría que haber llegado», pensó. Pero no quería revelar su nerviosismo. Se acercó a una silla de un rincón y recogió su toga negra. En cuanto tocó la tela, pareció desvanecerse su apatía.

El empleado robusto se sentó en el borde del escenario y balanceó las piernas atrás y adelante sobre el suelo cubierto con una gastada alfombra roja. Fingió no ver las filas de asientos llenos de soldados. Cada vez que los dos empleados llevaban algún mueble al escenario, entraban por la izquierda para evitar el guardarropa.

—Tal vez no deberíamos darle tanta importancia a todo esto —comentó el primer empleado en tono sereno.

—La vida no consiste en lo que uno desea, sino en lo que uno debe hacer —apuntó el segundo—. No en lo que uno espera, sino en lo que le han ordenado.

—Sí, pero ¿ahora?

—¿No oíste los disparos ahí afuera?

—Es otra cosa lo que oigo.

El anciano le estaba explicando algo a la secretaria, que escuchaba con expresión agria. Él le estaba hablando con voz suave de la inflexibilidad que está en la base de todas las cosas.

—Podemos hacer cualquier cosa, señorita —le recordó, como si pensara que ella podía dudarlo—. Tenemos razón, y lograremos lo que nos

proponemos. Debemos exigir inflexibilidad, señorita, inflexibilidad y nada más que inflexibilidad.

—Olvídalo —sugirió el primer empleado un momento después, mientras pasaba junto a la anciana, cuya presencia no sospechaban, o no les importaba—. Hace tiempo que tendríamos que habernos largado.

—¿No has oído decir que los alemanes no mueren en la cama? —preguntó el segundo con una sonrisa.

—Eso podría ocurrir esta noche, si no mañana.

—Ten cuidado de que nadie te tome la palabra.

—Ahora mismo me conformaría con una patata fría.

—Vayámonos antes de que a alguien se le ocurra que hagamos alguna otra cosa —propuso el segundo.

—¿Sabes lo que vi en el guardarropa? —preguntó el primero.

—Sea lo que fuere, no me interesa.

—Dos maletines de esos que usan los médicos.

—¿Y qué?

—¿Para qué necesitan un médico?

—¿Cómo voy a saberlo?

—No me gusta —dijo el primero.

La madre de la taquillera los observó mientras se acercaban a la escalera por la que habían bajado el mueble. Hablaban en alemán, de modo que sólo les entendía vagamente. Ellos fingían no ver a los soldados. Éstos permanecían inmóviles. De todos modos, con las manos atadas no habrían podido moverse demasiado, pensó la mujer. «Oh, Dios, Dios, flota en el aire, y lo que flota en el aire es la muerte. No tendría que haberme enterado. No deberíamos habernos quedado, y yo estoy preocupada por mi pequeña, por eso no quiero quedarme aquí y tampoco quiero irme. ¿Por qué estoy siempre tan asustada? Y si no es la muerte lo que me da miedo, entonces es la vida». Su piel estaba surcada por arrugas que no tenía el día anterior. Desde su escondite observó el escenario. Con su traje verde de cazador, el anciano le recordaba a Caperucita Roja. «La noche se ha apoderado en algún lugar del Sahara. Así que mi día ha comenzado, por fin». Pensó en la época en que habían llegado los alemanes, y los periódicos decían que habían pasado los tiempos en que cualquiera podía atacar a los ciudadanos alemanes indefensos y pensar que saldría bien librado. También había leído que en los sótanos de la línea Maginot estaban cultivando champiñones para los alemanes. Y esas famosas fotografías en revistas como *Der Stuermer* y *Der Angriff*, o *Der Adler*. Los alemanes habían escrito que sólo quienes habían sufrido una

derrota justa podían tener ahora la audacia de exigir la paz. Pero lo habían escrito hacía mucho tiempo. Realmente debía de haber un generador que zumbaba en algún lugar, debajo de donde ella estaba.

La secretaria escuchaba en actitud impaciente lo que el anciano le decía. Tenía nariz grande, y su aspecto era casi el de una judía. Era huesuda, pero rellenita. Probablemente le resultaba difícil engordar con una dieta a base de lentejas y café, pensó la madre de la taquillera. «No es tan bonita como mi pequeña, a quien he cuidado durante toda la guerra».

El anciano chasqueó los dedos y movió su temblorosa barbilla en dirección a la secretaria. Ella observó rápidamente a los soldados que llevaban las manos atadas a la espalda. Iban vestidos con uniformes alemanes e insignias que representaban diversas ramas militares. La mayor parte de ellos tenía aspecto desaliñado. Lo que el anciano dijo no sonó tan importante como él pretendía, pero la madre de la taquillera no había podido oírlo, excepto cuando él levantó la voz.

—¿Quién llevará las actas? ¿Usted? —le preguntó finalmente el anciano a la secretaria—. ¿Dónde están esos dos forzudos que se supone que deben traerle una máquina de escribir? ¿Se han ido? Tal vez piensen que necesitamos más sillas. —Se volvió hacia algunas personas que se encontraban detrás del telón. Por el sonido de sus voces, la madre de la taquillera dedujo que se trataba de una mujer y de un oficial. El anciano les dijo—: Lo que el Führer ha dicho... Cualquiera que se opusiera o incluso aprobara medidas perjudiciales para nuestra capacidad de resistencia, es un traidor. Debe ser fusilado o colgado sin demora. Aquí tengo también mi *Der Panzerbar* del lunes pasado. Dios nos protege en nuestra defensa del Reich. *Noch etwas, meine Herren. Jetzt müssen wir uns aushelfen und vorlaufig die Tage des Ruhmes vergessen. Solange jedes unser Haus, jede unsere Wohnung und jedes Fenster eine Festung sist, so werden wir hier stark sein.*

La madre de la taquillera sólo entendió unas pocas palabras.

La mujer llevaba calcetines de algodón. Ni el más mínimo gesto de su rostro delataba sus sentimientos. Debía de tener unos treinta años. Le dijo al anciano que era abogada. Añadió algo más y luego anunció:

—Señor presidente, estoy aquí voluntariamente. —Explicó que en la estación principal había visto los cuerpos de familias alemanas que habían sido fusiladas y, afortunadamente, agregó, también cadáveres de bandidos. Habían sido asesinadas unas doscientas personas de ambos bandos—. *Ich wollte sie darum bitten, das ist das Gebot diesser Stunde.*

Llegaron varias personas vestidas con ropas de paisano, acompañadas por un hombre con uniforme de coronel de las SS. Éste debía de ser el jefe de la unidad médica, porque el juez se dirigió a él utilizando la expresión «Herr Doktor». Estrechó la mano a los civiles y saludó al otro oficial al estilo militar. Los dos civiles tenían puestas gorras con cintas de cazador, y los oficiales llevaban carteras. El médico pidió que le llevaran los dos maletines que estaban en el guardarropa. Los civiles se pusieron las insignias del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista. No habría sido una buena idea llevarlas puestas por la calle.

La secretaria llamó a los dos empleados y les pidió que trasladaran la máquina de escribir junto con los maletines del médico que estaban en el guardarropa. Luego les hizo ir a buscar otra mesa. El juez miró a los presentes con expresión satisfecha. El cuello blanco le quedaba un poco apretado. Su cuello era arrugado, como el de un gallo viejo.

—Cierre la puerta —ordenó uno de los hombres vestidos de paisano a uno de los empleados, señalando el lugar donde se encontraba la madre de la taquillera.

Resultó que entre los civiles se encontraba un general, también sin uniforme, lo cual debió de resultar extraño a los dos oficiales presentes. El juez inclinó la cabeza y le dijo «Herr General», como si al pronunciar el título lo estuviera armando caballero. Su voz revelaba una mezcla de nerviosismo y respeto.

—Hemos instalado unidades de defensa de la policía para que monten guardia en lugares estratégicos, señor presidente.

—*Jedem das seine* —dijo el anciano. A cada uno lo suyo—. Me he enterado de que la estación y las vías de acceso a la ciudad nos han costado la sangre de varias docenas de soldados.

Sacó de su bolsillo una cajita con pastillas digestivas y se las ofreció al grupo que estaba en el escenario; luego volvió a cerrar la caja y se la guardó en el bolsillo.

—Aquí estamos a salvo —intervino uno de los civiles.

—No son provincias insignificantes —comentó después el general.

Los ojos del anciano juez delataron un esfuerzo por convencer a los demás de que su lealtad, su entusiasmo, su voluntad y su energía no se habían quebrado. La causa a la que había entregado su vida continuaría intacta.

—Éstas son simples rebeliones que aún no han sido reprimidas. El Imperio está a salvo —aseguró el anciano. Le temblaba la voz. Todo su cuerpo temblaba. Las palmas de sus manos sobresalían entre los puños

blancos y tiesos, con botones nacarados. La piel de sus manos era roja, con manchas marrones y azuladas. Las venas azules formaban un alto relieve en su piel, y en algunos puntos parecían viejas cintas de color púrpura—. Aquí aún rigen nuestras leyes.

La madre de la taquillera estaba cada vez más convencida de que en algún lugar del sótano funcionaba un generador. Le dolía la cabeza. Podía oír el ruido incluso con la puerta cerrada, aunque así era más débil.

—La mayoría son ciudadanos del Reich, no húngaros ni rumanos, ni ucranianos —informó el primer oficial. Mientras hablaba no miraba a los soldados maniatados.

—Lo único que me preocupa son nuestras familias —comentó el anciano—. De cualquier manera, nuestros apartamentos están bajo la protección militar. Me alegra saber que nuestros policías están en las calles, conservando posiciones estratégicas. Así debe ser. Hasta ahora no se han dado órdenes de evacuación. Naturalmente, todos permaneceremos en nuestros puestos... hasta el último minuto, damas y caballeros. En cualquier caso...

Era evidente que no tenía dudas acerca de su capacidad para convencer a los acusados de su culpabilidad.

—Sin duda —corroboró el primer hombre, que llevaba una gorra verde.

A uno de los soldados maniatados le sobrevino un ataque de tos. Algunos lo miraron. Estaba casi asfixiado. Le había quedado algo atravesado en la garganta y no podía quitárselo.

—Somos los fuertes —afirmó el anciano. Y el resto de Alemania, afortunadamente—. *So, Ich bin wirklich sehr glücklich, das Ich mit Euch bis zu Ende arbeiten und auch nuetzlich sein Kann. Alle sind wir hier.* Les tomaré juramento, damas y caballeros. Procederemos según dictan las circunstancias. Caballeros, colóquense según su rango. —La cadena de su reloj de bolsillo se balanceaba a un lado y a otro sobre su estómago—. El propósito de este tribunal es pronunciar veredictos. Por supuesto.

Finalmente, al soldado se le calmó el ataque de tos.

Hicieron entrar más soldados desde algún lugar cercano al guardarropa. Una corriente de aire abrió la puerta y la anciana pudo ver mejor lo que estaba ocurriendo. Evidentemente, los soldados habían sido azotados. Vio a los dos que habían comprado las últimas entradas para la función de la noche.

—Los que se queden dormidos, os los lleváis a un lado —indicó el médico a los dos empleados.

Les dijo exactamente dónde. Cuando decía algo que tenía que ver con los soldados, hablaba concisamente, aunque en tono más bajo.

—¿Tenemos que esperar aquí? —preguntó el primer empleado con voz ronca.

El segundo empleado parecía a punto de vomitar. Se puso pálido y luego enrojeció.

El coronel miró a su alrededor y le dijo al segundo oficial:

—Cuando hayamos terminado, podemos prender fuego al lugar. Haga traer un poco de gasolina —dijo tosiendo, sin mirar a los soldados.

La expresión del juez pareció indicar que las palabras tenían una especie de poder mágico. Podía imaginarlo. Nada arde tan bien como la gasolina. Se enciende incluso cuando tiene agua. Arde bajo la lluvia o en la nieve. Los ordenanzas subieron las latas desde el sótano.

El médico abrió los dos maletines. Estaban llenos de agujas hipodérmicas y frascos con toda clase de sueros. El segundo maletín estaba repleto de frascos de fenol. Contó a los soldados, incluyendo a los recién llegados. Tenía suero suficiente para diez veces. «*Menschentiere*», pensó la madre de la taquillera. Hablaban en alemán a tal velocidad que no captaba todo lo que decían, y algunas cosas no las entendía bien.

—¿Está preparada, señorita? ¿Tiene papel en la máquina? —preguntó el juez.

El hombre que llevaba una insignia del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista se volvió hacia el juez:

—¿Les tomará juramento a los empleados?

El anciano vestido con chaqueta de cazador cogió, de manos del segundo civil, una bandera con la esvástica y el símbolo del sol sobre un fondo marrón rojizo y blanco, y la extendió sobre la mesa como si fuera un mantel. Acercaron al primer soldado. Era el que le había comprado dos entradas a su hija, para él y para su amigo. «Entonces empiezan con ellos —pensó la anciana—. ¿Qué es ese ruido que viene desde lo más profundo del sótano? ¿Generadores?». Sonaba cada vez más fuerte.

Duró un minuto. ¿Había desertado en un momento de peligro? ¿Había perdido a su unidad, su pelotón, su regimiento, su división? ¿Había perdido a todo el ejército alemán? El anciano lo declaró culpable. El médico le aplicó una inyección. Luego miró a los empleados y asintió. La secretaria, los oficiales y los civiles mantenían una actitud atenta, serena e imparcial. El general sin uniforme parecía indiferente. La madre de la taquillera se tapaba los oídos con las palmas de las manos para no oír lo que parecía el sonido de unos generadores que funcionaban en el centro de la tierra, debajo de sus pies.

La taquillera pensó en su madre, en los sueños impúdicos y en los disparos de afuera. Se preguntó dónde estaba el hermano del muchacho alto y qué estarían haciendo con las pistolas robadas. Sólo de vez en cuando oía algún sonido confuso que llegaba desde el cine. Probablemente las mujeres de la limpieza estaban terminando su tarea. Siempre trabajaban de prisa, recogiendo los papeles y las colillas y, en ocasiones, condones abandonados en los palcos. Sonitschka Vagnerova, la hija de un comerciante de coches usados. Se estremeció.

«De modo que el día de mi madre ha llegado, por fin —pensó—. Pero me gustaría saber dónde están esos dos hermanos. Tal vez durmiendo. Tal vez decidieron irse a la cama y esperar a que amanezca. Y no deben de faltar muchas horas para el amanecer. —La taquillera oyó el canto de los pájaros que llegaba desde el río cercano—. Todo se está viniendo abajo y el mundo aún se mantiene sobre su eje, el río fluye y los pájaros cantan. En algún lugar ladraba un perro. Me pregunto dónde estarán los hermanos».

En ese momento se encontraban al otro lado del río, y el hermano del joven alto preguntó:

—¿Ves ese establo?

—Sí —repuso el muchacho alto—. Pero también veo que hay un soldado vigilándolo.

—Parece cansado. Se ha quedado dormido de pie —dijo el hermano.

Tenía la mano sobre la culata de la pistola. Estaba lloviznando y él no quería que el arma se mojara, como si creyera que la humedad podía penetrar hasta la pólvora de los cartuchos. Sólo podía hacer ocho disparos con el arma. El hombre que había perdido la pistola ya había disparado cuatro de los doce y no había tenido tiempo de cargar la recámara.

—Es un milagro que no me quede yo también dormido de pie —dijo el hermano del muchacho alto—. Hace varias noches que no duermo. He estado hablando día y noche con Sonitschka Vagnerova. Y cuando ella empezó a contarme todo lo que le había ocurrido, apareció Dios.

—Me lo contarás después —lo interrumpió el muchacho alto—. No mezclemos a las mujeres con esto. Ni siquiera mezclemos a Dios en esto. Simplemente concentrémonos en lo que tenemos que hacer aquí y ahora. Ni siquiera deseo enterarme de cómo te las arreglas sin dormir. Puedes hablarme de eso más tarde.

—Te diré algo sobre los caballos.

—Ahora no.

—Y sobre los perros.

—Ni sobre los caballos ni sobre los perros, no ahora. Avanzaron por la vía del ferrocarril. En cada puente y en cada paso a nivel había un soldado. El hermano del joven alto pensó: «Dios mío, todos parecen espantapájaros. Estos estúpidos lo custodian todo, incluso a sí mismos, porque están muertos de miedo. Antes, cuando aún tenían fe en ellos mismos, cinco mil o seis mil miembros de la Gestapo eran suficientes para hacer temblar a nueve millones, a la nación entera. En cuanto dejaron de creer, empezaron a custodiarlo todo, como si pensarán que la gente iba a robar los puentes y las vías férreas de su propio país. Los estúpidos. ¿Se vigilan mutuamente cuando descubren una filtración?». Recordó que habían levantado vías de ferrocarril y las habían enviado a Alemania.

—¿Qué esperas encontrar en el establo? —preguntó el joven alto.

—¿No sabes cuánto me gustan los caballos? ¿Y por qué?

—Deja de hacer el payaso.

Su hermano miró el cielo cubierto de nubes. Todo lo que tengo que hacer es pensar en ti, Sonitschka Vagnerova, y siento una gran ternura en mi corazón, como cuando tenso los músculos para levantar una roca, los músculos de mis brazos, de mis piernas, de mi pecho o de mis hombros. No tengo palabras para expresarlo. Las palabras hacen que todo se vuelva vulgar. Cargo con eso, como con estos ocho cartuchos de mi revólver alemán. Mientras pienso en ti no necesito dormir. Dios está conmigo. ¿No es verdad, Dios? Mientras estabas viva, todo era luz en mi interior. Ahora esa luz se ha apagado. Busco el viejo fuego, pero el único que me queda es el de mis ocho cartuchos. Esa chica de la taquilla se parece un poco a ti, Sonitschka Vagnerova. En realidad, es distinta, pero ¿qué importancia tiene si su pelo es claro y el tuyo es oscuro? Cuando los alemanes cantaban a las doncellas de ojos azules, ¿parecías diferente, especial, excluida, porque tienes —tenías— los ojos de color nogal? Desde anoche, cuando encontré a esa chica en el callejón, cuando pienso en ti también pienso en ella. Tú me perdonarás, lo sé, porque amar es perdonar. El odio es el único que no perdona nunca. El encono nunca perdona. La humillación no perdona nunca, mientras el amor no ocupa su lugar.

—La chica de la taquilla creyó que yo estaba chalado cuando le conté que había visto a Dios.

—Quizá no estaba muy equivocada.

—¿Piensas que he perdido el juicio por hablar de ello tan abiertamente?

—Me jugaría la vida —susurró el muchacho alto—. ¿Por qué no quieres darme la pistola?

—Tengo el pulso más firme que tú, no soy tan alto y no suelen fallarme las rodillas. Te conseguiré un fusil. Dame un poco de tiempo.

—Apuesto a que estás chalado —insistió el muchacho alto. Su chaleco de piel de conejo estaba tan mojado como el de su hermano—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Aún no lo sabes?

—No necesitamos caballos, eso seguro.

Su hermano lo miró con expresión triste. «Es verdad que no he dormido —pensó—, pero es otra cosa lo que me produce dolor de cabeza. Estoy completamente empapado». Hizo rechinar los dientes. Tenía dientes grandes. Si los dientes fueran suficientes para despedazar al enemigo, él no tendría problemas.

El joven alto sujetaba un palo grande con un gancho unido a la punta que parecía la uña de un ancla. Su hermano le entregó la pistola, le dijo que iba a salir desarmado, y le pidió que lo cubriera. El soldado vería que él iba desarmado y bajaría la guardia. Luego el muchacho alto saldría de la oscuridad con la pistola, y eso sería todo.

—Será lo primero que hago por Sonitschka Vagnerova. Hasta ahora me he limitado a hablar. Ha llegado el momento de actuar.

—Me sorprende que aún estés interesado —musitó el joven alto.

—Los dos sabemos lo que estamos haciendo —respondió su hermano—. Está lloviendo. No como en aquellas minas de Venezuela. Y si Dios me acompaña, no tengo de qué preocuparme.

Sus palabras fueron interrumpidas por un tren que se acercaba. Dado que reinaba la oscuridad, pasó largo rato hasta que pudieron deducir de qué tipo de tren se trataba. Se movía lentamente; era un tren de mercancías con varios vagones marcados con cruces rojas. Probablemente correspondía a la línea principal, ya que las vías no habían sido levantadas y enviadas a Alemania.

—Un tren hospital —dijo el hermano del muchacho alto, suspirando—. ¿Adónde va, a Alemania?

—¿Qué? —preguntó el muchacho alto, acercándose a su hermano. Pudo sentir su aliento fuerte y fétido.

—Nunca se sabe si un tren alemán vuelve de una victoria o de una derrota. Éste probablemente viene de una de sus Fortalezas Nacionales Alpinas y trae a los heridos y a los muertos. No es un tren blindado, como amenazaron anoche por radio.

—No te oigo —dijo el joven alto.

—Voy a salir, mientras el tren hace ruido.

—Adelante, yo te cubriré.

El muchacho alto apretó la pistola con una mano, y con la otra sujetó el palo con el gancho. Los dos se levantaron. Estaban calados hasta los huesos. El muchacho alto se estremeció.

—Quédate allí —dijo el hermano.

—No hay de qué preocuparse.

—Dentro de un rato no tendrás frío, y yo tampoco.

—Márchate.

El hermano del joven alto pasó junto al guardia dormido, que estaba de pie y encorvado, en un primitivo cobertizo con techo de madera. Ahora caía una fuerte lluvia que salpicaba el interior del cobertizo filtrándose por los huecos de la madera del techo. El hermano esperó a que la lluvia arreciara. Entonces avanzó entre el barro y los charcos hasta entrar en el establo. El guardia no advirtió su presencia. Estaba acurrucado contra la pared del cobertizo, donde la lluvia no lo alcanzaba; el agua entraba a raudales por los agujeros del techo, produciendo un ruido que impedía oír los movimientos del muchacho.

El establo olía a heno húmedo del año anterior, a cuero podrido, a arreos, a cebada o avena, y a orina de caballo ácida. El frío brotaba de un abrevadero de piedra, y sobre un banco de roble, fuera del alcance de los caballos, había algunas mantas para los animales, llenas de agujeros. De vez en cuando los caballos se sacudían, cuando las pulgas o las moscas húmedas los mortificaban. La humedad se filtraba en todas partes. En los abrevaderos quedaban los restos de un almiar; una horca apoyada contra la pared sobresalía entre el heno. Además del olor a caballo, a orina y a heno, en el establo había olor a ratas y a gatos, y se veían telarañas bastante viejas. Todo estaba húmedo y frío.

El hermano del joven alto acarició ligeramente a los caballos con su palma enorme y tosca para asegurarse de que eran caballos y no una ilusión. Pasó de un caballo a otro, pero no tocó al último, el semental negro. Omitió al semental como si, al no tocarlo, pudiera conseguir que no existiera. Quería separarse del semental, al menos de este modo. Incluso en la oscuridad, la negrura del animal sobresalía, a pesar de que todo estaba envuelto en sombras, a media luz.

Con excepción de los caballos, el establo estaba vacío. Algunos empezaron a relinchar, pero el guardia no notó nada hasta más tarde, cuando

el hermano del joven alto apareció en la puerta del establo llevando dos caballos blancos cogidos del cabestro.

«Cuando entras en un establo por la mañana temprano —pensó el hermano del muchacho alto—, tienes la sensación de estar entrando en una reunión secreta. Con o sin guerra. Con o sin sublevación». En algún lugar, entre los rayos de luz, percibió el movimiento de los animales. De pronto, se produjo un alboroto, y los diversos pájaros que se refugiaban en el establo durante las noches lluviosas se agitaron y pasaron revoloteando junto a él en dirección a la salida más cercana. Pero el joven se estremeció a causa del recibimiento que le hicieron. La quietud cobró vida y en cada departamento de la cuadra apareció un rostro expectante, ansioso. «Estos caballos me conocen —pensó—, conocen mis pasos y mi voz, a pesar de que es la primera y la última vez que estoy aquí. Han estado esperando desde el amanecer, desde la noche, desde el comienzo de la guerra. Yo os pregunto —les dijo silenciosamente a los dos caballos blancos y a nadie en particular—: ¿quién más espera con tanta ansiedad mi llegada?». Todos los caballos lo saludaron; algunos relincharon audiblemente, otros lo miraron en silencio, con atención; pero en los ojos de todos, excepto en los del semental de color ébano, percibió franqueza y confianza. Cogió una pesada cadena, la enroscó en el cabestro, la sacó por debajo de la boca y por encima del hocico. Ésta es una de las partes más sensibles de la cara del caballo. Podía dominar cada paso de estos pesados animales con un tirón de la mano. Un caballo más viejo que se encontraba junto a una bonita yegua probablemente había pasado horas enteras mirándola.

De los caballos más cariñosos recibió un saludo especial, un suave golpe con el hocico mientras pasaba, un roce íntimo, sincero y amable. No buscaban su ración matinal de alimento, sino la palabra y la caricia de costumbre, dedicadas solamente a ellos.

Sus cuerpos lo excitaban, y le encantaba pasar la mano por sus ijares tersos y fuertes. Siempre le sorprendía que un animal tan grande tuviera una piel tan suave, sensible a las caricias, como una mujer. Soñaba a menudo con caballos, y siempre le recordaban a las mujeres: mujeres fuertes, morales e independientes; mujeres dulces, a las que se podía conquistar con manos pacientes y finas. Pero le gustaba pensar que todos los caballos fogosos, como todas las mujeres, con el tiempo podían ser conquistados; aunque podían responder a la brutalidad y la tosquedad con feroz venganza animal. Velludos y bastos, volvían sus grandes ojos vigilantes hacia él, un intruso en el amanecer.

Le encantaban los caballos de tiro, pero, además, le gustaban todos los caballos. Sus ojos los delataban. Él se acercaba a cada uno y buscaba la mansedumbre en los suaves pliegues de sus párpados. Además, una luz en las oscuras profundidades del ojo revelaba inteligencia y confianza. Pero el semental negro tenía los ojos inescrutables de una mujer dura cuya suspicacia y desconfianza manaba de su interior. El cuerpo podía ser cálido, sensible al tacto, pero los ojos seguían muertos. Vio los ojos de la muerte.

El muchacho alto estaba observando al guardia y vio su desconcierto ante lo que su hermano hacía con los caballos. Lo vio levantar el fusil, con la bayoneta calada, preparado para disparar. Todo estaba cubierto y suavizado por la lluvia. «Mi hermano está chiflado —pensó el muchacho alto—. Tiene la mirada triste y perdió el juicio desde que encarcelaron a esa chica judía del negocio de coches usados. Sonitschka Vagnerova. Pero ni siquiera habló nunca con ella. Sólo la vio desde lejos. Ni siquiera la conoce. Y ella, sin duda alguna, no lo conoce a él; nunca tuvo oportunidad de conocerlo. Dios mío... estaban en diferentes bordes de un abismo, más profundo que todos los abismos del mundo juntos. Y ahora ella probablemente está muerta. Muerta como una judía.

»Entonces, realmente ha perdido los estribos. Pero se las arregló para conseguir la pistola, y ahora eso es lo que cuenta. Quien tiene una pistola, tiene la posibilidad de hacer algo. Él sólo tiene dos cosas en la cabeza: a esa chica judía y la venganza. Su obsesiva noción de justicia. Siguen cambiando de sitio en su mente, como esos submarinos con cámaras que se llenan de agua para sumergirse y luego se llenan de aire para salir a la superficie, una y otra, y otra vez. Está chiflado».

El muchacho alto vio que su hermano escupía en el barro, delante del soldado alemán. Parecían dos pollos mojados; sólo los caballos tenían un aspecto hermoso bajo la lluvia. Incluso en la oscuridad tenían un aspecto magnífico. Los caballos son los animales más hermosos del mundo. No son demasiado grandes, ni demasiado pequeños. Son hermosos, como todo lo que tiene el tamaño justo. Y por la noche parecen hechos de la misma oscuridad.

El hermano caminó hasta el rincón del patio y ató los dos caballos blancos a un árbol. Junto a éste había un tonel de madera agujereado, y el muchacho alto pensó en cómo un hombre se asemejaba a ese tonel, cómo durante seis años la ocupación alemana le había crispado los nervios, y por qué el viernes era el último día —hoy era sábado—, y por qué era como un tonel que no puede contener más lluvia. El guardia debió de pensar que el hermano era un trabajador del establo. Volvió a entrar en las cuadras, pero dejó las puertas

abiertas e inmediatamente después salió con dos bayos y los ató al árbol, junto al tonel rebosante de agua. En total sacó ocho caballos y con todos hizo lo mismo. El muchacho alto los contó. Al observar el establo, divisó un semental negro al que su hermano no había atado. Eran caballos de carreras. Probablemente pertenecían a algunos oficiales alemanes.

El soldado observaba al hermano desde su cobertizo y tal vez había decidido que era el momento de preguntarle por qué no dejaba los caballos en las cuadras. Pero el hermano se arrodilló sobre la paja del borde del establo y desenrolló un trozo de lona impermeable que llevaba guardado dentro de su chaleco. Pensó en las minas subterráneas de Venezuela, donde hace tanto calor que la gente suda sangre y orina, hasta que por fin abren su corazón y su alma a Sonitschka Vagnerova.

—Sonitschka Vagnerova —dijo el hermano del muchacho alto, y el soldado no supo con quién estaba hablando—, eras tan hermosa como esas cortinas que te ocultaban cuando desde lo alto yo observaba tu balcón y la habitación posterior en la que dormías. Y eras dulce como un caramelo. Por ti siento en cada brazo la fuerza suficiente para levantar cientos de kilos sin que me flaqueen las piernas. Y tan sólo ayer me habría resultado difícil levantar veinte sin usar las dos manos.

Los labios del hermano se movían sin que dijera nada. Hablaba para sí mismo, como un ventrílocuo. «Te amo, Sonitschka Vagnerova. Tu amor por mí y mi amor por ti es como un espléndido fuego que lo calienta e ilumina todo, pero no quema. El amor es un fuego, en el que todo lo que convierte a un hombre y nuestras vidas en algo sucio queda reducido a cenizas sin que desprenda el sucio y asfixiante humo. Por eso jamás podrás morir y desaparecer del mundo como si nunca hubieras existido».

—¿Por qué no acabas con eso? —le dijo el muchacho alto en voz baja a su hermano cuando vio lo que estaba tramando; pero no podía hacer nada para detenerlo.

Finalmente, el soldado se acercó para ver qué hacía y con quién hablaba. El montón de paja se encendió y el hermano se puso de pie. La primera espiral de humo se elevó en el aire, fuera del establo, donde se mezcló con la lluvia y descendió hasta el suelo.

En la parte de atrás del establo, el semental negro bramó como un animal cuando percibe un incendio, una inundación o un terremoto. Era un sonido terrible, y los caballos que estaban afuera, junto al árbol, lo comprendieron. El semental empezó a dar coces a su alrededor, tironeando para soltarse. El hermano del joven alto estaba impresionado por la energía del animal.

¿Dónde estaba la cadena pesada? En los verdugones y el perfil hinchado e irregular de su cara, se notaba que el animal había sido atado. ¿Dónde estaba la cadena?

Los ojos severos no se suavizaron y las fosas dilatadas de la nariz no se relajaron. El joven admiraba y temía al caballo, y por tanto lo odiaba.

El soldado entró corriendo en el establo y empezó a desatar al semental. Se puso a gritarle al hermano del muchacho alto, que se levantó y, en medio del fuego que se expandía rápidamente por todo el establo, escupió al soldado en la cara. El soldado levantó su fusil con la bayoneta calada, preparado para arremeter contra el hermano, pero quedó paralizado al ver al demente. El hermano abofeteó al soldado con todas sus fuerzas en ambas mejillas. Y mientras éste se lanzaba hacia delante, el joven alto le clavó el gancho en un costado. Como la punta de un ancla, el gancho quedó trabado en el cuerpo del soldado y fue imposible sacarlo. Cada movimiento le producía una nueva herida.

—Recoge su arma —dijo el joven alto—. No quiero disparar, a menos que sea necesario. Podríamos alertar a alguien.

Los dos jóvenes estaban iluminados por el fuego. Se encontraban rodeados por los relinchos de los caballos y por los angustiados gritos del semental negro, que finalmente había logrado soltarse y corría como una criatura enloquecida bajo la lluvia, en medio de la noche, dando vueltas y más vueltas por el patio hasta detenerse, exhausto y sudoroso, junto a los otros caballos iluminados por la luz del fuego.

Vieron que estaban solos. Gracias a la lluvia, el fuego no se había expandido más allá del establo. Cuando quedó consumido, sólo se sentía el olor del humo.

—Aquí estamos solos —dijo el hermano—. Me haría feliz que ella lo hubiera visto.

—¿Quién, esa chica de la taquilla?

—Sonitschka Vagnerova.

—¿Quieres olvidarte de eso por un rato?

—Voy a soltar los caballos. Quizá nuestra gente pueda reunirlos. Si supiera montarlos, lo haría hasta que la tierra se abriera y llegara a Venezuela. En esas minas que hay debajo de la tierra podrían oír el estruendo de sus cascos. Esos ocho caballos de color claro están bien. El negro es un demonio. Tenía miedo de tocarlo, pero finalmente logré atarlo bien. Sin embargo, no se puede amarrar al diablo. Ya lo oíste. Bramaba como el demonio. —Pensó en el soldado que yacía sobre su propia sangre mientras ésta se mezclaba con el

barro y el agua—. Puso a prueba su bayoneta conmigo, como la policía de defensa. Les enseñan a hacerlo así. Nada de esto volverá a ocurrir.

—Vamos, hablaremos de eso en otro momento.

—¿Quieres la pistola o el fusil? Puedes guardar el gancho —dijo el hermano, y volvió a coger su pistola. Ni siquiera la habían disparado.

La lluvia había vuelto a amainar. Ya era casi de día. En el camino, el hermano del muchacho alto preguntó:

—¿Sabes el frío que debía de hacer en Polonia cuando helaba, y el calor que debía de hacer cuando brillaba el sol? Como en esas minas de Venezuela.

—Guárdate tus descubrimientos —dijo el joven alto—. Terminarás recordándome a Goebbels y el asesinato de esos oficiales polacos en Katyn. Olvídalos por un rato. Tenemos muchas otras cosas en qué pensar. Este fusil alemán es fantástico. ¿Es esto lo que llaman *scheisse*? Podemos volver al dormitorio. Allí nos arreglaremos y veremos cuál es el paso siguiente. La chica está allí.

—De acuerdo —aceptó el hermano.

Y pensó: «Espero que ella no esté celosa de Sonitschka Vagnerova, aunque las dos son hermosas. Pero esa chica aún debe de ser virgen porque su madre no permite que nadie le ponga la mano encima. La tiene bien envuelta entre algodones. Como si creyera que su virginidad no está entre sus piernas sino en su cabeza, en esos ojos que siempre parecen asustados».

—¿Sabes lo que me dijo Sonitschka Vagnerova? Que en la vida no hay finales felices, sino simplemente estaciones felices. La vida es una broma de mal gusto. Sin embargo, debes aceptarla, y soportarla con dignidad. Lo de la dignidad es la parte más dura. Pero la felicidad tampoco está siempre en las estaciones. Está salpicada por todas partes, y vivimos buscándola de gota en gota. Si viene, se marcha rápidamente, provocando más pánico que antes.

—Sí.

—Ellos empezaron con su gente más débil.

—Sí.

—¿No soy un tío afortunado?

—Hasta la muerte —respondió el hermano mientras seguían su camino.

6

El soldado número nueve se hallaba de pie delante del médico, los oficiales y los civiles con sus sombreros de cazador adornados con cintas y plumas; la

toga negra del juez estaba sobre una silla, junto a él. El anciano miró su reloj de bolsillo. Eran casi las cinco de la mañana. Éste era el segundo soldado, el compañero del que la noche anterior había comprado las entradas para la última sesión. Después de que el primero fuera condenado, habían empezado por el otro extremo. El juez se pasó la lengua por los labios. No terminarían tan pronto como había calculado, pensó, porque habían traído más soldados. Pero éstos probablemente eran los últimos, porque mientras tanto habían cortado los cables del teléfono. Habían perdido el contacto con el exterior. Los soldados estaban formados en fila, como corderos. No sólo estaban encarcelados aquí, sino que se habían encarcelado a sí mismos, interiormente.

La madre de la taquillera estaba petrificada. Se había olvidado de que existía el tiempo. Apenas logró que los empleados no la vieran mientras trasladaban las latas de gasolina desde el garaje. Ella prestaba atención a los generadores del sótano.

—¿Quién es usted? —preguntó el juez, cansado—. ¿Dónde ha dejado su arma?

Los empleados arrastraron a un lado a un soldado que se encontraba bajo los efectos de la inyección. Lo hicieron como si se tratara de uno de los muebles.

El anciano sacó la caja de pastillas y le ofreció una al general.

—¿Le apetece una pastilla de menta? —preguntó en tono amable—. Ni siquiera saben lo moralmente enfermos que están. —Luego se volvió hacia el soldado y prosiguió—: ¿Lleva consigo sus documentos? Y abróchese los botones y arréglese la ropa. Un uniforme es un símbolo. ¿No sabe comportarse correctamente ante un tribunal militar? —Con cierta dificultad soltó el reloj de su chaleco y lo colocó en la mesa—. ¿Todavía tiene sus documentos, los ha vendido o los ha tirado? —Intentó levantar la voz y gritar, pero de su boca sólo salió un chillido. Hundió la barbilla en el pecho. Ahora daba la impresión de no tener barbilla. Empezó a darle cuerda al reloj, y entonces ocurrió algo. Tal vez había roto un resorte. «Menos mal que estoy sentado», pensó. Tenía una cabeza muy pequeña, como la de un niño—. ¿No le advirtieron lo que ocurriría si perdía o vendía su arma?

De modo que su viejo reloj de bolsillo por fin se había estropeado. ¿Cuánto tiempo hacía que lo tenía? Cincuenta y dos años.

Con sus murmullos y expresiones, los demás miembros del tribunal mostraron su disgusto hacia el anciano vestido con chaqueta de cazador y pantalones bombachos, por haber perdido la noción del tiempo y de las

proporciones, incluso por haber perdido su inventiva, porque aún esperaba la respuesta del soldado. Finalmente, éste declaró:

—Me robaron y me golpearon. Luego me encontré con un compañero y nos fuimos al cine.

—¿Sabe lo que le espera? —preguntó el juez.

—No pude evitarlo. Me dieron una paliza. Eran muchos. Me robaron el arma.

—No hace falta que deliberen sobre este caso, caballeros —anunció el juez.

Los pliegues de la piel del cuello le temblaban.

La secretaria observaba la boca del juez, como si escribiera al dictado. Tenía la cara aún más hinchada que al principio. Su espalda de oveja estaba curvada.

«El poder sólo tiene un principio y un fin —pensó el general—. No tiene un punto medio. El poder no puede tener moderación». El médico sólo pensaba en cuántos frascos de suero le quedaban en el maletín. El juez pensaba en su reloj de bolsillo. Los dos empleados necesitaban beber algo fuerte para no caer agotados. Los dos civiles se miraron y, después de ponerse de acuerdo en silencio, se quitaron las insignias del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista.

—Le daremos una inyección de energía —le dijo el segundo oficial al soldado, que miró a su alrededor con expresión suspicaz, como si quisiera atacar a alguien a pesar de tener las manos atadas.

Lo desataron y no se movió.

—Firme aquí —le indicó el médico.

Le llevó un rato. Lo dejaron que se tomara su tiempo.

Por lo que pudo apreciar la madre de la taquillera, sólo era una cuestión de técnica. Lo sentaron en una silla, le ordenaron que se levantara la manga izquierda y que estirara el brazo, y que se tapara los ojos con la mano derecha. Le habían dado un estimulante. Fructosa. Y luego una inyección antitifoidea. Se la habían inyectado directamente al corazón. «¿Qué será? —se preguntó la madre de la taquillera—. ¿Qué les inyectan para que mueran tan rápidamente? Parece que estuvieran dormidos». Le recordó el modo en que mataban a los perros viejos, enfermos o heridos que no tenían cura.

Cuando quedaron cortados los cables telefónicos, la secretaria había encendido algunas velas. Ahora que la luz eléctrica se había apagado repentinamente, quedó claro cuán precavida había sido. De pronto, el ruido

que provenía del sótano se desvaneció. «Entonces debía de ser un generador», pensó la anciana.

Los guardias encendieron cerillas, pero no tenían de qué preocuparse, ya que los prisioneros no tenían adónde ir, aunque se oyó que se movían rápidamente en sus asientos.

—Todos serán trasladados al Reich —afirmó el juez—. Llévenselos.

Los prisioneros no oyeron nada y quedaron sorprendidos por el silencio y porque no se produjo ningún disparo. Condenaron a todos los que se encontraban en el escenario, y que ahora estaban tendidos unos junto a otros, en una fila de cadáveres, detrás del telón. La anciana sólo pudo ver una parte de lo que estaba ocurriendo.

El juez entrecerró los ojos, pero era la anciana la que parecía ver únicamente las llamas de las velas y a los desertores. El juez contempló a los muertos y otra vez le tembló la barbilla. Pensó en los perros muertos y se preguntó por qué los alemanes habían creado palabras como *Menschentiere* y *Tiermenschen*.

—Tranquilícense —dijo el general a los soldados.

La expresión de los civiles revelaba que estaban absortos en sus propios pensamientos. Pero algo ocurría. Los ojos del anciano parecieron salirse de sus órbitas. Se cogió el cuello y el pecho con las manos y se puso rígido. Su voluntad se quebró, como si ya no deseara nada. Toda su energía se había evaporado. La caja de pastillas resbaló de su mano y, por un instante, se oyó rodar su reloj en medio del silencio. Al parecer, el anciano acababa de sufrir un ataque al corazón. El juicio había concluido. El médico cerró los maletines. Los que habían participado en la vista se acercaron al guardarropa y ordenaron a los guardias que se fueran con ellos. También les dijeron a los empleados que dejaran todo como estaba y que se fueran. El general y el segundo civil se hicieron a un lado para que el médico, que llevaba un maletín en cada mano, saliera primero. De pronto, el cine quedó desierto. La anciana miró las velas, y luego al anciano y a los soldados muertos. Llevaba un vestido de luto, arrugado, y miraba fijamente la oscuridad.

Pensaba en la rapidez con que el mundo había cambiado en unas pocas horas, y en la peste. En lo que había oído decir a su madre y a su padre a propósito de la peste, lo que supo en la escuela y por lo que decía la gente. También pensó en las ratas y en los ratones que propagaban la peste. El juez y los que estaban con él en el escenario, los desertores y sus guardias le hacían pensar en la peste, aunque ellos no tenían las glándulas inflamadas ni fiebre.

Eso es lo que quieren las ratas: si ellas deben morir, entonces que nadie sobreviva.

Súbitamente, de detrás del pesado telón de terciopelo negro salió el soldado del cuello lastimado y cogió al anciano, el juez, que parpadeó como si se estuviera despertando y, finalmente, abrió los ojos. Sintió el apretón del soldado. Entonces algo crujió dentro de su cuerpo. Su cabeza volvió a caer hacia delante. Parpadeó como un pájaro aterrorizado.

—¡Dios mío! —musitó la anciana.

Las palabras de la anciana flotaron en el silencio del cine. El soldado del cuello arrugado y en carne viva se sentó en el banco. Miró la bandera extendida sobre la larga mesa, el banco ahora vacío, y luego al juez. Durante un momento pensó qué haría con él. Finalmente, la anciana logró apartarse de su escondite, junto a la salida de emergencia. Volvió al dormitorio para ver si su hija aún dormía. Podía oír el chisporroteo de las velas a medida que se quemaban y se extinguían formando charcos de cera.

7

A las cinco en punto de la mañana, justamente cuando empezaba a romper el día, unos cinco minutos antes de que su madre regresara, la taquillera abandonó el edificio. Tenía la intención de buscar al joven alto y a su hermano. Quería ir sola, no porque temiera por su madre, sino porque quería hacer algo por su cuenta para demostrarle que ya no debía preocuparse por quién la cuidaría cuando ella ya no pudiera hacerlo. Pero la joven habló mentalmente con su madre y le dijo: «Sí, tenías razón, es como una enfermedad contagiosa. Todos la tenemos, como si fuera algo que se da a cambio de nada, e incluso la gente que no la necesita la quiere, porque normalmente tienes que pagarla con tu propia piel, con tu cuello, pero ahora es gratis. Una pequeña parte de algo por lo que todos luchan. Los alemanes realmente convirtieron a la gente en *Tiermenschen*».

También sintió que se estaba metiendo en algo que comprendía a medias y que, al mismo tiempo, temía. Pero, como un destello luminoso, no debía desperdiciarse.

Era un espasmo agradable, no muy distinto del que sientes cuando te tocas y anhelas ser tocada por otra persona —una persona desconocida—, un hombre al que quizá ni siquiera aprecias, ya que hasta ese momento no lo has conocido.

Pudo haber ido a ver al dueño del cine, pero le constaba que él se encerraba en cuanto ella le había entregado la recaudación de las tres últimas sesiones, y ni un par de caballos belgas de tiro podrían hacerlo salir. Los únicos hombres que conocía, aparte de los que ocupaban sus fantasías, eran el joven alto y su hermano. «¿Por qué no me ocurre algo? Aunque no tendría que ser necesariamente desagradable», pensó. Durante toda la noche había intentado descifrar qué eran aquellos sonidos que llegaban desde distintas partes del edificio...: desde el cine, el dormitorio, el garaje... Tenía frío; necesitaba algo para abrigarse los hombros: una colcha o, al menos, una manta. Es mejor estar afuera que tener que conformarse con sueños sobre viejos que no podrían comprenderla, que pensaban que era una mujer fácil como todas y una ingenua; que creían que todas las mujeres o las chicas eran capaces de hacer cualquier cosa. Pero eso también estaba lejos, como las rosas que en este mismo momento hombres desconocidos podían estar ofreciendo a mujeres desconocidas, mientras consideraban la posibilidad de una invitación a dar un paseo, o a un hotel, a un balneario o a París, que incluso durante la guerra era como un gigantesco parque de diversiones, o al menos eso decían por la radio.

La taquillera ya no pensaba en cómo se habría entregado a todo lo que podía entregarse una mujer si era abordada por alguien que sólo había existido en sus sueños durante todos estos años junto a su mojigata madre. Esos charcos azules o manchas azuladas que brillan en el fondo de sus ojos cuando piensa en ello, y sus manos, no las manos de un hombre, hacen con ella lo que quieren. Y luego las explosiones rojas que saltan a la superficie y de súbito transforman el rojo en amarillo y unas manos invisibles la cogen y la levantan hasta el techo, que ella tocará con su mano y dejará de sentir. Gritos internos sumándose y finalmente la negrura, una negrura aterciopelada, como una suave y tierna caricia, como cuando eres tocada por las puntas suaves de unos dedos invisibles.

Tenía la suerte de que sus ojos fueran azules y su pelo rubio, y sabía que eso era como tener un pasaporte que le permitía respirar, caminar, existir. Sobrevivir.

Pasó junto a la confitería destruida, en la que no quedaba ni una cucharilla, ni una lámpara, porque todo había sido robado o destrozado.

Esto era algo que lamentaba y aprobaba al mismo tiempo. Le disgustaba y, sin embargo, estaba de acuerdo. Le hacía sentir un horror y un entusiasmo que no comprendía. A la organización *Lebensborn* se le había adjudicado un palacio en la otra orilla del Moldava, al que habían llevado chicas de Francia,

Alemania, Noruega, y muchas checas de las que se sabía muy poco. Después del asesinato de Heydrich se veían huérfanos por todas partes.

«De modo que el hermano del joven alto se llevará a Sonitschka Vagnerova consigo para hacer la revolución —pensó—. Pero a mí nadie me llevará; debo de estar volcando en todo la confusión que siento en mi interior».

Pasó junto al bar de la Casa de Rumania. El invierno anterior había estado allí con su madre. La cingara había cantado una canción llamada *Fuego*.

*Incluso en la oscuridad de mi aldea
pierdo una parte de mi cuerpo.
¡Oh, se está consumiendo, y duele!
Mi cuerpo se quema.
¡Oh, aún quiero amar
aunque me reduzca a cenizas!*

Jamás olvidaría esa canción.

La taquillera soñaba con el amor que nunca había conocido, el amor que cantaban los cingaros, un amor tan intenso que la gente podía matar por él sin sentirse culpable. La sola imagen de un amor tan apasionado, por el que uno es capaz de morir, traicionar o desertar de todos y de todo, de todas las personas y de todas las cosas, la hipnotizaba. Era como si se hallara en trance. Tuvo la sensación de que estaba perdiendo el equilibrio. Sus ojos adoptaron una expresión de franqueza, como si miraran hacia dentro. «Dios, espero no desmayarme aquí», se dijo. No se desmayó. Simplemente parecía hechizada, como si caminara por un mundo que no era el pavimento de Praga, con su rostro pálido, sus ojos azules y ciegos, y su pelo rubio como el de un ángel.

Todos los consejos de su madre e incluso el color de la voz de ella se arremolinaron en la mente de la muchacha, que prefería un amor desdichado antes que no tener ningún amor. ¿Por qué su madre tenía tan mala opinión de los hombres?

«Oh, mi pequeña —fue la frase de su madre que le vino a la mente—. Las tonterías que los hombres inventan contra las mujeres y las mujeres estúpidas contra ellas mismas, no duran, ni siquiera en el más fantástico de todos los idilios. No son más que una trampa..., un poco de dinero o una montaña de deseos imposibles y promesas no cumplidas. Es como caminar descalza por un río helado o sobre una delgada capa de hielo, mi pequeña. Nadie comparte nada cuando no tiene qué compartir. No permitas que te convenzan de nada acerca del corazón humano si se trata de los hombres, del dinero o del futuro.

Sólo buscan tu bonito cuerpo y satisfacer su placer, pequeña. Después que han conseguido aquello a lo que la naturaleza los ha condenado, fingen no tener tiempo, como si fuera un pecado terrible perder un segundo más contigo. Los negocios, la guerra, el trabajo del conductor de un tranvía o el de un revisor son para ellos una etiqueta tras la cual se quieren ocultar. Prefieren ir a la guerra antes que quedarse contigo un minuto más. No quiero blasfemar. Lo que ellos llaman pasión cae en el olvido mucho antes de que envejecas. No tiene trascendencia, como un perfume malo o unas ligas baratas. Es el ocaso de ayer, la nieve del año anterior. Oh, si no me avergonzara decirte lo que he sido, lo que he tenido que padecer, lo que he tenido que hacer por dinero con el fin de ser un poco útil para ti... No nos queda nada, mi pequeña. Tienes que ser práctica y comprender que el amor no te librará de la soledad. ¿Una familia? El capataz del proyecto de construcción cercano al palacio Adria me dijo: “Es bueno tener una familia y una casa como un castillo. Pero luego construir una puerta trasera y escabullirse”. Oh, hija, incluso la que a primera vista parece la familia más feliz, es un nido de traición. Los hombres son capaces de acostarse con cualquiera, incluso con los animales».

La taquillera sintió una vergüenza envuelta en temor, como un trozo de queso envuelto en papel parafinado. Y preocupación, que a su vez quedaba oculta bajo la cortesía, la moderación y la decencia que se esperan de una mujer joven. No podía superar el temor a ser despreciada.

Había una mujer que iba al cine una vez por semana. Era bonita y siempre iba bien vestida, pero la taquillera sabía que no tenía trabajo, así que podía imaginar qué hacía la mujer para ganarse la vida. Tiempo después descubrió que vivía en un bonito apartamento de tres dormitorios, en un tercer piso de la calle del Carpintero, con un asesor del Ministerio de Justicia, un hombre mayor cuya madre no le habría permitido que se casara con esa mujer. Ella siempre se mostraba amable con la taquillera. Iba al cine una vez por semana, siempre sola, y siempre charlaba un rato con ella, de modo que se habían hecho amigas. La mujer la fascinaba.

A veces la taquillera les decía a los oficiales que el palco no estaba disponible (de haberse enterado, su madre se habría desmayado en el acto), o decía para sus adentros que si se veía obligada a elegir entre darle la entrada de palco a Sonitschka Vagnerova o a su nueva amiga, no dudaría ni un instante.

Intentaba imaginar —incluso ahora, mientras caminaba— cómo sería llevar la vida de esa mujer.

La taquillera se alegraba de que su vida no fuera así, y, sin embargo, la envidiaba. Era como un imán que la atraía y la rechazaba al mismo tiempo, una fuerza que arrastraba su cuerpo y su mente, sus venas y sus huesos.

Pero el resultado de los pensamientos de la taquillera era que la difunta Sonitschka Vagnerova, sin tener ninguna culpa, le había quitado el hombre en el que ella pensaba y al que quería ver, a pesar de que tuviera esos lóbregos ojos. Era una suerte que él le hubiera dicho dónde estarían él y su hermano, porque así podría encontrarlo.

Durante un rato pensó en las pequeñas salamandras y ranas que recogía de pequeña en los charcos que formaban las lluvias en otoño o en primavera. Los ojos de las diminutas ranas del zarzal parecían pedacitos de vidrio. No eran más grandes que el pulgar de un niño. Tenían ojos angulosos.

Pensó en Sonitschka Vagnerova, que incluso muerta tenía la suerte de que en Praga alguien pensara en ella, considerara que era como el sol. «Al menos ella era digna de que alguien la llevara consigo, pero ¿de qué soy digna yo? Pero, entonces..., oh, no —pensó—. No puedo envidiar a la pobrecilla, muerta como está. ¿O sí?».

Pensó en su madre. «Me disgustaba que me hicieras callar, madre. Mi pequeña, cariño». La taquillera se estremeció. Desde el río llegaba un viento frío. Percibió qué era lo que la asustaba y por qué se comparaba con la difunta Sonitschka Vagnerova. Entonces oyó la voz de su madre, que decía: «Hace mucho tiempo que no canto, querida». Y cantaba algunos acordes de *Las olas del Danubio*, y se echaba a llorar. «¿Por qué lloras, madre? Los demás están contentos». «Es por eso, mi tesoro. Porque los demás están contentos». «Quiero ser como los demás. Quiero sumarme a ellos. Oigo mentalmente una canción que habla de estar juntos, de cómo mantenerse unidos. Debe de haber alguna puerta para entrar, ¿verdad, madre?».

«¿Cómo puedes ser feliz si tienes miedo de todo? ¿Cómo puedes ser feliz si la persona más cercana está tan lejos? ¿Si la gente se hace daño mutuamente, aunque no quiera, aunque no sepa que lo está haciendo? Es tan fácil hacerle daño a otra persona... ¿Crees que no lo sé, cariño? Me siento culpable y no sé por qué», pensó la taquillera. Y se rió de sí misma, y vio todos los colores una vez más, incluso el negro, que era como el terciopelo y significaba una caricia.

«Todos se ocultan, como si se metieran en una caja que resulta imposible abrir. No se puede vivir así. No quiero vivir así». Y con cada movimiento de sus brazos blancos, con cada paso, con cada apretón de su mano

transformándose en un puño, avanzó en línea recta, como si abriera las puertas a algún lugar, a algún otro sitio en el que viviría su propia vida.

Pensó por qué la gente hacía lo que hacía: las cosas que el dueño del cine hacía para enriquecerse, y el hermano del joven alto para que lo recordaran si era alcanzado por una bala; buscaba el peligro para asegurarse a sí mismo y a los demás que no era peor que los alemanes. Su madre quería que ella encontrara un hombre que compensara lo que ella nunca había logrado.

Un momento después, en la ventana de un edificio de cinco pisos de la calle Parizska, vio a alguien, probablemente una mujer alemana, que agitaba una bandera blanca. La mujer tenía unos treinta años y llevaba puesto un jersey verde del ejército alemán. Al principio la taquillera no supo si la mujer se estaba rindiendo o haciendo señales a alguien. Recordó la confitería. Y los letreros: «Mueran los cerdos alemanes» y «No se admiten judíos». Entonces se le ocurrió pensar: «Tal vez no debería cruzar». Y no lo hizo, porque en ese instante empezó el tiroteo. De pronto no pudo avanzar ni retroceder. «Es una tontería hacer esto», pensó, pero sabía que acabaría así. Acarició distraída su bonito pelo rubio, lavado con la manzanilla que su madre recogía todos los veranos. Como un eco retumbó en su mente la idea de que no había tenido mucho éxito en la vida, y eso no se debía a que los alemanes hubieran estado allí durante los últimos seis años. Y pensó: «Aún soy bonita, aunque tal vez no tan bonita como antes; y soy virgen». Y reflexionó en lo que eso significaba.

Se detuvo en la esquina. No más lejos, le indicó el instinto. Ni un paso más.

Algo le hizo zumbear los oídos. La mujer alemana ya no estaba en la ventana. Desde el extremo inferior de la calle Parizska, por el lado del río Moldava, un vehículo blindado se arrastraba como una oruga hacia el centro de la ciudad. Se trataba de un Hackel que disparaba con su cañón en dirección al ayuntamiento. Una chica con aspecto de campesina cogió a la taquillera de los hombros y la arrastró bruscamente hasta su lado.

8

—No se exponga a las balas —dijo la campesina—. No estamos en un desfile de modelos, señorita. —Y luego añadió—: Ya que está aquí aguánteme esto, ¿quiere?

Cogió un lanzagranadas entre sus manos. Era pesado, y la taquillera lo sostuvo con dificultad.

—Es bastante pesado —comentó.

Con algunas personas intentaba que su conversación sonara como un diálogo que podría haber oído en una película. Pero esta vez habló con su propia voz, y tuvo la sensación de que la oía por primera vez en su vida.

—Así es —repuso la campesina—. Penetra incluso el blindaje más grueso y sólo explota dentro del tanque.

Se arregló algo la falda y volvió a coger el arma. Tomó el mango de madera del lanzagranadas como si hubiera pasado años en el ejército. La taquillera sintió que tenía las manos vacías. Pensó que por fin había ocurrido algo, aunque no demasiado. Era un comienzo. Algo que fluía hacia ella, como el Moldava. Era distinto a lo que sintió cuando el propietario del cine le dijo que debería probar algo antes de que todo terminara, pero se refería a que lo probara a él. «Sin rencor, señorita, como usted quiera. Quién sabe lo que vendrá, señorita». Él tenía un perro. Eso le recordó la ocasión en que su madre la había llevado a visitar a una familia que tenía tres perros. Olían terriblemente mal. La familia suponía que el olor formaba parte del hecho de tener perros.

—No tenga miedo —dijo la campesina, o tal vez era una chica de la ciudad que simplemente tenía aspecto de campesina.

Hablaba como si de veras creyera que no había por qué tener miedo, y no como si sólo estuviera intentando convencerse a sí misma.

—¿De qué?

Una pared en llamas de la torre del reloj del ayuntamiento se derrumbó frente a la antigua tumba al Soldado Desconocido, que los alemanes habían quitado. El vehículo blindado seguía disparando a intervalos regulares.

La campesina apoyó el lanzagranadas en la acera e intentó levantar la tapa de una boca de alcantarilla. La taquillera reflexionó un momento y luego se acercó a ayudarla. Al hacerlo, las dos chicas se colocaron directamente en el paso del vehículo, pero éste siguió disparando al ayuntamiento. Tal vez estaba intentando destruir sus archivos, las listas de los traidores. La taquillera cogió su extremo de la tapa con sus finas manos blancas y rogó a Dios que le diera fuerza suficiente para ayudar a la otra chica a levantarla, porque la tapa no se movía. El hedor de la alcantarilla le recordó los tres perros de la familia que su madre la había llevado a visitar, y los dos perros del hermano del joven alto, uno que había muerto y otro que seguía vivo. Finalmente, lograron levantar la tapa, pero aún no podían apartarla a un lado para bajar a la

alcantarilla. No había ningún hombre cerca de allí; mejor dicho, había varios, pero estaban al otro lado de la calle y no podían cruzar mientras el vehículo blindado siguiera disparando.

Al parecer, el edificio de apartamentos en el que había aparecido la mujer con la bandera blanca había sido evacuado. Las chicas no se dieron cuenta de que allí habían instalado un puesto de ataque hasta que una metralleta empezó a disparar.

De repente, a la taquillera todo le pareció absurdo, aunque no lo suficiente para lanzar una carcajada. Sintió el hedor de la alcantarilla y el olor del río a cierta distancia, la fragancia de los campos y las colinas con sus árboles y parques. Pero sobre todo el hedor. Junto al edificio de la Facultad de Derecho, donde una guarnición alemana tenía su cuartel general, un pelotón de fusileros con un equipo de campaña completo, cubiertos los hombres con cascos y armados hasta los dientes, se puso en acción.

Ellas finalmente lograron levantar la tapa de la boca. La campesina estaba roja a causa del esfuerzo. Se le notaban las venas del cuello. El tanque, que seguía disparando, se acercaba cada vez más. El artillero aún apuntaba a la torre y a las paredes del ayuntamiento, pero sólo tenía que bajar el cañón y balancearlo a un costado para convertir a las dos chicas en polvo. Si el vehículo seguía su camino, atravesaría el ayuntamiento como si fuera un trozo de mantequilla y las llamas no le afectarían.

Cuando por fin retiraron la tapa de la boca, el hedor de la alcantarilla les pareció tan agradable como el fresco olor de un parque, y el hierro, áspero y sucio con algo más que óxido, les resultó suave. Apenas notaron los bordes toscos que les rasparon la piel hasta hacerla sangrar. El lanzagranadas de madera y hierro estaba a un lado de la boca. Los fusileros avanzaban detrás del tanque en dirección al ayuntamiento, desde el edificio de la Facultad de Derecho, donde ahora había más gente luchando.

La campesina bajó la escalera del interior de la boca. Aunque apenas había espacio para moverse, lo hacía con gran agilidad. La taquillera no vaciló. La chica que iba vestida de campesina, que tenía el cuerpo y el rostro de una campesina, ya estaba oculta dentro del pozo de piedra, y la taquillera se movió lo más rápidamente que pudo para introducirse a su vez. Comprendía lo que estaba ocurriendo, aunque la suya era una comprensión aproximada, pero ¿qué importaba? Algo le decía que así debía ser. Ya no pensaba en Sonitschka Vagnerova, ni en cómo los muertos pueden arrancar a los hombres de la vida; ni siquiera pensó demasiado en su madre. Estaba

totalmente absorta en lo que hacía con su nueva amiga, cuyo nombre ni siquiera conocía.

«Hasta ahora —pensó—, no me ha ocurrido nada, pero ya veremos». Se dio cuenta de que ya no hablaba mentalmente con su madre sino consigo misma.

—Pásame eso —pidió la campesina—. Con cuidado. —Cuando la taquillera cogió la parte principal del lanzagranadas y lo bajó para que su nueva amiga pudiera dispararlo, ésta le repitió su advertencia—: Baje un poco más, así le resultará más fácil. Puede agarrarse a mí. Yo ahora no puedo caerme. Venga a mi lado. Intentaré dispararlo.

—¡Dios mío! —dijo la taquillera, como dudando de que la campesina realmente pudiera manipular el aparato.

Tenía que gritar para hacerse oír. La campesina parecía no advertir su presencia, pero sólo como suele ocurrir cuando no notamos la presencia de alguien a quien estamos muy unidos.

De la alcantarilla subían gases que le recordaron una vez más la visita que había hecho a aquella gente de los perros malolientes. Debajo de ellas corría un río de fango lleno de burbujas que reventaban en la viscosa superficie. «Por la noche, cuando nadie los vigilaba, seguramente los perros hacían sus porquerías por todo el apartamento», pensó la taquillera.

—Vamos —la apremió la campesina—. Ya está muy cerca.

El tanque se estaba acercando. La campesina tenía la cara llena de granos y los ojos verdes enmarcados por unas profundas ojeras. Sujetó la culata del arma y le sobrevino un ataque de hipo.

A la taquillera se le ocurrió que la campesina cogía el arma como si se tratara de un utensilio de cocina. ¿Como qué? Ah, pensó. Y entonces oyó un rugido que invadió la calle, a la altura en que se encontraban los hombres.

La chica se agachó y disparó. Toda la operación, incluida la explosión, duró unos dos segundos. La taquillera esperó que todo explotara: las ventanas, los adoquines, la ancha avenida que de repente parecía un mar de sangre. Entonces, en el tercer segundo, se produjo la reverberación, que se expandió por el corredor subterráneo de la alcantarilla. Una ola de presión se desató por encima de ellas. La taquillera pensó que había abierto los ojos, pero los mantuvo cerrados todo el tiempo, y no vio absolutamente nada.

Creyó ver a la campesina, a su madre y al joven alto delante de ella. Estaban tendidos uno junto a otro, pero el hermano del joven alto se encontraba junto a Sonitschka Vagnerova. Intercambiaron algunas palabras. Alguien estaba cubierto de sangre, con el rostro tenso por el dolor. Reinaba la

oscuridad, y entonces todo empezó a brillar ante los ojos de la taquillera. No vio a la mujer del jersey asomada a la ventana del quinto piso, disparando una pistola militar, un cartucho tras otro, hacia la alcantarilla desde donde la campesina había disparado con éxito el lanzagranadas, haciendo volar el tanque. La mujer seguía disparando aunque el tanque ya estaba envuelto en llamas, con su tripulación en el interior. La taquillera tuvo la sensación de que se ahorcaba con la escalera, y vio todos los colores. A unos diez o doce metros de distancia el tanque ardía y el metal empezaba a enrojecer. Era igual que cuando había llegado hasta allí, sola pero para estar menos sola, y pensó en los colores que surgían de sus recuerdos, de recuerdos de algo bonito, de ser feliz, aunque eso nunca había ocurrido. Sólo los colores permanecían. Sólo entonces recordó a su madre. La invadió el remordimiento. Y eso fue todo lo que recordó.

9

La madre de la taquillera se quedó sentada en una silla, esperando, hasta las ocho en punto. Todo había comenzado un sábado, y luego llegó el domingo, y la tarde del domingo, y luego el lunes, pero ahora no sabía qué día era. «Aún no ha terminado —pensó—. No necesito que nadie me lo diga, lo sé por los sonidos que llegan desde la calle, y sé lo que está ocurriendo por lo que sucedió durante la noche». Hacía varios días que llevaba el mismo vestido de luto y que no se cambiaba la ropa interior. No se había cambiado nada. Podría lavarse y cambiarse la ropa cuando todo hubiera terminado, cuando llegara un nuevo día. «Quién sabe qué será de mi querida hijita, mi preciosa hijita. Espero que no le haya sucedido nada malo».

Poco después de las nueve, el joven alto y su hermano se dejaron caer por la taquilla, que estaba cerrada. Los dos llevaban brazaletes rojos con las iniciales GR, correspondientes a Guardia Revolucionaria. El joven alto llevaba un fusil con bayoneta y su hermano tenía una pistola en el cinturón. La pistola se veía cada vez que él abría su chaleco de piel de conejo, que a estas alturas empezaba a estar hecho pedazos, como la madre de la taquillera había pronosticado. Golpearon el cristal y se sorprendieron cuando una anciana cuyo cutis parecía la corteza de un árbol abrió una rendija de la puerta. Cuando vio de quiénes se trataba, los hizo entrar y volvió a cerrar la puerta con llave.

La anciana oyó otra vez el gemido de un generador en algún lugar del sótano. El sonido, incesante, llegaba desde debajo del cine. «Probablemente sólo se debe a que me duele la cabeza y me zumban los oídos, cariño», pensó.

Se sentía como si cargara con todo el edificio, tan grande como un palacio, a sus espaldas. Había perdido la noción del tiempo y sus pensamientos eran confusos. «¡Las cosas que habrán ocurrido aquí! —pensó—. Sólo yo sé lo que sucedió aquí esta noche. Pero ¿qué sucedió anoche? ¿Y quién sabe lo que ocurrirá durante el día?». Miró a los dos hombres barbudos vestidos con sus chalecos de piel de conejo, desparejos y cosidos de cualquier manera. «Probablemente se caerían de espaldas», pensó.

«¿Qué es lo que le indica a una persona que algo terrible está a punto de ocurrir? —se preguntó la anciana—. ¿Qué es? ¿Por qué no nos queda nada? ¿Qué acumula toda esa corrosividad que te carcome, diciéndote que algo horrible va a ocurrir, pero no lo sabes, y no lo sabrías aunque te mataran?». Del mismo modo que había sentido el peso del edificio, con todos sus pisos, corredores y escaleras, con el cine y con lo que había visto en él, sintió el peso de la luz, el peso del día, la sombra o el eco de lo que había experimentado esa noche. ¿Esa noche? ¿Qué noche? Y su hija que se había ido sin dejar siquiera una nota. «¿Adónde has ido, tesoro mío? ¿Qué te hizo apartarte de mí, querida hijita?». Sintió que se le había pegado todo lo que convertía a la gente en ave de rapiña. Las palabras *Menschentiere* o *Tiermenschen* eran invención de ellos, de los alemanes nazis. «Pero está tan cerca que puedes estirarte y tocarlo. Ni siquiera tienes que ser alemana». Ellos sólo se acercaban al ideal, por el modo en que intentaban convertir los sábados y los domingos en días de semana corrientes. En su mente apareció la imagen de los empleados, el juez, los desertores, el médico, el general y el coronel, y la gente del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista.

Le pidió al joven alto y a su hermano que salieran a buscar a su pequeña, su hijita, su tesoro, lo único que tenía en el mundo.

—Id, por amor de Dios —rogó—, y encontradla antes de que le ocurra algo.

Y pensó: «Oh, hijita, te conozco perfectamente, e incluso permitiría que te casaras con un lisiado si él simplemente dijera: “Te amo, haré por ti todo lo que una persona es capaz de hacer por alguien”».

Sabía que a pesar de su belleza y de su hermoso pelo, su hija sería capaz de aceptar a un manco o a un cojo por el solo hecho de que la amara y la respetara y nunca deseara a nadie más que a ella, y si supiera que él nunca la

deshonraría como los nazis habían deshonrado la tumba del Soldado Desconocido.

«¿De dónde sacas eso, cariño?», se preguntó la anciana.

Después dijo en voz alta:

—Nunca me gustó este cine.

—Es un palacio —puntualizó el joven alto.

—No viviría aquí ni por todo el oro del mundo —aseguró la madre de la taquillera.

Miró al joven alto y pensó: «¿Qué clase de personas sois que vivís al día, dependiendo siempre de los favores de los demás? ¿Que existís sin consideración por la dignidad humana, sin respeto por la justicia, comportándoos como niños que renuncian a su libertad por un vaso de limonada? Lo olvidaréis todo, lo perdonaréis todo, cerdos».

—Este lugar es tan grande que se podría vivir en él durante diez años sin poner jamás el pie en la calle —añadió el hermano del joven alto.

Todos sabían que se refería al propietario, que había comprado provisiones para dos semanas y se había encerrado en su elegante piso, en el que se quedaría hasta que todo hubiera concluido.

Los dos hermanos miraron a la anciana; parecían preocupados por ella. «¿Dónde buscarían a la chica? ¿Acaso ya sabían algo?», se preguntó la mujer. «¿Intentan ocultarme algo, o realmente no saben nada? ¿Y realmente van a ir a buscarla?».

—Esta mañana ha habido otro tiroteo en la calle Parizska —informó el joven alto—. Un coche blindado alemán quedó destruido, pero dicen que mataron a dos mujeres.

El hermano del joven alto miró la confitería en ruinas. Alguien había derribado el postigo metálico de la tienda.

—Uno de sus soldados, un sujeto con el cuello en carne viva que da la sensación de que hubieran querido colgarlo, encerró a un anciano en la cabina de proyección. El anciano es un juez que condenó a muerte a doce alemanes desertores —explicó la madre de la taquillera.

—¿En el cine? —preguntó el joven alto, sorprendido.

—Pero el principal no está aquí —aclaró el hermano.

—He oído decir que lo mataron delante del palacio Kolovratsky —comentó el joven alto—. También me enteré de que despidieron a los soldados que estaban a las órdenes de ese falso general ruso. Al parecer, llevaban uniformes parecidos a los alemanes. Por mucho que lo intente, no

puedo imaginarme cómo lo lograron. Pero si se hubieran quedado, se habría terminado antes.

—En estos días muchos matan por venganza y muchos más por dinero —sentenció la anciana—. Hay días que no me gustan. Los sábados, los lunes, y a veces los martes y los miércoles, pero, por lo general, el miércoles está bien.

—Este sábado fue hermoso, y el domingo y el lunes fueron todavía mejores —opinó el hermano del joven alto.

La madre de la taquillera lo miró atentamente y pensó: «Green que todas somos sirvientas perdidas con las que los señores pueden jugar cada vez que tienen ganas, mientras las damas cierran los ojos misericordiosamente, porque hay cosas de las que todas las mujeres estamos secretamente hartas. Hasta la coronilla. Nos revuelven el estómago. Mucha gente entra por la puerta lateral y va directamente a la cocina. No siempre atraviesa el salón para entrar en el comedor. Sube por la escalera de atrás, para no provocar un escándalo. Dios, ¿cómo puedes compensarlo? ¿Cómo podría yo empezar a enmendarlo?».

El joven alto miró el puesto de salchichas, ahora cerrado y cubierto con un trozo de lona, y pensó en el que había sido su propietario: «Durante toda la guerra comiste carne buena y caliente, no como mi hermano, que vendía periódicos y estaba consumido por la tuberculosis».

«Habrá un incendio que destruirá todo —pensó el hermano del joven alto—. Arrasaré todo lo que hay para dejar lugar a lo que aún debe venir. Sonitschka Vagnerova. Tendría que haber vivido para verlo; al menos tendría que haber vivido para verlo. Pero tal vez pudo imaginarlo durante un breve instante, antes de empezar a sofocarse y arañarse con sus propias uñas. Al principio podía parecer que tenía una posibilidad, pero tal como resultaron las cosas, Sonitschka Vagnerova, sobrevivieron los que tenían menos posibilidades que tú. Dicen que algunos judíos sobrevivientes ya han llegado a Praga. Los obligaron a meterse en hospitales y hoteles. Deben de haber corrido como ese tío famoso de la maratón. Con la diferencia de que a él nadie lo mataba de hambre, ni lo asfixiaba con gas, ni lo colgaba, ni le disparaba a cada paso. Y para ellos era cien veces más lejos. Y esa gente tampoco llevaba ningún mensaje de victoria».

—¿Qué ocurre ahí afuera? —preguntó la anciana.

—El general pidió apoyo aéreo —repuso el joven alto—. Cerca del edificio de la radio, una de sus mujeres, vestida sólo con sujetador, estuvo toda la noche disparando con una metralleta desde un balcón del piso superior. Allí tenían un nido. Cuando la eliminaron con una granada desde el tejado, su hijo salió del apartamento y la reemplazó, pero a él también lo

liquidaron. Apenas tenía trece años. En el hospital general, los chicos como él les disparaban a los peatones desde la sala de urgencias.

—Sólo los pájaros tienen nidos —afirmó la anciana—. Eso siempre me dio miedo. Pero creí que viviríamos para ver juntos ese día desconocido. Y lo que vendrá después, también.

—Tendría que ir a acostarse, señora. Apenas puede mantener los ojos abiertos —señaló el joven alto.

«Los ojos de los seres humanos son demasiado débiles para tanta maldad», pensó su hermano. Miró sus botas, robadas al Afrika Korps, y cuando vio que la anciana también las observaba, explicó:

—Perteneían a un desertor al que quitamos todo. Parece que por este sótano pasara un río rugiendo, señora.

—Los periódicos clandestinos publicaron que Reinhard Eugen Tristan Heydrich era un aviador apasionado antes de que lo hicieran volar lanzándole una granada. No permitió que lo atendiera un médico checo, y cuando encontraron uno alemán ya era demasiado tarde. Hitler se puso furioso porque los dos eran carne y uña y Hitler quería que Heydrich ocupara su lugar si a él le ocurría algo. Pero tuvo suerte —añadió el joven alto—. No le ocurrió gran cosa, salvo que no podía escribir sin que la mano le temblara. Dicen que Benito Mussolini también era un aviador apasionado. Y que los miembros de su familia eran aviadores apasionados: su hija Edita, esposa del conde Ciano, y sus hijos los capitanes Vittorio y Bruno, que fueron pilotos de combate en la campaña de Etiopía y en la guerra civil española, donde ganaron sus alas y sus rangos. Tal vez lo que estamos oyendo en este momento son aviadores apasionados en plena tarea. Los últimos aviadores apasionados.

Pensó: «Esto ha dado fuerza a muchos que eran débiles. Ha devuelto un poco de buena conciencia a los que la tenían sucia. Pero la gente como el dueño del cine o el vendedor de salchichas intentará seguir viviendo como parásitos. Muchos saldrán bien librados. Pero sabremos quiénes son».

—Déjame una caja de cerillas —le dijo súbitamente la anciana al joven alto.

—Claro —afirmó el joven mientras se la entregaba—. Pero tendrá que conseguir las velas.

—¿Qué más has visto? —preguntó la anciana.

Seguía oyendo el gemido de los generadores en algún lugar del sótano. «Pero deben de estar en mi cabeza», concluyó.

—Sólo vi la evacuación. En la orilla izquierda del Moldava, la Guardia Revolucionaria les daba pases. La condición era que debían entregar el

armamento pesado en el límite de la ciudad de Praga. Se les permite llevar consigo armas portátiles mientras van a entregarse a los norteamericanos. Ellos creen que los norteamericanos los perdonarán, que todo se olvidará muy pronto, como ocurrió después de la primera guerra mundial. Para los que se fueron abrieron barricadas del ancho de un tanque. Pero tuvieron que dejar los tanques vacíos. Ayer ataron a los nuestros a los cañones de esos tanques y dijeron que los harían volar en pedazos si no dejábamos de llenarlos con gasolina. La fila era tan larga que me sorprendió que pudiéramos ofrecerles resistencia. Tienen reservas en los cuarteles y están cubriendo la retirada. Cuentan con coches blindados, cañones y tanques, camiones llenos de ametralladoras, cientos de camiones y coches. Y los civiles cierran la marcha a pie, como si siguieran al flautista de Hamelín. En los camiones no hay lugar suficiente para todos. Iban corriendo a los lados, con los cochecillos de los bebés atados a los camiones, y después corrían detrás para mantener el ritmo, todos cubiertos de sudor, igual que en esas minas subterráneas de Venezuela, como dice mi hermano. Casi estoy empezando a creerlo. Están aterrorizados, encogidos y enfermos de miedo; se llevan consigo todos sus trastos viejos. Y entre ellos hay personas enfermas y niños. Mujeres con bultos atados a la espalda. No quieren perder de vista la única columna de soldados que tienen, porque de lo contrario no habría nadie que los protegiera. Parecen ser la última unidad armada que les queda, señora.

—¿Qué día es hoy? —preguntó la madre de la taquillera.

—Éste es el quinto día que está usted aquí, señora —repuso el joven alto—. Martes.

—El quinto día, martes, y mi pequeña aún no ha regresado —se lamentó la anciana—. Si al menos pudiera retroceder...

—El amor no tiene fronteras —dijo el hermano del joven alto.

—¿Amor? —preguntó la anciana en tono malévolo—. El instinto de supervivencia es lo único que no tiene fronteras.

Miró a los dos hermanos y pensó: «¿Cuántas veces habéis ayudado a una anciana a subir a un tranvía, mis queridos hermanos? Por lo que recuerdo, a mí no me habéis ayudado ni una sola vez. ¿Cuántas veces habéis pasado con indiferencia junto a un lisiado, un mendigo, o una madre abandonada con su hijo? ¿No es lo que pasa siempre con vosotros? ¿Acaso el que no quiere pillarse los dedos tiene más posibilidades de sobrevivir que el que mete la nariz en los asuntos de los demás?».

—La gente miraba como si estuviera en el teatro —prosiguió el joven alto—. Eran multitudes. Como cuando hay un accidente o un incendio. Salían de

todas partes, sabrá Dios de dónde. Desde el sábado, las calles estaban desiertas, y de repente... Era un espectáculo asombroso. Y todavía no se ha terminado. Recuerdo que la gente se asomaba por las ventanas de enfrente de la estación de tren Holesovice-Bubny para mirar a los judíos deportados que se reunían para partir —prosiguió—. Como si fuera un espectáculo teatral. Y ahora miran a los alemanes. La cuestión es mirar. ¿Le parece que todo esto es un teatro? La gente miraba a las familias judías cuando aún les permitían viajar en la plataforma trasera de los tranvías. Y cuando se apiñaban en la sala de la radio del palacio de Ferias. Lo asombroso fue que la gente no aplaudiera como en el teatro. Decía para sus adentros: «Lo tienen bien merecido». Ver esos gatos gordos trasladando sacos, arrastrando carritos de dos ruedas... Como en un circo. Han vivido demasiado bien durante demasiado tiempo. Les envidiaban todo lo que tenían; de lo contrario, los alemanes no habrían podido salirse con la suya tan fácilmente. Antes de que la Gestapo vendiera sus apartamentos, los sirvientes estiraban el brazo y golpeaban los tacones mientras se llevaban todas las propiedades de los judíos. A la gente siempre le gusta mirar cuando ocurre algo —opinó el joven alto. Y pensó: «Tal vez tú también estuviste mirando, anciana»—. Mañana también será un gran día, señora. Ya sabe lo que solía decir el sacerdote: «Dios se ocupa de los imposibles. De lo posible debemos ocupamos nosotros».

—Eso espero.

—No se asuste, señora. No deje que el pánico la domine. Es mejor sentir pena por los demás que sentirla por uno mismo. A un perro feroz hay que mantenerlo a raya. A veces, en un día ocurren más cosas que en todo un año. Mi abuelo solía decir que si puedes durar hasta los diecinueve años, y no te ahogas hasta los veinte, no te perderás nunca más.

La anciana lo miró con los ojos inyectados de sangre después de varios días sin dormir. Tal vez ya hacía cinco días, pensó, cinco días, hijita querida. «Bueno, aún no estábamos vivas, cariño. Ahora empezaremos a vivir. Todo te espera. Tienes toda la vida por delante. Yo estoy en las últimas. Te quiero, hijita, aunque seas rebelde. Yo lo era a tu edad. No quiero que seas mansa como un cordero. Puedes creerme. Te acepto tal como eres. Todo ha empezado para ti, y no es una buena época».

—Yo podría distinguir la culpabilidad de la inocencia, el sábado del domingo o de cualquier otro día de la semana —comentó el hermano del joven alto—. Cuando llegue el balance final, no permitiré que nadie excluya a Sonitschka Vagnerova, sea el día que sea. Y si alguien me preguntara cómo el

mundo entero podía sentarse a la mesa y comer el almuerzo del domingo y la cena del domingo, y permitir lo que permitimos que ocurriera...

—Nunca me hizo esperar tanto, sin avisarme nada —se quejó la anciana—. ¡Así que éste es el maravilloso día!

—Sólo los que hicieron algo malo son perversos —afirmó el hermano del joven alto.

Y pensó que antes de asfixiar a Sonitschka Vagnerova con Zyklon-B, ellos la ahogaron con el silencio. Querían sus *Lebensraum*, y la ahogaron para dejar más lugar. Empleaban palabras como *Ausrotten*, *Vernichtung durch Arbeit*.

—Debería descansar —le dijo el joven alto a la anciana.

—Todos estamos prematuramente agotados —añadió su hermano.

Miró los letreros en los que aparecían las estrellas de las películas anteriores a la guerra.

—Dices que hubo un tiroteo en la calle Parizska. ¿Qué ocurrió? ¿Mataron a alguien?

—Sí, a dos mujeres. Pero eso no significa nada —agregó rápidamente el joven alto—. No es más que un rumor. Nosotros no lo vimos.

—¿Qué haré si la han matado? ¿Dónde estás, mi querida hijita? —se lamentó la anciana.

La idea la sobresaltó. «No debo atraer la mala suerte, cariño», pensó.

Deseó que su hija regresara a su lado, y también la asaltaron otros pensamientos.

—El vendedor de salchichas cerró la tienda —comentó el joven alto—. Lo único que dijo fue que el viernes le compraron las salchichas y el sábado por la mañana recibieron una inyección de fenol en el corazón. Los domingos no entierran a los muertos. El periódico decía que los venados ya se han desprendido de su cornamenta. ¿Qué intentaban decir?

—Lo mismo que intentaba decir Sonitschka Vagnerova, eso es todo —aseguró el hermano.

—Probablemente están aislados del mundo, en sus pequeños nidos —dijo el joven alto.

—¿A qué nidos te refieres? Ésos no son nidos —le corrigió la anciana—. Ni siquiera viven como animales. No entienden nada. Son peores que una tormenta. Se han convertido en salvajes. Siempre tuve miedo de lo que sucedería cuando llegara ese día. Siempre hacíamos todo juntas. ¿Por qué se fue sola?

—No se preocupe por eso —la tranquilizó el joven alto.

—¿Qué habría dicho Sonitschka Vagnerova? —preguntó el hermano.

La mirada de la anciana podría haber penetrado una piedra. Sus ojos se llenaron de lágrimas amargas.

—Ella siempre estaba pegada a mí —repitió.

—Todo saldrá bien —afirmó el joven alto.

—Tengo miedo —volvió a decir la anciana—. Ahora tengo miedo de todo, hasta de mi propia sombra. De la enfermedad, de estar sola, de no sobrevivir. Oh, Dios mío, ¿qué haré yo sola?

—Verá, cuando aniquilaron a personas como Sonitschka Vagnerova, no pudieron borrar sus nombres —explicó el hermano—. Él jueves, cuando tuve esa fiebre y se me apareció Dios, comprendí por qué sólo esto devolverá a la gente su honor mancillado y permitirá a los humillados volver a caminar con la cabeza alta. Pero sólo aquellos que se sacrifican y no intentan alejar el mal recurriendo al mal, el odio recurriendo al odio, sólo éstos se salvarán o salvarán a los demás. Y no permitiremos que esto se nos escape de las manos. Todos los que asesinaron irán a trabajar a las minas más profundas de Venezuela, y no tendrán respiro. Y los que fueron asesinados seguirán viviendo y sus nombres estarán entre nosotros.

La anciana se arregló el vestido y se cubrió los tobillos con el borde de la falda.

«Para ti es muy fácil hablar —pensó—. Con tus dientes puedes despedazar un conejo. Y tus ojos ven sólo lo que quieren ver.

»Son las nueve y media —continuó pensando— y aún hace frío, aunque estamos en mayo y los saúcos están en flor y las lilas despiden su fragancia. Hasta aquí llega la humedad del río. La noto en el aire que sopla en el callejón».

La anciana tenía la mirada dura, como la que tenía en invierno el perro del joven alto. Sus ojos eran indiferentes y fríos, con ojeras tan profundas como un pozo oscuro y, sin embargo, tan superficiales como un campo llano.

—Hace frío. Las estufas no funcionan —dijo el joven alto.

—Tenemos que irnos —señaló el hermano—. Unos pocos deben sacrificarse y ensuciarse las manos para que otros no tengan que corromperse con toda esa porquería.

—Tiene los ojos enrojecidos; debería descansar —sugirió el joven alto.

La madre de la taquillera esperó hasta la noche. Dieron las once y su hija no había regresado y ella iba vestida como una viuda, de negro de pies a cabeza. Interrumpió la incesante conversación interior en la que intentaba disuadir a su hija de que se mezclara en las actividades de la multitud. «La han matado, repetía. Los lobos siempre son lobos. Nunca cambiarán. ¿Por qué no me escuchabas, mi ángel, mi pequeña, cuando te hablaba de las sombras que te persiguen a todas partes? Mi dulce muñequita, mi joya más preciada».

No habló con nadie, ni miró a nadie. Intentó caminar erguida y decidida, como cuando era joven, y volvía a casa a primera hora de la mañana, mientras despuntaba el día, cuando, a pesar de todo, se sentía joven y sana. «Joven y sana, hijita», repitió.

El soldado del cuello lastimado, que daba la impresión de haberse librado del cadalso en el último momento, sujetó la cuerda del telón de terciopelo azul oscuro y se asomó por una ventanita a la cabina de proyección en la que había encerrado al viejo juez nazi como si fuera una rata. No supo qué hacer después.

Ella pasó a su lado sin decir una palabra. Quizá lo vio cuando él se agachaba junto a la luz de una única vela. Durante los últimos días, el juez sólo había comido mendrugos y galletas secas que el soldado le había tirado.

Miró por la ventanita que estaba junto a la abertura circular a través de la cual la lente del enorme proyector miraba fijamente, como el ojo de un pescado. Los cadáveres de algunos de los soldados asesinados estaban tendidos en el suelo. El anciano tenía brazos peludos y la piel del dorso de las manos cubierta de manchas oscuras. Las mangas de su camisa, que se veían por debajo de su chaqueta, ya no estaban limpias. Tenía la mandíbula hundida y los ojos bañados en lágrimas. Debía de estar sediento, porque tenía la boca un poco abierta y de vez en cuando se pasaba la lengua por los labios. La dentadura postiza se le había caído de la boca y estaba tirada en el suelo. Los dientes que le quedaban y las encías se le habían vuelto amarillos. Llevaba la bragueta cubierta de manchas amarillas. Parecía aterrorizado por lo que el soldado del cuello lastimado pudiera hacerle, pero no le habían golpeado.

—¡Canalla! —rugió la anciana—. ¡Maldito!

«Así que éste es el día desconocido, el día del animal, no el día de la victoria. ¿Qué puedo hacer para cambiarlo, si no has regresado? Nada, nada, o muy poco, si logro reunir fuerzas, haré lo único que puedo hacer, o que tendría que haber hecho hace mucho tiempo, cuando todavía estabas conmigo».

Mientras hablaba para sus adentros, destapó la lata de gasolina. Arrojó el líquido por la ventanita encima del anciano. Éste quedó aterrorizado y retrocedió hasta el rincón, pisando la dentadura postiza, que quedó triturada. Ella vertió el resto de la gasolina y observó cómo se esparcía por el suelo. Incluso en la penumbra, la gasolina dibujaba pequeños arco iris. En el suelo se formó un gran charco que despedía un olor penetrante. La mujer cogió una cerilla, la encendió y la arrojó por la ventanita. Algo le decía que no lo hiciera. Pero no era más que una vibración, un latido, el guiño de un párpado hinchado, la visión de unos ojos fatigados. Se convirtió en un eco antes que en una idea..., un rumor, una palabra que pudiera dar marcha atrás a lo que estaba haciendo, muchos síes y un solo no que ya no escuchaba. Miró el rostro del hombre y en él súbitamente descubrió la razón por la cual ya no se gustaba a sí misma.

La saliva se le escapaba por la comisura de los labios. «¿Me estoy castigando por lo que no purifica, no redime y no ayuda a nadie? Los buenos morirán y los malos quedarán —repetía para sus adentros—. ¿Cómo puedo vivir? ¿Cómo voy a vivir?». Sintió una misteriosa relación entre su memoria y lo que implicaba su nombre, su semblante, lo que veía con sus ojos y decía con su lenguaje. «He vivido mucho tiempo. ¿Por qué?».

Estaba pálida y tenía ojeras profundas, como los enfermos del corazón y los que han perdido el respeto por el mundo y por ellos mismos; los que han perdido la conciencia de su propio valor. Con expresión ausente y con la boca ligeramente abierta, la anciana cerró los ojos. «El bien sin Dios —susurraba—. La justicia sin Dios. ¿O es al revés, Dios sin justicia? Tú me lo dirás, mi pequeña. Tú lo descubrirás».

Su murmullo era ininteligible. Primero se encendió el charco de gasolina y quedó cubierto por una llama azul y rojiza en medio. Luego el fuego se extendió. El anciano vestido con chaqueta de cazador y pantalones bombachos empezó a gritar. Lloraba como un niño.

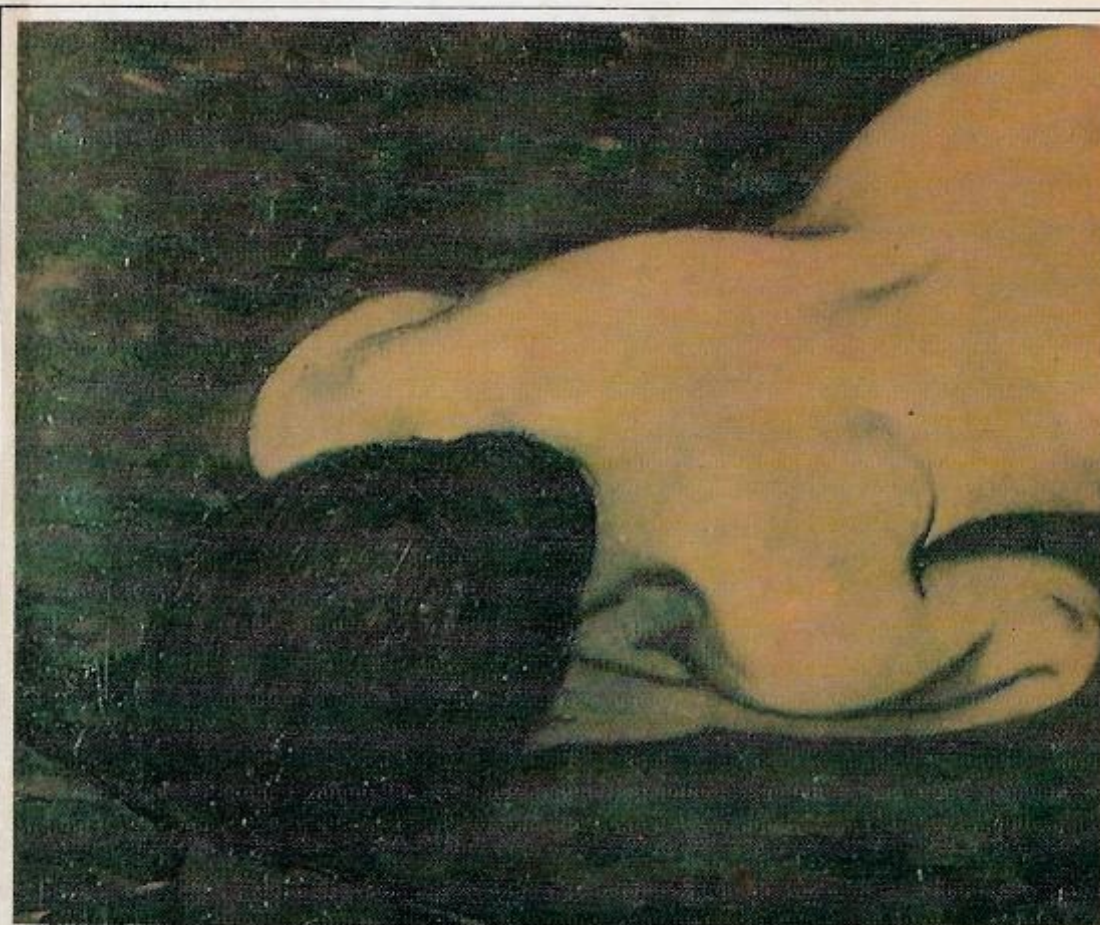
La anciana cayó de rodillas y no pudo ver lo que ocurría en la cabina de proyección. El fuego arrojaba rayos de luz sobre ella cuando las llamas se elevaban como reflejos rojizos que se hacían más brillantes a medida que aumentaba la oscuridad del cine. Se quedó de rodillas, como si rezara, pero no estaba rezando. El anciano lanzó un grito ronco desde la cabina. Los ojos de ella se iluminaron con reflejos de colores, explosiones rojas que salían lanzadas al exterior, y que de repente se volvieron amarillas y por fin negras como el humo que ahora la envolvía.

La anciana hablaba para sus adentros, pero al mismo tiempo le hablaba a la hija perdida: había llegado, para él, para todos ellos. La boca le quedó agarrotada. Ya no podía hablar, ni siquiera consigo misma. Tenía los labios llenos de costras, como si el fuego ya se los hubiera quemado. Entonces empezó a toser y ahogarse, y cerró los ojos, arrasados por las lágrimas.

No sintió nada cuando el soldado del cuello lastimado la arrastró afuera y oyó voces conocidas, porque el fuego de la puerta incendiada ya la había alcanzado.

Arnošt Lustig

Sueños impúdicos



« Lustig puede alcanzar con este libro
el mismo reconocimiento
que tiene su compatriota Milan Kundera »

San Francisco Chronicle

Lectulandia